



Banplus



Seudónimos en la historia

Jon Aizpúrua



PRESENTACIÓN

Banplus, dándole continuidad a su proyecto editorial, una vez más junto al profesor Jon Aizpúrua explora la historia en búsqueda de temas atractivos, capaces de despertar el innato sentido de la curiosidad para así cerrar “con broche de oro” una trilogía de libros que incentivan el enriquecimiento intelectual de nuestra sociedad a través de la lectura y el recuento de hechos históricos.

Figuras públicas que han alcanzado la fama, autores literarios, artistas cinematográficos, cantantes e inclusive líderes del ámbito político, han optado por el uso de seudónimos con un éxito tal que muy pocos los reconocerían por su nombre auténtico. Es así como hallamos en el uso de seudónimos, desde la antigüedad y hasta nuestros días, razones de diferente índole que apuntan a estrategias comerciales, a evitar la discriminación y los prejuicios e incluso como un distintivo en personalidades creativas; todos ellos vistos desde una ventana poco explorada en el contexto de la historia que resultará fascinante a los lectores de este libro.

En las próximas páginas tendremos un excelente muestrario de personas que, en distintos siglos y contextos, utilizaron seudónimos. Descubrir qué lleva a alguien a la elección de un seudónimo nos transporta a momentos de la historia que nos retratan costumbres, valores, juicios morales e incluso imposición de modas. Por ejemplo, en el siglo XVIII los seudónimos abundaron entre los escritores, pues nadie quería que trascendiera que una persona “respetable” estuviese involucrada en el entonces considerado poco honorable oficio de escribir novelas, algo impropio y frívolo para la época. Desplazados y emigrantes de los conflictos bélicos de principios y mediados del siglo pasado, con apellidos impronunciables recurrieron a la práctica de firmar con un nombre de fácil memorización, llegando gracias al cine, a ser artistas de fama mundial. También hay causas de grave índole para renunciar al nombre y al inmediato reconocimiento, como la discriminación y la persecución, por lo que el uso del seudónimo resultó clave para sobrevivir bajo su amparo.

Les invitamos a introducirse en estas páginas para deleitarse con la pluma y disciplina investigativa de nuestro autor, quien aportó luz y transparencia donde antes estuvo la sombra de la duda y la especulación acerca del origen en la elección de los seudónimos usados por las figuras acá incluidas; transportándonos a los lejanos tiempos y circunstancias en los que surgieron. Seguro estoy que al descubrir el origen de uno le motivará al siguiente y así, entre uno y otro, avanzar hasta llegar de una manera pedagógica y entretenida a disfrutar a plenitud este libro.



Diego Ricol

Presidente Ejecutivo



ISBN 978-980-7545-02-0
Depósito Legal lf25220149002721

Banplus Banco Universal, C.A.
Producción Editorial

Jon Aizpúrua
Autor

Yllanú Cordero de Aizpúrua
Investigación Gráfica

Diseño Guayaba Digital
Diseño y Diagramación

Blanca Blanco V.
Coordinador Editorial

Ana Paola Pabón
Corrección

Editorial Arte
Impresión



INTRODUCCIÓN

Es cosa aceptada que el conocimiento e identificación de los seudónimos constituye una rama especial e importante de la historia y de otras disciplinas vinculadas a las humanidades, visto su empleo generalizado desde tiempos remotos hasta nuestros días. De no ser así, quedarían excluidos del debido entendimiento numerosos episodios relacionados con la literatura, las artes, la filosofía, la política, la ciencia, la religión o el deporte, áreas todas fundamentales del pensamiento o del quehacer humano en las que algunos de sus más destacados representantes o protagonistas prefirieron el disfraz onomástico a la identificación señalada en su partida de nacimiento.

Por supuesto, no todos los seudónimos suscitan el mismo interés y por eso la atención se dirige con preferencia a aquellos que amparan o encubren a personalidades reconocidas, siendo que sus nombres civiles quedan en el olvido o son identificados apenas por las personas más preparadas. Se comprende entonces que sean tan familiares las menciones de “Voltaire”, “Tirso de Molina”, “Tiradentes”, “Lenin”, “Lewis Carroll”, “Maxim Gorki”, “Mata Hari”, “Harry Houdini”, “Le Corbusier”, “Pablo Neruda”, “Willy Brandt” o “Marilyn Monroe”; mientras que poco o nada signifiquen las de François Marie Arouet, Gabriel Téllez, José Da Silva Xavier, Vladimir Ilich Uliánov, Charles Lutwidge Dodgson, Alexei Maximovich Pechkov, Margaretha Geertruida Zelle, Erik Weisz, Charles Édouard Jeanneret, Neftalí Ricardo Reyes, Herbert Karl Frahm o Norma Jean Baker, sus nombres originales y legales, respectivamente.

La palabra seudónimo (del griego *pseudos*, falso, y *onoma*, nombre) ha de aplicarse en rigor al nombre ficticio, inventado por determinada persona y usado accidental o habitualmente para ocultar el suyo verdadero. Su estudio como materia histórica y literaria presenta una singular complejidad debido a los variopintos asuntos que envuelve, por lo que resulta conveniente dejar en claro algunas precisiones que lucen indispensables, comenzando por advertir que no hay forma ni manera de contabilizar y reseñar la totalidad de los falsos nombres empleados para ocultar identidades que han aparecido a lo largo de la evolución humana, no obstante los meritorios esfuerzos realizados por un considerable número de historiadores, literatos y bibliotecólogos para escudriñar en este apasionante campo y publicar los resultados de sus pesquisas.

Enseguida, convendría señalar los puntos de contacto que hay entre el seudónimo y **el nombre original**, al igual que sus respectivas fronteras. El seudónimo es elegido por un individuo mediante un acto voluntario, mientras que el nombre y los apellidos le son adjudicados por los padres o familiares en el momento de su nacimiento y registro legal. El nombre, salvo algunas excepciones contempladas en la ley, es permanente e inmutable, en tanto que el seudónimo puede ser modificado e incluso suprimido. El nombre es inalienable e imprescriptible a diferencia del seudónimo que puede ser cedido a un tercero y si deja de usarse puede dar lugar a

que lo adquiriera otra persona. En términos jurídicos, el nombre es único porque no se puede designar de distintas maneras a una misma persona, en cambio alguien puede tener y usar varios seudónimos.

No siempre todo lo que se presenta como un seudónimo realmente lo es, por lo que resulta imperioso acudir a la etimología de la palabra y a la definición que de ella se desprende, a fin de tener claro que la finalidad esencial del seudónimo se centra en la intención expresa de ocultación por parte de quien se sirve de este recurso y, en consecuencia, no debería ser confundido con otras denominaciones o designaciones con las cuales podría tener algunas semejanzas, aunque son distintas en su sentido original y aplicación. Es oportuno, entonces, atender a las relaciones y diferencias que pudieran existir entre el seudónimo, el **anónimo** y el **heterónimo**, así como con otros términos que a veces se emplean como sinónimos o equivalentes, pero que en la práctica no son completamente intercambiables en todos los contextos, siendo los de más frecuente uso el **sobrenombre**, el **apodo**, el **alias**, el **mote** y el **hipocorístico**.

Anónimo es un concepto de origen griego y esencialmente significa sin nombre. Es, por supuesto, un criptónimo, como lo es también el seudónimo, ya que en ambos casos el autor oculta su verdadero nombre, aunque se distingue porque lo suprime completamente sin reemplazarlo por designación alguna. En el ámbito de la literatura se aplica tanto a la obra de autor desconocido como al autor mismo cuyo nombre no es conocido. Un ejemplo clásico de obra anónima está representado en *El Lazarillo de Tormes*, pieza extraordinaria de la narrativa española que inauguró el género de la novela picaresca. Apareció simultáneamente en Burgos, Alcalá y Amberes, en el año 1554, y nunca fue posible conocer al autor, aunque no faltaron los intentos de atribuirle, sin fundamentos sólidos, a diversos escritores peninsulares. Para los estudiosos y críticos modernos el verdadero autor del *Lazarillo* se salió con la suya al dar a luz esta graciosa obra *sine nomine* y no dejar rastros que condujeran a su identificación. Sin embargo, no siempre los escritores que lanzaron obras anónimas lo hicieron con el propósito de ocultarse a perpetuidad. Recuérdese *Las Cartas Provinciales* del científico y filósofo francés Blaise Pascal, *La princesa de Cléves* de Madame La Fayette, considerada como la primera novela francesa, y muchas otras más publicadas sin identificación, en las que sus creadores dejaron la puerta abierta para que poco después entrase cómodamente la crítica literaria y pudiera hacerse la oportuna identificación.

Es frecuente confundir **heterónimo** con seudónimo, debido a que ambos conceptos se mueven en ámbitos parecidos. Podría decirse que el heterónimo es una variante del seudónimo que se distingue por poseer una biografía propia y, por supuesto, inventada. Es un recurso del que se vale un autor, que en este caso se denomina ortónimo, para crear una obra literaria que se aleja de la que le es propia. El más famoso ejemplo de producción de heterónimos en la literatura del siglo veinte corresponde al gran poeta portugués Fernando Pessoa, quien llegó a desdoblarse en unas setenta personalidades literarias autónomas, algunas de ellas femeninas, que poseían carácter, sensibilidad y emotividad diferentes a su creador. Tenemos entonces que el seudónimo literario es una máscara que encubre al autor: cambia el nombre, pero permanecen las características inconfundibles de su pensamiento y su escritura; entre tanto, el heterónimo también cambia el nombre pero se distancia de la propia personalidad del autor, porque representa a individuos autónomos que no solamente escriben de manera disímil, sino que pueden llegar a ser críticos de la obra de su escondido creador.

El **sobrenombre** es una designación que simboliza una construcción de la persona por terceros que generalmente son seguidores o admiradores, aunque también pueden ser detractores. Consagrados por el uso se consideran sobrenombres los apelativos dados a reyes, pontífices y a otras figuras relevantes de la historia universal, como “Alfonso X el Sabio”, “Felipe el Hermoso” o “Catalina la Grande” y se escriben detrás del nombre, sin coma y sin resalte tipográfico. Generalmente se admite que el sobrenombre es una variedad del nombre propio que cumple un importante rol sociocultural, favoreciendo una identificación más completa de las personas y estableciendo vínculos especiales entre quienes los poseen y los utilizan.

El **apodo** es un nombre que se da a una persona ya sea en alusión a sus defectos corporales, a sus cualidades o a otras peculiaridades o circunstancias. Con este signo metafórico se identifica a un individuo al mismo tiempo que se evocan algunas de sus características más sobresalientes. Es un fenómeno de amplia extensión en castellano y en otras lenguas de procedencia latina, por su origen popular. Su destinatario es generalmente un individuo, aunque a veces puede aplicarse a un conjunto de seres, por lo general familias o pueblos enteros, y en ningún caso puede considerarse apodo la denominación de un objeto.

Se puede afirmar que ningún recurso lingüístico es ajeno a los apodos, ya que su gran libertad de creación se plasma en fórmulas extremadamente diversas, como los vulgarismos fonéticos, onomatopeyas o extranjerismos. También se forman por antífrasis, es decir, dando a una persona un nombre contradictorio que indica características opuestas a las que evidentemente posee. Un ejemplo digno de mención es el cantante afrocubano Jacinto Villa que se hizo famoso con el nombre artístico de “Bola de Nieve”.

En actividades como el toreo o el boxeo, el empleo del apodo es de lo más normal y corriente, posiblemente por la procedencia modesta de la mayoría de sus figuras. “Manolete” o “El Viti” serán de fácil recuerdo e identificación por los aficionados a la llamada fiesta brava, empero no lo serán tanto por sus nombres originales de Manuel Laureano Rodríguez Sánchez o Santiago Martín. Lo mismo se diría de los campeones del pugilismo “Mano de Piedra” o “Pambelé”, con los que se conocieron el panameño Roberto Durán o el colombiano Antonio Cervantes. En el ámbito de este rudo deporte, y en relación con los cambios de nombres, quizás no haya otro episodio con tanta resonancia internacional como el que protagonizó el campeón de los pesos pesados Cassius Marcellus Clay, quien resolvió llamarse “Muhammad Alí” tras su conversión al islamismo.

En los medios artísticos se encuentran frecuentemente apodos que alcanzan notable popularidad. Así sucedió con numerosos artistas renacentistas, como Pietro Vanucci, a quien se llamó “Il Perugino”, por su natal Perugia; o de Jacopo Robusti, ampliamente conocido como “Il Tintoretto”, por el oficio de su padre, dedicado a la tintorería. Lo mismo hay que apuntar sobre aquel que fue considerado en el siglo XVIII el primer cantante del mundo, el *castrati* italiano “Farinelli”, cuyo nombre de pila era Carlo Broschi. El apodo con el que saltó a la fama provenía de su mayor mecenas, Domenico Farina. “Charlot” es el personaje cómico y tierno que identifica a su creador, el británico Charles Chaplin, sin duda el mejor actor del cine mudo del mundo. En épocas más recientes destacan, por ejemplo, los apodos “Cantinflas”, “Tin Tan” o “Chespirito” con los que se designa a los célebres comediantes mexicanos Mario Moreno, Gabriel Valdés o Roberto Gómez Bolaños.

El **hipocorístico** es un nombre muy propio del lenguaje familiar que en forma diminutiva o abreviada del nombre de pila se utiliza como una designación cariñosa. Son los casos, por ejemplo, de “Chucho” por Jesús, “Tencha” por Hortensia, “Pancho” por Francisco o “Conchi” por Concepción, aunque en ocasiones pueden tener un origen etimológico distinto, como sucede con “Pepe” que se da a quienes se llaman José, por la abreviatura latina *p.p.* que significa *pater putatibus*, forma en que los amanuenses glosaban el nombre de San José en los márgenes de la Biblia. En ese mismo orden de ideas, a los Francisco se les llama “Paco”, porque a San Francisco de Asís se le conocía como el *pater comunitatis* (padre de la comunidad) cuando fundó la orden de los Franciscanos. En el hipocorístico no hay propiamente un apodo ni un mote, ya que la intención se centra en el nombre originario del individuo y jamás existe una consideración negativa en tal denominación y, por supuesto, en ningún caso puede ser considerado como seudónimo.

El **alias** es una palabra o una frase que puede añadirse al nombre verdadero de una persona sobre la base de alguna característica física o moral de esta. Así, al pintor renacentista Doménikos Theotokópoulos se le conoce como “El Greco”, a Cervantes se le suele identificar como “El Manco de Lepanto”, Simón Bolívar es por antonomasia “El Libertador”, la enérgica líder británica Margaret Thatcher pasó a la historia como “La Dama de Hierro”, y al formidable jugador de fútbol Edson Arantes do Nascimento se le presenta como “El Rey Pelé”.

El **mote**, por su parte, también alude a rasgos físicos o de otro tipo de quien los posee, pero tiene connotación despectiva o peyorativa puesto que implica menosprecio, ironía o burla. Uno de los hermanos de Napoleón, José Bonaparte, impuesto como gobernante de España por el Imperio francés, fue llamado por el pueblo “Pepe Botella” en referencia a su afición a la bebida.

¿A qué obedece la decisión de adoptar un seudónimo? Indudablemente, son muchos y varios los motivos que en todos los tiempos han impulsado a personas de diferentes épocas o nacionalidades, profesiones u ocupaciones, creencias o tendencias, a resguardarse detrás de un nombre ficticio, si bien todos encuentran un denominador común en la disconformidad con el nombre asignado por los progenitores y los apellidos heredados por vía familiar, pues de lo contrario no se justificaría semejante ocultamiento o renuncia. Hay casos en que los motivos son tan extravagantes que no pueden tomarse en serio, y deberían atribuirse principalmente al antojo o capricho, pero en términos generales, la decisión responde a razones mucho más lógicas o prácticas. No por acaso, el uso del seudónimo se propagó raudo y veloz por el vasto universo de las letras, especialmente después del Renacimiento, dando pie a que se comentara, con excelente humor, que su abundante empleo por parte de los escritores nació por pura necesidad de tirar la piedra, en este caso el libro, escondiendo al mismo tiempo la mano, o sea, la pluma.

Pongamos cuidado ahora a las principales razones que ayudan a comprender mejor la extendida utilización del disfraz onomástico, durante siglos y en todas partes del planeta:

La búsqueda de originalidad. En ciertas ocasiones el seudónimo no tiene la intención de un ocultamiento completo o definitivo sino que más bien constituye un desafío a la inteligencia de las personas, sean lectores o espectadores, para hurgar y desentrañar el sentido del nombre seleccionado hasta dar con la identidad real de quien se cubre tras la máscara lingüística. Este recurso es típico de quienes se valen de los **anagramas**, que son palabras o frases que resultan de la transposición de letras de otras palabras o sentencias. Un personaje de la importancia histórica de Juan Calvino se divertía haciendo anagramas de la forma latina de su apellido: “Alcuino” o “Lucianus” y firmaba con ellos algunos de sus escritos. El escritor británico Charles Lutwidge Dodgson, autor del célebre relato *Alicia en el país de las maravillas*, empleó el seudónimo “Lewis Carroll”, apelando a un recurso anagramático. “Lewis” era una variante de su segundo nombre y “Carroll” lo tomó de Carolus, la forma latina de Charles. En la novela *Lolita* el lector se topa con el personaje “Vivian Darkbloom”, anagrama del autor del libro el escritor estadounidense de origen ruso Vladimir Nabokov, célebre por sus inteligentes juegos de palabras y el uso de la aliteración. Al poner suma atención, se descubre que en la popular saga literaria y cinematográfica Harry Potter un personaje llamado Tom Marvolo Riddle crea un anagrama de su nombre transformándolo en “I am Lord Voldemort”, poniendo al descubierto su identidad.

La elección que hiciese el cantautor argentino Héctor Roberto Chavero al darse a conocer como “Atahualpa Yupanqui” constituyó un notable acierto y un lujo de originalidad, ya que puso en perfecta sintonía un nombre de origen quechua con sus canciones populares inspiradas en el folclore sudamericano. Fuerza es también reconocer la originalidad, o quizás extravagancia, del seudónimo “Lobsang Rampa”, hábilmente aprovechado por el escritor inglés Cyril Henry Hoskin para vender millones de sus libros, en los que abordaba temas orientalistas y esotéricos, haciéndose pasar por un monje originario del Tíbet, a pesar de no haber estado nunca en este país asiático, tan admirado por la delicada cultura espiritualista de su pueblo.

La simplificación de nombres extranjeros o de difícil pronunciación. Un caso notable y hasta de agradecer es el de un famoso médico y alquimista medieval llamado Phillipus Theophrastus Bombastus von Hohenheim, aparatosa retahíla onomástica que dejó de usar para darse a conocer como “Paracelsus”. El poeta alemán “Novalis”, figura esencial del romanticismo, se llamaba Friedrich von Hardenberg. Quién sabe si “Joseph Conrad”, uno de los estilistas más notables de la literatura inglesa, no habría conocido tanta gloria si, en lugar de su escueto seudónimo, hubiera tratado de imponer su profusa onomástica polaca de Teodor Józef Konrad Nalecz Korzeniowski. Igual cabría mencionar aquí al célebre actor estadounidense Issur Danielowich Demsky, hijo de padres judíos bielorrusos, que adoptó el nombre de “Kirk Douglas”.

El afán estético que mueve a cambiar el nombre original por uno más elegante y eufónico y que sea de más fácil persistencia en la memoria. En ciertos casos la modificación es radical, como se puede apreciar en los nombres artísticos de “Buffalo Bill” (William Frederick Cody), “Omar Shariff” (Michel Salhoub), “John Wayne” (Marion Michael Morrison), “Donna Summer” (LaDonna Adrian Gaines), “Lady Gaga” (Stephany Joanne Angelina Germanotta), pero en otros se trata de leves variaciones como en el caso de “Fred Astaire” por Frederick Austerlitz, o “Jacques Tati”, célebre actor francés maestro del humor gestual de nombre Jacques Tatischeff.

La simpatía o admiración por determinada figura histórica o de ficción cuyos ideales o realizaciones se quiere exaltar. La poetisa chilena Lucila Godoy Alcayaga decidió brindar un sentido homenaje a dos escritores que mucho admiraba y al inspirarse en sus nombres creó un seudónimo para firmar su obra, con el cual obtuvo universal celebridad. Así, de Gabriel DAnnunzio y Frederic Mistral, nació la inolvidable “Gabriela Mistral”.

La intención de burlar la censura familiar, el menosprecio social o la prohibición por motivos políticos o religiosos que puede alcanzar hasta la persecución y el castigo. El deseo de ocultar la propia identidad cuando se adoptaba una posición teológicamente heterodoxa o una actitud política contraria a un gobierno o a una ideología movió a numerosos pensadores e intelectuales a recurrir al seudónimo para librarse de peligros. En este apartado puede incluirse la molesta situación que sufrió el gran escritor y clérigo aragonés Baltasar Gracián Morales cuando se vio forzado a publicar la primera parte de su notable ensayo filosófico-alegórico *El criticón* con el seudónimo “García de Marlones”, anagrama de su verdadero nombre, a fin de evitar una reprimenda por parte de sus superiores en la orden jesuita a la que pertenecía. Por algo parecido pasó Fray Luis de León, notable escritor, teólogo, poeta y profesor de Salamanca, quien se firmaba humildemente “Una persona religiosa”, muy apropiado a la obra que escribía para tratar de esquivar la persecución inquisitorial.

La subestimación o menosprecio de la capacidad de la mujer para desempeñar cualquier actividad con la misma eficiencia que el hombre obligó a más de una escritora a calzar sus libros con firmas masculinas para conseguir que su talento fuese reconocido. Eso fue lo que hicieron en el siglo XIX, entre otras, la francesa Aurore Dupin, la suizo-española Cecilia Böhl de Faber y las inglesas Mary Ann Evans y las hermanas Charlotte, Emily y Anne Brontë, mejor conocidas por sus nombres de pluma, en este caso andrónimos, “George Sand”, “Fernán Caballero”, “George Eliot” y “Curren Bell”, “Ellis Bell” y “Acton Bell”.

8

Hasta épocas recientes algunos artistas sustituían su nombre real para esquivar la discriminación por razones étnicas o culturales, o por su nacionalidad. Uno de los casos más famosos es el de “Freddie Mercury”, cantante y compositor británico nacido en Zanzíbar, fundador de la banda de rock *Queen*, quien dejó de usar su nombre original Farrokh Bulsara para ocultar su herencia parsi e india. Por motivos similares relacionados con la discriminación se sabe de actrices judías que dispusieron cambiar sus apellidos como Winona Laura Horowitz y Natalie Hershlag, bien conocidas como “Winona Ryder” y “Natalie Portman”.

El ánimo de plagiar a una figura destacada. Cabe aquí recordar como referencia emblemática al celeberrimo asunto del Quijote apócrifo, vale decir, la fechoría cometida por un tal “Alonso Fernández de Avellaneda” al dar a publicidad una pretendida “segunda parte del Quijote”. Aunque nunca se pudo identificar al plagiarlo, algo positivo hay que reconocerle puesto que apresuró a Don Miguel de Cervantes y Saavedra a terminar de redactar y publicar la parte complementaria de su inmortal novela.

A estas razones generales que se han apuntado hay que añadir otras que devienen de circunstancias particulares o excepcionales. Un capítulo aparte que merece tratamiento especial es el de las denominaciones adoptadas por personas de

profundas convicciones religiosas que les impulsan a sustituir parcial o totalmente sus nombres civiles por designaciones de alto valor simbólico y espiritual. Sobresalen numerosos ejemplos en la tradición cristiana, y es suficiente ahora recordar a figuras tan distinguidas como “San Juan de la Cruz” (Juan de Yepes y Álvarez), “Sor Juana Inés de la Cruz” (Juana de Asbaje Ramírez), “Teresa de Jesús o de Ávila” (Teresa Cepeda y Ahumada) o “Teresa de Calcuta” (Agnes Gonxha Bojaxhiu), sin contar las denominaciones que adoptan los papas de la Iglesia cuando toman posesión de su alta investidura.

Sucede a veces que los editores de revistas o diarios exigen exclusividad a los escritores y solo aceptan que publiquen sus trabajos para otros medios bajo seudónimo. Pasa también que muchos autores de relatos de poco peso, como las novelas detectivescas o del oeste americano del siglo XIX, no solo se han valido de seudónimos, sino de diferentes denominaciones para cada una de ellas. El prolífico escritor belga George Simenon, autor de más de 600 obras, cultivó preferentemente la novela policiaca y cambió de seudónimo hasta en veintisiete ocasiones. Habría que anotar también la timidez o excesiva modestia de un escritor, artista o figura pública, que elude el público y la crítica, a fin de preservar su vida privada. Igual, no han faltado quienes se han escudado en nombres ficticios por temor a crear escándalos con sus escritos o con sus actividades, o al contrario, por el deseo de provocarlos sin tener que asumir las consecuencias que entrañaría su identificación legal.

De mucho han servido los seudónimos a los escritores que aprovechan las múltiples posibilidades que brinda el humor para dar cuenta de las costumbres, vivencias o modas de las épocas, y muy especialmente para denunciar los desmanes de los gobernantes de turno, llegando frecuentemente al borde de una irreverencia que no le sería perdonada a la crónica seria. Son de gratísima recordación, por ejemplo, los ingeniosos nombres con que firmaban sus sabrosas crónicas humorísticas, intelectuales de la talla de Andrés Eloy Blanco (“Bleu Morrocuyan”, “Calderón del Vapor”, “El Reporter S”); Miguel Otero Silva (“Iñaqui de Errandonea”, “Lúcido Quelonio”, “El amargo Máximo Gorki”, “Sherlock Morrocow”, “Micky”); Aquiles Nazoa (“Aquiles A. Prieto”, “Jacinto Ven a Veinte”, “Hans Cristian Andersen”, “Lancero Pérez”, “El Pollo Lucas”).

A la luz de las consideraciones anteriores en que se ha procurado colocar el tema del seudónimo en sus justas definiciones, límites y aplicaciones, se advierte que se trata de una cuestión repleta de dificultades de muy diversa naturaleza y grado de complejidad, por lo cual hay que ser cuidadosos a objeto de no incurrir en gruesas confusiones o equivocaciones.

Conscientes de que una mera asomada al estudio del seudónimo revela enseguida su fantástica variedad y su apasionante interés, hemos querido ofrecer al lector una colección de aquellos que gozan de amplia popularidad, inventados y utilizados por destacadas figuras de la historia universal, principalmente artistas, escritores, científicos, líderes políticos, morales o sociales de muy diversas épocas y lugares. Necesario es reconocer que la cantidad incalculable de seudónimos que han aparecido a través de los tiempos

nos ha obligado a establecer un principio de selección, guiados fundamentalmente por la relevancia histórica de los personajes, por el deseo de tomar en cuenta la diversidad de sus nacionalidades y ocupaciones y también por la factibilidad de dar con el origen y significado de los nombres ficticios adoptados.

Al escribir la presente obra en la que incursionamos en un ámbito fascinante y poco frecuentado por los especialistas, nos ha animado el mismo propósito de otras dos que le han precedido, relacionadas con anécdotas y frases célebres, de presentar y difundir temas de carácter histórico, con tanta sencillez y amenidad cuanto los asuntos permiten. Probablemente pensaría en esto el insigne poeta latino Horacio al escribir en su *Epístola a los Pisones o Arte Poética: Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci*. (“Consiguió aprobación total quien supo unir lo útil con lo agradable”); incontrovertible declaración repetida dieciocho siglos después por el admirable fabulista canario Tomás de Iriarte: “Si al pleno acierto aspiras, une la utilidad con el deleite”.

Esperamos y deseamos que el lector encuentre en las páginas que siguen una entretenida fuente de consulta que le ayude a ensanchar su repertorio cultural y le aprovisione de recursos que consiga exhibir en el momento justo en que se lo demanden las circunstancias de una conversación entre amigos o una exposición pública, quedando muy bien parado, rodeado de simpatía y admiración. Se trata de un trabajo que pretende ser práctico, educativo y divertido, y que aspira a colmar la inquietud o la curiosidad de quien lo revisa con la finalidad de conocer y comprender cuáles fueron los motivos o pretextos que llevaron a ciertas personalidades a esconder su verdadera identidad y refugiarse en disfraces onomásticos, descubriendo también los elementos o referencias que les sirvieron de inspiración.

10

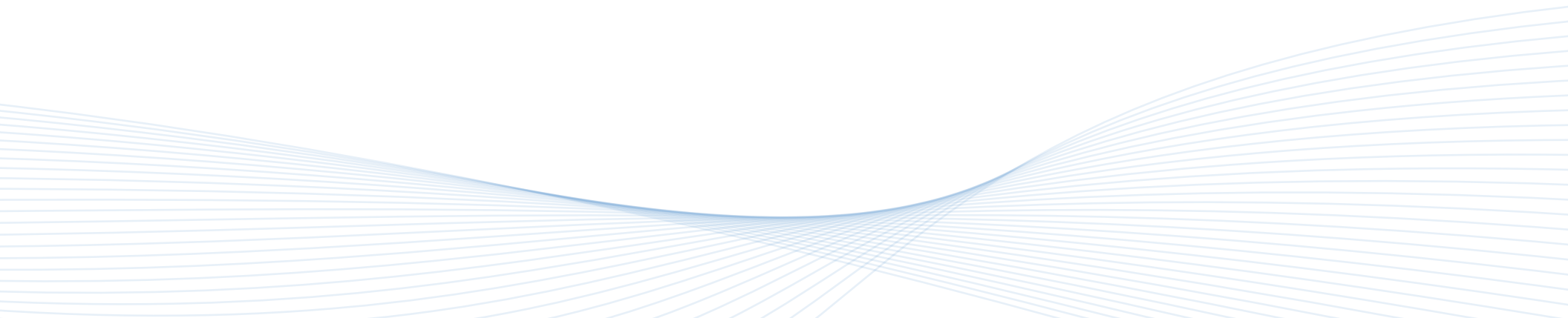
Concebir este libro, investigar exhaustivamente para encontrar la información pertinente y ordenar las ideas hasta darle su forma definitiva, ha constituido para el autor una fuente inagotable de placer intelectual. En adelante, que otros lo compartan será su mayor satisfacción.

JON AIZPÚRUA



Seudónimos

en la historia



Antonio Martínez De Cala

“ELIO ANTONIO DE NEBRIJA”

1444-1522

El humanismo surgió en Italia a mediados del siglo XIV, en las postrimerías de la baja Edad Media y se extendió por el resto de Europa en los dos siglos siguientes, acompañando el desarrollo del Renacimiento. Fue un movimiento intelectual que propugnó el retorno a la cultura grecolatina como medio de restaurar los valores humanos y edificar una nueva sociedad, formada por ciudadanos cultos y educados en principios morales. Mientras que en Italia el humanismo fue ante todo artístico y filosófico, en el centro y norte de Europa nació con un matiz religioso muy acusado, conectado con el impulso reformista. En lo que se refiere a España, la asimilación de las nuevas ideas encontró su mayor fortaleza en el cultivo literario de la lengua, merced al esfuerzo del humanista Elio Antonio de Nebrija, cuya importante labor filológica facilitó el camino para que la literatura castellana lograse su máximo esplendor.

Antonio Martínez de Cala y Jarava, quien pasaría a la posteridad como Elio Antonio de Nebrija, nació en la localidad sevillana de Lebrija en un día no precisado del año 1444. Estudió humanidades en Salamanca y marchó a Bolonia para ampliar su formación. De vuelta en España fue encargado de explicar gramática y retórica en la universidad salmantina. Colaboró estrechamente en las principales empresas culturales de la época y desempeñó un papel destacado en la elaboración de la *Biblia Polígota Complutense*. Su obra magna fue la *Gramática castellana*, primera en un idioma romance, o vulgar como solía llamarse, y primera que respondía a la estimación renacentista por las lenguas vernáculas. En el prólogo se justifica su aparición en 1492, año de la consolidación del reino de Castilla, por la excelencia que su lengua había alcanzado y por la necesidad que tendrían de aprenderla los pueblos sometidos a sus dominios, en un momento en que se adivinaba la proyección imperialista del reino de Isabel la Católica.

Martínez de Cala permaneció diez años en Italia. En Bolonia cursó como becario en el colegio de San Clemente y profundizó sus conocimientos sobre ciencias, derecho, teología y filología clásica. Regresó a España dueño de un formidable acervo cultural y convertido en una figura destacada del humanismo renacentista europeo. Fue entonces cuando decidió reemplazar su nombre civil por el seudónimo con el que se haría muy famoso. Adoptó el nombre de Elio como homenaje al militar romano que conquistó la Bética, considerando que ahora le correspondía a él la conquista literaria de Castilla, armado de ideas y de libros. Con el apellido Nebrija quería ofrecer un testimonio de gratitud a la ciudad que le vio nacer, Lebrija, cuyo nombre latinizado era Nebrissa.

Nebrija murió en Alcalá de Henares el 5 de julio de 1522, rodeado del afecto familiar y la veneración de sus discípulos. Su inmensa obra intelectual significó el establecimiento de las bases fundamentales de toda la lexicografía española, inspirando además numerosas reformas en otros países europeos, a medida que se cobraba conciencia de que sus respectivos idiomas vernáculos poseían tanta nobleza como el viejo latín.



Alessandro Di Mariano Filipepi

“SANDRO BOTTICELLI”

1445-1510

Pocos periodos en la historia de la humanidad han sido tan fecundos como la época llamada renacentista, la cual se perfila en Italia a comienzos del siglo XV y se extiende por toda Europa, hasta alcanzar su madurez durante el siglo siguiente. La cuna del Renacimiento italiano fue Florencia, favorecida por el mecenazgo de los Médicis, y su predominio se mantuvo durante el denominado *Quattrocento*, gracias a la obra monumental de pintores de singular jerarquía como Sandro Botticelli, cumbre de la tendencia pictórica racionalista e investigadora, con quien triunfó un estilo de alto refinamiento.

Alessandro di Mariano Felipepi, mejor conocido como Sandro Botticelli, nació en Florencia en 1445. Su padre era curtidor de pieles y tenía varios hijos varones. A los veinte años entró en el estudio del pintor Filippo Lippi y después recibió lecciones en el floreciente taller del maestro Verrocchio, junto con Leonardo y el Perugino. A los 25 años, Botticelli poseía ya un taller propio. Entre las primeras piezas que de aquí salieron, destacan la alegoría de *La Fortaleza* y una tabla de *San Sebastián*. Más adelante pintó una de sus obras más conocidas, *La primavera*, su primera grandísima obra maestra. En 1481 se trasladó temporalmente a Roma donde el papa Sixto IV le encargó frescos sobre temas bíblicos en la Capilla Sixtina. Aquí realizó *La tentación de Cristo* y *Las pruebas de Moisés*. Tras su regreso a Florencia pudo trabajar con libertad gracias al mecenazgo de los Médicis. Vieron la luz entonces sus obras más célebres de carácter profano y mitológico: *Retrato de mujer joven*, *Palas y el centauro* y *El nacimiento de Venus*. A su etapa final, de marcado signo religioso, pertenecen: *La piedad*, *La virgen del Magnificat*, *La crucifixión* y *La natividad*.

Existen varias versiones acerca del origen de su seudónimo. Se dice que Giovanni, el hermano mayor de Sandro, comerciante de profesión, era apodado Botticello, porque era gordo y bajito como un botijo, aunque también se cree que así se le llamaba debido a su afición a la bebida, por lo que aquel cognomento tenía el sentido de un tonelete, vale decir un pequeño tonel utilizado para la conservación de bebidas espirituosas. Por estar muy unido a su hermano, a Sandro pasaron a llamarlo con el mismo apodo. Sin embargo, en la autorizada opinión de Giorgio Vasari, autor de *Vidas de artistas ilustres*, primera historia crítica del arte italiano, publicada en el siglo XVI, el nombre en cuestión se debió a un acreditado joyero llamado Botticello, en cuyo taller laboró el joven Sandro, años antes de ser instruido por Filippo Lippi. El orfebre lo quiso tanto que acabó considerándolo como un hijo, y el muchacho quiso mostrar su gratitud adoptando como propio el apellido de su protector. Al paso del tiempo se le llamaría Sandro di Botticello, y más adelante, con el genitivo latino Botticelli.

El gran artista murió en su ciudad natal, el 17 de mayo de 1510, cuando en Italia triunfaba la estética del alto Renacimiento, a la que sus obras sirvieron de inspiración.



Phillipus Aureolus Theophrastus Bombastus “PARACELSUS”

1493-1541

Hay épocas en la historia del mundo que señalan etapas tan magníficas y decisivas de su evolución que pueden establecerse como luminosos jalones, meta y punto de partida a la vez, reanudación y rectificación de formas de civilización y cultura. El período renovador que surgió a mediados del siglo XV y se desarrolló hasta finales del XVI, constituye uno de esos hitos característicos, por haberse configurado entonces el espléndido movimiento conocido con el nombre de Renacimiento, con su inmensa floración de pintores, arquitectos, escultores, poetas, escritores, filósofos, músicos, científicos y políticos, cuyas realizaciones continúan siendo objeto de admiración en nuestros días. A ese período corresponde la vida de Paracelsus, calificado de charlatán o de genio, según el prejuicio o la ecuanimidad con que su obra y su personalidad fueron apreciadas por sus contemporáneos o sus sucesores.

Es posible que algunos ignoren que bajo los nombres pintorescos de Phillipus Aureolus Theophrastus Bombastus se oculta el muy conocido por todos de Paracelsus, nacido en Einsiedeln, Suiza, a finales del año 1493. Hijo de un médico, se inició en la investigación examinando los minerales y las plantas de las regiones en las que su padre ejercía la profesión. Infatigable viajero, cursó estudios en diferentes universidades de Alemania, Francia e Italia, se doctoró en medicina en Ferrara y pasó a enseñar en la Universidad de Basilea, donde su prestigio atrajo a innumerables estudiantes de toda Europa. Polémico y excéntrico en sus ideas y exposiciones, la figura de Paracelsus es una de las más sorprendentes de la historia de la medicina. Autor de un importante libro de cirugía, se le reconocen significativas contribuciones para la identificación de varias enfermedades y de los preparados para combatirlas, descartando la falsa creencia de que existiera un remedio para curarlas todas, esto es, la panacea universal; aunque al mismo tiempo se critican sus concepciones místicas sustentadas en nociones alquimistas, cabalísticas y astrológicas, en las

cuales entreveía una llave maestra para acceder a otras dimensiones de un Cosmos con múltiples niveles de realidad.

El seudónimo con el cual pasará a la posteridad, Paracelsus, fue ya toda una declaración de principios. Lo adoptó de estudiante como signo de su oposición a la tradición médica que veía una autoridad intocable en Aurelio Cornelio Celso, erudito romano del siglo I, autor de uno de los textos básicos de Medicina que predominaban en el Renacimiento. Obviamente, quería expresar que se colocaba “contra Celso” o “más allá de Celso”. Algunos biógrafos refieren que fue su padre quien así lo designó por considerarlo más sabio que Celso, aunque otros autores creen más bien que el seudónimo se relaciona directamente con el significado etimológico de la propia palabra: el traslado de la morada o del hogar a las nubes espirituales.

Convencido de la relación entre la medicina y la moral, enseñaba que solo un hombre virtuoso puede ser buen médico. A su destacado lugar en la historia de la medicina hay que añadir el mérito de ser una de las mayores personalidades de la tradición esotérica occidental. Falleció tempranamente en Salzburgo, Austria, el 24 de septiembre de 1541.



Gabriel Téllez

“TIRSO DE MOLINA”

1581-1648

Aún sin ajustarse a los límites precisos de una centuria, el llamado “Siglo de Oro” hace referencia al período histórico de máximo florecimiento de la literatura española y se ubica entre los siglos XVI y XVII. En la prosa y en el verso, la producción literaria llegó a una altura extraordinaria de la mano de ilustres escritores como Luis de Góngora, Francisco de Quevedo, Baltasar Gracián, Miguel de Cervantes, Lope de Vega y Calderón de la Barca. En esa deslumbrante galería ocupa un lugar destacado Tirso de Molina, dramaturgo genial, discípulo y émulo de Lope, al que llega a superar en corrección de estilo, en la pintura de época y ambientes, y en la definición psicológica de los personajes, en especial, los femeninos.

Fray Gabriel Téllez, que empleó el seudónimo literario de Tirso de Molina, nació en Madrid, citándose 1581 como año probable de su nacimiento. Tras haber realizado estudios en Alcalá de Henares, ingresó en la orden mercedaria, dentro de la cual desempeñó importantes cargos en varios monasterios en la península y en Santo Domingo. En 1618, ya de vuelta en Madrid, llevó una intensa actividad religiosa y teatral, y pronto adquirió gran popularidad como dramaturgo, aunque en varias ocasiones fue sancionado por las autoridades eclesiásticas debido a supuestas transgresiones morales que advertían en sus obras. Tan solo se conservan unas ochenta de las cuatrocientas obras de teatro escritas por este prolífico autor, que si brilló en las comedias de enredo, cultivó también con maestría la temática histórica y los autos sacramentales. Las dos obras de Tirso más conocidas y representadas son *El condenado por desconfiado* y sobre todo *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, en la que fijó definitivamente el tipo del Don Juan, el libertino, inspiración de numerosos autores en todo el mundo.

Como uno de esos personajes suyos sumidos en la oscuridad hasta que un golpe del destino viene a sacarlos de la injusta preterición en que viven, ciertas circunstancias personales de Fray Gabriel Téllez continúan hasta hoy desconocidas. Además de la incertidumbre acerca de su nacimiento y su origen familiar, no se ha podido determinar con precisión los motivos que lo impulsaron a adoptar el seudónimo Tirso de Molina, ni tampoco el significado del mismo, aunque se supone que tiene que ver con su condición de hijo no reconocido de un alto personaje de la nobleza y con ciertos problemas con la Iglesia debido a los temas que abordaba. Se sabe que escribió sus primeras piezas para el teatro en 1610 con su nombre original, hasta que cinco años después decidió firmar con el seudónimo que le perpetuaría en la historia literaria.

Tirso de Molina murió el 12 de marzo de 1648 en Almazán, Soria, en donde se desempeñaba como superior del convento. Su vida tuvo dos vertientes claramente delimitadas y a la vez unidas: una, la del hombre perteneciente a la Iglesia, admirado por su comportamiento intachable; y otra, la del escritor, que alcanzó un notable éxito en los distintos géneros que cultivó, hasta figurar entre los grandes de la literatura universal.



Jean-Baptiste Poquelin

“MOLIÈRE”

1622-1673

Una de las manifestaciones artísticas que alcanzó su clímax durante el período denominado “Siglo de Oro francés”, bajo el reinado del Luis XIV, fue la comedia, en virtud de su facilidad para retratar la sociedad de aquel tiempo, poniendo en escena los vicios y defectos de sus integrantes e ilustrando una concepción clásica del hombre en la que risa y reflexión se mezclan profundamente. Tales propósitos se fundieron magistralmente en Molière, el más ilustre de los comediógrafos franceses, cuyo genio, que no reconoció nunca reglas ni limitaciones, consagró para siempre dicho género teatral.

Jean-Baptiste Poquelin, que habría de inmortalizar su seudónimo de Molière, dedicó su vida al teatro. Nació el 15 de enero de 1622 cerca del mercado de París. Su padre, tapicero de la casa real, quiso que siguiera esa profesión pero como no era del gusto del joven, lo envió a estudiar abogacía y a los dieciocho años obtuvo el diploma. Sin embargo, Jean-Baptiste se sentía ineludiblemente atraído por el mundo de las tablas, para desesperación del padre que consideraba el oficio de actor una ocupación denigrante y del más bajo pueblo. Decidido a seguir su vocación fundó con un grupo de amigos actores la compañía *El Ilustre Teatro*, y comenzó a presentarse públicamente, con la inevitable ruptura familiar. Para no avergonzar a sus progenitores, y consagrarse con absoluta libertad a su vocación, Poquelin pasó a llamarse Molière.

El origen y significado del seudónimo escogido por el gran comediante ha dado pie a toda suerte de especulaciones, debido a que nunca quiso dar explicaciones ni aún a sus amigos. Algunos opinan que el motivo es muy simple, ya que alude directamente a los lugares campestres con abundantes molinos

que se hallan esparcidos por toda Francia, de lo que puede colegirse que no haya querido justificar su elección. Para otros estudiosos de la cuestión, fue un homenaje que hizo a una noble familia -la de los Molière- de la que guardaba un grato recuerdo. Hay quienes piensan que el nombre sencillamente evoca la marca de un vino -*Molières*- que, según dicen, amenizaba su mesa con frecuencia. Por último, otros menos estrambóticos, se inclinan a atribuirle un origen decididamente literario: durante la juventud de Jean-Baptiste Poquelin circulaba por París una novela, Polixena, de un tal Molière d'Esertine que el joven había leído con especial agrado. En resumidas cuentas, no se sabe por qué Poquelin decidió llamarse Molière y es probable que en el momento en que tomó la decisión no atribuyese demasiada importancia a uno u otro nombre.

Molière poseía un sentido innato del arte escénico. Su inventiva y su inagotable vis le permitían mantener permanentemente el interés de sus obras, rebosantes de humor y cuyos personajes poseen una vitalidad y un verismo incomparables. Su repertorio comprende piezas de todos los géneros, desde las simples bufonadas a las comedias más ambiciosas y espirituales. Genio y figura hasta la sepultura, su misma muerte tuvo algo de comedia: falleció el 17 de febrero de 1673, mientras representaba en el escenario al protagonista de su última obra, *El enfermo imaginario*.



François-Marie Arouet “VOLTAIRE”

1694-1778

Durante el siglo dieciocho, “siglo de las luces”, se impuso en Europa la corriente cultural denominada Ilustración, caracterizada por una revisión profunda de la concepción del mundo y del hombre, a la luz (de ahí su nombre) de la razón y de la experiencia. Por su independencia y sentido crítico, que le valieron la persecución de las autoridades francesas y la admiración general en Europa, se reconoce al escritor y filósofo Voltaire como una de las figuras señeras del pensamiento ilustrado.

François-Marie Arouet, más tarde Voltaire, nació en París el 21 de noviembre de 1694. Descolló como dramaturgo, novelista, autor satírico, polemista, historiador, filósofo, además de inversor financiero y cortesano. Entre las trescientos cincuenta obras que conforman su prodigiosa producción, se cuentan algunas que aún en nuestros días, siguen leyéndose con singular interés, como *El siglo de Luis XIV*, *Cartas filosóficas*, *Tratado sobre la tolerancia*, *Diccionario filosófico*, y la breve sátira *Cándido o el optimismo*.

Llevó una vida muy intensa, en la cual no faltaron encarcelamientos ni exilios. En 1717 comenzó su carrera literaria con unos epigramas irrespetuosos dirigidos al duque de Orleans, quien hacía poco que ocupaba la regencia del reino. Este y otros atrevimientos le costaron el destierro de París y luego el encierro en la Bastilla, donde permaneció casi un año. El régimen penal no fue muy severo para el audaz libelista, quien pudo entregarse a estudiar a los clásicos griegos y latinos, y como resultado de tales lecturas a planear una tragedia de gran estilo, trasunto de la más famosa de Sófocles. Así, en 1718, nació *Edipo*, que obtuvo un rotundo éxito. Amante del teatro, el Regente, invariablemente comprensivo y generoso, concedió al dramaturgo un importante premio en metálico y la duquesa de Orleans aceptó con gusto la dedicatoria de la obra, a cuyo pie aparece por vez primera el seudónimo

“Voltaire”, palabra caprichosa de enérgica dicción y sonoridad que pronto recorrió el mundo en alas de la fama. El origen del nombre no está muy claro, a pesar de que algunos especialistas han realizado ímprobos esfuerzos por descubrirlo. Generalmente se admite que “Voltaire” sería el anagrama de “aromet l.j.”, la traducción al latín de su apellido más las iniciales de “*le jeune*” (el joven). Si se altera el orden de las sílabas, el nombre también hace referencia a una finca, propiedad de su familia, llamada “Airvault”, ubicada en la provincia de Poitou. O también, podría ser la contracción del apodo “*le volontaire*” (el voluntarioso) con que se le conocía en su adolescencia.

Voltaire murió en París, adonde se había trasladado desde su residencia definitiva en la localidad suiza de Ferney, para el estreno de su drama *Irène*, el 30 de mayo de 1778. Con prescindencia de sus excesos, dejó una fructífera herencia. Muchos de los conceptos y términos hoy empleados en torno a problemas estéticos, éticos, sociales y políticos, fueron planteados y desarrollados por él en el contexto de una esperanzadora creencia, según la cual toda la historia de la humanidad constituye un continuo progreso hacia formas superiores de civilización.



Joaquim José Da Silva Xavier

“TIRADENTES”

1746-1792

La independencia de las antiguas colonias españolas en América transcurrió por cauces muy diferentes de lo que sucedió en Brasil, la gran posesión portuguesa. En el proceso hispanoamericano, el factor esencial estuvo centrado en las cruentas guerras que libraron las fuerzas patriotas contra los ejércitos que defendían la autoridad de los reyes españoles, en tanto que en Brasil el espíritu emancipador cristalizó con la llegada de los soberanos portugueses en 1808, huidos de la metrópoli ante la invasión de las tropas napoleónicas. Desde entonces se desligó progresivamente de Portugal, hasta que Pedro, hijo de João VI, declaró la independencia en 1822 y se proclamó emperador del Brasil. Todo este proceso, sin embargo, tuvo un glorioso antecedente en la rebelión contra la autoridad portuguesa encabezada en 1789 por Joaquim José da Silva Xavier, conocido por Tiradentes, que pasó a la historia como héroe nacional.

Joaquim José da Silva Xavier nació probablemente en el año 1746, en la *fazenda do Pombal*, comarca de Rio das Mortes. Perteneciente a la clase media, tuvo una formación esencialmente autodidacta. Tras desempeñar, entre otros, los oficios de comerciante, barbero y dentista, ingresó en el regimiento de dragones de Minas Gerais, donde llegó a ostentar el grado de alférez. Personalidad a un tiempo idealista y práctica, Tiradentes se trasladó en 1787 a Río de Janeiro con objeto de promover diversos proyectos de obras públicas, y allí el estudio de los filósofos franceses, su ingreso en la masonería y el ejemplo de la revolución estadounidense lo condujeron a defender abiertamente la emancipación brasileña. Su llegada a Vila Rica en septiembre de 1788 significó el inicio de la articulación del movimiento de la *Inconfidência Mineira* (conjuración minera), que preconizaba, además de la independencia, la abolición de la esclavitud y de los privilegios señoriales. Abortada la sublevación, Tiradentes fue encarcelado y posteriormente condenado a muerte.

Los tiempos felices de su infancia terminaron abruptamente a los nueve años cuando perdió a su madre y poco después también a su padre, y fue enviado a vivir con unos parientes en São José del Rei (actual ciudad Tiradentes). Su tío Sebastião Ferreira era cirujano-dentista graduado y fue con él que el joven aprendió su primera profesión. A los dieciocho años dejó la casa del tío y optó por dedicarse modestamente al comercio en forma ambulante, andando los caminos que unían los pueblos de Minas Gerais, a la vez que practicaba la odontología con singular destreza. No se trataba solamente de extraer piezas dentales sino de reemplazarlas, lo que Joaquim José hacía con depurada técnica, “adornando las bocas con mucho arte”. Debido a esta nueva actividad se le comenzó a llamar “Tiradentes” (sacamuelas), apodo popular que él asumió como su nuevo nombre y con el cual habría de conocersele.

El 21 de abril de 1792 Tiradentes fue ahorcado y sus restos mortales se esparcieron por los pueblos mineros en los que había pronunciado sus discursos revolucionarios. Elevado a la estatura de héroe nacional, casi a dos siglos de su desaparición física se le proclamó Patrono Civil de la República Federativa do Brasil.



Friedrich Leopold von Hardenberg

“NOVALIS”

1772-1801

Frente al racionalismo ilustrado que imperaba en la Europa del siglo dieciocho surgió el romanticismo como un movimiento de exaltación de la dignidad humana, de apego a la naturaleza, de admiración de la belleza y como expresión del espíritu de rebeldía que dominó todas las áreas del pensamiento y la creación artística durante la parte final de aquel siglo y primera del siguiente. En la literatura germana, los precedentes del romanticismo se encuentran ya en el movimiento del *Sturm und Drang* (“Tempestad e Impulso”), del que tomaron parte en su juventud tanto Goethe como Schiller, pero la eclosión propiamente dicha se dio a partir de 1780 y tuvo como protagonistas principales a una serie de escritores extraordinarios, entre los cuales brilló el poeta Novalis, el más puro y arquetípico de los líricos románticos alemanes, en cuya vida y obra se registran los más nítidos motivos poéticos de ese corte: la amada muerta a los quince años; la noche, tan sugerente como indecible; lo religioso, con vagas alusiones a la mística cristiana; así como su temprana muerte a causa de la tuberculosis, enfermedad típicamente romántica.

Friedrich von Hardenberg, que luego tomaría el nombre de Novalis, nació el 2 de mayo de 1772 en Oberwiederstedt, Sajonia. Estudió derecho en Jena, en Leipzig, y se graduó en Wittenberg. El fallecimiento en 1797 de su prometida, Sophie von Kühn, provocó en el joven idealista una honda crisis espiritual que se reflejaría en sus célebres *Himnos a la noche*, cercanos a la experimentación mística. En 1798 el escritor marchó a Freiberg para estudiar geología, y en el curso de ese año redactó una serie de fragmentos filosóficos y poéticos –*Polen, Los discípulos de Sais, Fe y amor*– que proponían, con un estilo a menudo oscuro y hermético, una interpretación alegórica del universo. El

prestigio de Novalis llegó a su cima con *Cantos sagrados*, conjunto de poemas religiosos de gran emotividad. Tras aceptar un puesto como inspector de minas en las salinas de Weissenfels, Sajonia, emprendió la redacción de *Heinrich von Ofterdingen*, novela inacabada de intenso aliento lírico, publicada después de su muerte.

Numerosos críticos consideran la muerte de Sophie, de apenas 15 años, como el momento en que nació Novalis como poeta romántico. En efecto, la muerte de su enamorada tuvo un papel determinante en su producción literaria, para la cual el joven escritor decidió usar el seudónimo con que sería eternamente reconocido. Friedrich von Hardenberg comenzó a firmar sus obras como Novalis en el año de 1798, con *Blütenstaub (Polen)*, recogiendo en el seudónimo la forma “de Novali”, que procedía de un antiguo título nobiliario de su familia.

Novalis falleció en Weissenfels, el 25 de marzo de 1801, cuando solo contaba 29 años. Por su interés hacia lo maravilloso y su profundo monólogo interior, su influencia tocó a los surrealistas y aún se filtra en autores contemporáneos en quienes hay conformidad respecto a su concepción de la poesía como la “lengua de los dioses”, la más apropiada para expresar la relación entre el uno y el todo, la conexión entre el individuo y Dios.



Marie Henri Beyle “STENDHAL”

1783-1842

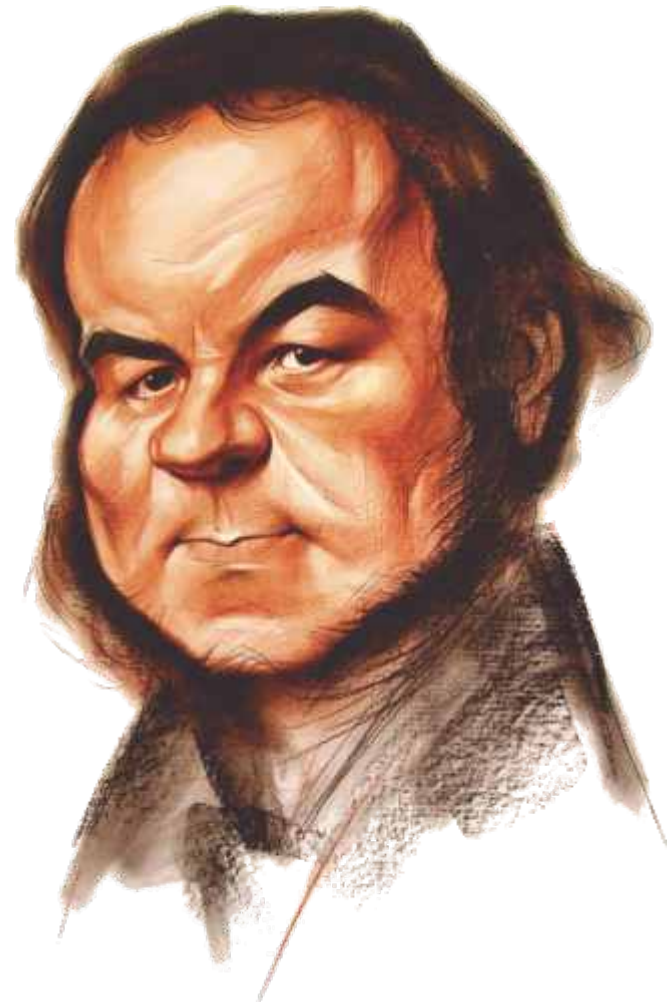
El realismo literario se define principalmente como la forma expresiva que trata de reflejar lo más fielmente posible la realidad y los personajes que la pueblan. El escritor que se adscribe a esa tendencia se propone la descripción objetiva de las conductas humanas como si pretendiera aprehender la realidad tal como podría hacerlo una máquina fotográfica. Aunque el realismo en la novela nació con Cervantes y con la picaresca del siglo XVII, es en el siglo XIX y en Francia donde alcanza su plenitud con notables representantes de la categoría de Gustave Flaubert, Honoré de Balzac, Guy de Maupassant, Alphonse Daudet, y el escritor que daría lustre y prestigio al seudónimo Stendhal, cuya obra está señalada como una de las cumbres de la narrativa del siglo XIX.

Marie-Henri Beyle, entre cuyos muchos nombres falsos hizo célebre el de Stendhal, nació en Grenoble, el 23 de enero de 1783, en el seno de una familia de la burguesía acomodada. Tras una instrucción muy desigual, adquirió una amplia formación por su propio esfuerzo, observando y aprendiendo de cuanto le rodeaba. A raíz de la derrota de Napoleón en 1814 se marchó a vivir a Italia, país que habrá de fascinarle y en el que comenzará su carrera literaria dando a luz varios ensayos vinculados a su pasión por la música, la pintura y sus continuos viajes, cada uno de ellos calzados con nombres ficticios.

A los treinta y cuatro años publica *Roma, Nápoles y Florencia* en 1817, obra en la que cuenta sus impresiones acerca de estas ciudades y parece por tanto que trata un asunto ajeno a la política, pero que realmente constituye un disfraz de ideas subversivas, por cuanto no pierde oportunidad para expresar profundas críticas a los gobiernos europeos absolutistas y clamar por “la victoria del genio y

de la libertad”. La publicación se hace en Milán, ciudad en la que residía el autor y que se hallaba entonces controlada por Austria. Siendo él sospechoso de bonapartista, liberal y simpatizante de la independencia italiana, decide utilizar una nueva máscara literaria para despistar a los censores austríacos y opta por Stendal, nombre de una pequeña ciudad prusiana que había sido la cuna del célebre historiador de arte Johann Winckelmann, a quien mucho admiraba, aunque intercalando una hache superflua para germanizar aún más el seudónimo. En los años que siguen, sus obras aparecerán firmadas por Stendhal, *alter ego* de Henri Beyle.

De la vasta producción stendhaliana, que supera los setenta volúmenes, necesario es hacer mención de dos títulos fundamentales, suficientes para hacer de él un autor que no envejece: *Rojo y negro* y *La cartuja de Parma*, precursores de la novela realista aun cuando sus personajes exhiben elementos de la más pura estirpe romántica. Aquejado en sus últimos años de una enfermedad cardíaca, Stendhal regresó a Francia pocos meses antes de su deceso, acaecido el 23 de marzo de 1842 en París. Aunque no fue debidamente valorado en su tiempo, la posteridad levantaría al genial escritor el monumento al que con entera justicia se había hecho acreedor.



José Miguel Ramón Fernández y Félix “GUADALUPE VICTORIA”

1786-1843

Aunque los primeros brotes independentistas que se produjeron en México, así como en las demás colonias españolas en América, fueron rápidamente sofocados por las autoridades del virreinato, la ocupación de España por las tropas napoleónicas en 1808 creó un vacío de poder que daría inicio a un largo periodo de enfrentamientos armados que necesariamente culminarían en la derrota y expulsión de los realistas. En septiembre de 1810, el cura párroco del pueblo de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla, precipitó el levantamiento campesino con el llamado “Grito de Dolores”. La sublevación fue continuada por otro sacerdote, el mestizo José María Morelos, que declaró la independencia en 1813 y promulgó una constitución, aunque sería detenido y ejecutado. Uno de los valientes patriotas que combatió junto a Morelos y siguió manteniendo viva la lucha contra las fuerzas españolas fue Guadalupe Victoria, quien más tarde llegaría a ejercer como primer presidente constitucional del México independiente.

Guadalupe Victoria, cuyo nombre original era José Miguel Ramón Fernández y Félix, nació el 29 de septiembre de 1786 en la Villa de Tamazula, Nueva Vizcaya, hoy estado de Durango. En 1811 recibió el título de Bachiller en Leyes en Ciudad de México y pronto se unió a las fuerzas insurgentes dirigidas por Morelos. A la muerte del prócer, pasó a dirigir los grupos armados en las montañas, hasta que al consumarse la independencia en 1821 pudo volver a la capital. Inicialmente, apoyó el ascenso al poder de Agustín de Iturbide, pero la política autoritaria de este y su proclamación como emperador lo impulsaron a unirse al pronunciamiento del general López de Santa Anna, que derrocó al gobierno y permitió la celebración de un Congreso Constituyente. Este Congreso convocó a las primeras elecciones federales y Guadalupe Victoria resultó electo por amplia mayoría primer Presidente de los Estados Unidos Mexicanos para el período 1825-1829. A pesar de los graves problemas financieros

heredados de la lucha por la independencia, su administración tuvo aspectos muy positivos, como la organización de la hacienda pública, la abolición de la esclavitud y el fomento de la educación.

La toma de la ciudad de Oaxaca fue una acción militar de gran importancia que tuvo lugar en noviembre de 1812, en que las fuerzas de Morelos derrotaron a las realistas, asestando un duro golpe al poder colonial. En un acto heroico, José Miguel Ramón Fernández y Félix cruzó a nado un río y cortó la cuerda de un puente para facilitar el ingreso de sus compañeros a la ciudad. Por este hecho fue designado General Brigadier y se le concedió el mando del ejército insurgente en Veracruz. El entusiasmo que experimentó entonces le movió a cambiar su nombre por el de Guadalupe, debido su devoción por la Virgen, y Victoria, por el gran triunfo que habían obtenido los patriotas.

La peripecia vital del prócer concluyó en Perote, Veracruz, el 21 de marzo de 1843. Ese mismo año el Congreso lo proclamó Benemérito de la Patria y sus restos reposan en el Monumento a la Independencia de la capital mexicana.



Hyppolyte Léon Denizard Rivail

“ALLAN KARDEC”

1804-1869

Fue el siglo diecinueve un periodo de profundos cambios culturales y científicos, de revoluciones y de agitadas discusiones políticas y filosóficas, que dieron al mundo una fisonomía completamente distinta de cuanto se había conocido previamente. En esa centuria nacieron el positivismo comtiano, el evolucionismo darwinista, el socialismo marxista y se agigantaron las ciencias físicas y biológicas con los trabajos de Galvani, Volta, Mendel, Pasteur, Koch, por citar nada más que algunas figuras relevantes. En esa tan particular atmósfera dominada por el racionalismo y el materialismo que parecía dejar atrás cualquier concepción religiosa o espiritualista, surgió una doctrina que se propuso afrontar el enorme desafío que implicaba dotar al hombre de una renovada convicción en su naturaleza espiritual, no a partir de las creencias metafísicas tradicionales sino mediante el empleo de los propios instrumentos cognoscitivos de la filosofía y de la ciencia, es decir, apoyada en la razón y en la experimentación. Así, mediando el siglo, apareció el Espiritismo como resultado de los estudios teórico-prácticos que hiciese el profesor francés Hyppolyte Léon Denizard Rivail, quien adoptando el seudónimo de Allan Kardec, presentó en varios libros los fundamentos de esta novedosa concepción del hombre y de la realidad.

Rivail nació en Lyon el 3 de octubre de 1804. A la edad de diez años fue enviado por sus padres a Iverdun, Suiza, con el propósito de seguir estudios en el célebre Instituto dirigido por Pestalozzi. En 1822, graduado de Bachiller en Ciencias y en Letras, retornó a Francia y se estableció en París donde comenzó su labor como docente y escritor. En las décadas siguientes publicó varias obras sobre gramática, aritmética y pedagogía. A los cincuenta años de edad entró en contacto con las extrañas manifestaciones de las llamadas “mesas parlantes”, presuntamente movidas por fuerzas invisibles, y tras años de investigación y experimentación llegó a la conclusión de que aquellos fenómenos eran

producidos por espíritus desencarnados, vale decir por seres humanos ya fallecidos. Interrogando a los espíritus y anotando sus respuestas, e incorporando sus propias reflexiones, publicó en 1857 *El Libro de los Espíritus*, su obra capital con la que daría sustentación a una nueva interpretación de la vida en sus dimensiones físicas y extrafísicas, a la que seguirían otros textos básicos de la naciente doctrina espiritista.

En los diálogos que sostuvo con los espíritus, el profesor Rivail fue informado de que en una de sus existencias anteriores en las Galias se llamó “Allan Kardec”, y atendiendo a esta revelación decidió firmar sus libros sobre Espiritismo con este nombre que hizo suyo como seudónimo, reservando su identificación original para los textos académicos. De este modo también se resguardaba de las reacciones de intolerancia que inevitablemente se desencadenarían contra la nueva idea.

Allan Kardec falleció en París el 31 de marzo de 1869. Sus restos reposan en el conocido cementerio de Père Lachaise. Reconocido como fundador y codificador del Espiritismo, sus obras siguen siendo reeditadas en todos los idiomas importantes del mundo y leídas por millones de adherentes que encuentran en ellas luz para sus conciencias y consuelo para sus aflicciones.



Amandine Lucile Aurore Dupin “GEORGE SAND”

1804-1876

Mucho más que una escuela literaria, el romanticismo constituyó toda una manera de ser, de sentir y de mostrarse, lo que equivale a tanto como a un nuevo estilo de vida. Solo en un marco intelectual tan propicio a los cambios y tan aferrado a la libertad se puede comprender que haya emergido en la Francia del siglo XIX una escritora retadora y transgresora, activa y desenfadada, como George Sand, cuyos libros reflejan el drama de la sociedad, y en especial, el que viven y padecen las mujeres.

Amandine Lucile Aurore Dupin, futura George Sand, nació en París el 5 de julio de 1804. Hija de un oficial de caballería que murió cuando ella no contaba más que cuatro años, y de una modista parisiense. Creció junto a su abuela en un ambiente rural enfrascada en numerosas lecturas y realizando largos paseos a caballo, para los cuales adoptó la entonces escandalosa indumentaria masculina, a la que se aficionó tanto que siguió utilizándola posteriormente al igual que otros hábitos varoniles, como el fumar grandes cigarros. Sus primeras novelas están centradas en la defensa de la pasión amorosa frente a los prejuicios, pero lo mejor de su producción novelística está en las narraciones campestres y los relatos autobiográficos. Llevó una existencia libre hasta el escándalo y los hombres se fueron sucediendo en su vida. A los dieciocho años se casó con el barón Dudevant, de quien tuvo dos hijos. Vendrían después sus amores con Jules Sandeau, Musset y Chopin, por mencionar a los más famosos.

En 1831 vio la luz pública *Rosa y Blanca, o la comediente y la religiosa*, una novela escrita a cuatro manos entre Aurore Dupin y su compañero sentimental de entonces, el joven literato Jules Sandeau. El

editor propuso que apareciera con la firma “Jules Sand” y ambos aceptaron. Al año siguiente debía publicarse la novela *Indiana*, enteramente escrita por ella, y ahora el editor recomendó un seudónimo que conservara el supuesto apellido “Sand”, pero que incorporara algún nombre de su agrado, que así quedaría para su uso exclusivo. Aurore eligió el de George porque “su uso era muy frecuente en la región del Berry, igual que Jules, y podrían pasar por hermanos o primos, para el público”. En adelante, Aurore Dupin de Dudevant abandonaría por completo su nombre civil, sus apellidos de soltera y de casada, para identificarse como George Sand. Con sus libros, artículos y cartas, se convirtió rápidamente en una celebridad, en una heroína para los románticos, y en una vergüenza para los conservadores y tradicionalistas.

En su casa de Nohant, falleció el 8 de junio de 1876, entre la aflicción de sus innumerables admiradores y amigos. Olvidados sus escándalos, apaciguadas las disputas, serenados los ánimos, George Sand aparece hoy, a través de una obra inmensa y desigual, como uno de los espejos de su siglo, en el que se reflejan el idealismo romántico, la fe en el ser humano y en el progreso, y sobre todo, una admirable valentía para enfrentar hipocresías y convencionalismos sociales.



Johan Kaspar Schmidt

“MAX STIRNER”

1806-1856

A lo largo de la historia, el deseo de sustituir la dominación autoritaria de cualquier signo por alguna forma de cooperación entre individuos libres ha sido un ideal que se ha visto plasmado en mitos como el del Edén o el de la Edad de Oro y que al pasar de los siglos tomaría su configuración moderna con la contribución teórica de notables pensadores anarquistas como Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Reclus, y un significativo etcétera. Si la concepción libertaria clásica pareciese muy radical, no es sin embargo la más extrema de cuantas han sido formuladas respecto de la preeminencia del individuo sobre las organizaciones, tal cual se puede verificar si se compara con las reflexiones filosófico-políticas desarrolladas y expuestas en el siglo diecinueve por el pensador alemán Max Stirner, quien llegó a negar todos los imperativos y exigencias morales, e hizo apología del poder individual limitado solo por sí mismo, por su unicidad, dejándolo todo a su exclusiva responsabilidad y competencia.

Max Stirner, cuyo nombre verdadero era Johan Kaspar Schmidt, nació en la ciudad alemana de Bayreuth, en el estado de Baviera, el 25 de octubre de 1806. Cursó estudios de filología, filosofía y teología en las universidades de Berlín, Erlangen y Königsberg. Profesionalmente se dedicaría a la docencia impartiendo clases en colegios para señoritas de familias acomodadas y paralelamente trabajaría también como traductor. Durante varios años de su juventud perfeccionó su formación asistiendo a los cursos impartidos por grandes maestros de la época como Hegel y Michelet. Por aquellas fechas formó parte de “Los libres”, un grupo de jóvenes hegelianos que ocasionalmente recibió la visita de Bruno Bauer, de Marx y de Engels. La obra principal de Stirner, *El único y su propiedad*, apareció en Leipzig en 1844. El desarrollo de su filosofía, no obstante, se remonta a una serie de artículos que aparecerían poco antes de esa obra central, más específicamente *El falso*

principio de nuestra educación, Arte y religión, y Comentarios sobre el Estado basado en el amor, en los que se perfilaba un cierto hedonismo psicológico o utilitarismo individualista soportado en el egoísmo o solipsismo moral.

Ganándose la vida como profesor de jóvenes burguesas en el selecto Colegio de Madame Gropius, pero con su cabeza repleta de ideas revolucionarias que se situaban en las antípodas de los valores sociales dominantes en su época y que formalmente debía respetar y acatar, el joven profesor Johan Kaspar Schmidt decidió utilizar un seudónimo para esquivar el repudio de las autoridades y de la alta sociedad prusiana. Escogió llamarse Max Stirner, tomando para su nuevo apellido el apodo que le habían dado sus amigos en alusión a su amplia frente (*Stirn*, en alemán significa frente). En 1841 comenzó a escribir pequeños artículos en la publicación *El Ferrocarril*, usando este disfraz literario con el que se identificó por el resto de su vida.

En medio de la mayor pobreza y soledad, Max Stirner falleció en Berlín el 26 de junio de 1856, envenenado por la picadura de un insecto. En el acta de defunción, el registrador escribió: “Ni madre, ni mujer, ni hijos”.



Mariano José De Larra

“FÍGARO”

1809-1837

En un sentido amplio, el término costumbrismo hace referencia a la atención especial que se presta en las obras literarias al reflejo de las costumbres típicas de un país o región, sin embargo se usa con un criterio más restringido para aludir a un género narrativo desarrollado en España en el siglo diecinueve bajo un signo romántico, cuya manifestación más precisa se encuentra en el llamado “artículo de costumbres” que tiene como antecedente remoto el “cuadro de costumbres” del Siglo de Oro. Auténticos cultivadores del estilo costumbrista fueron Mesonero Romanos, Estébanez Calderón y junto a ellos, Mariano José de Larra, universalmente conocido por su seudónimo Fígaro, máximo exponente del periodismo costumbrista y político de su época al que aportó viveza e ironía corrosiva, produciendo una serie de retratos en los que describía la vacuidad y la degeneración de la sociedad española.

En plena ocupación francesa nació Mariano José de Larra en Madrid, el 24 de marzo de 1809. Obtuvo su formación básica en el colegio madrileño de San Antonio Abad y posteriormente en el Colegio Imperial. Más adelante comenzó las carreras de medicina y derecho, pero no terminó ninguna de ellas. Ya en esta época su afición a las letras lo llevó a introducirse en diversas tertulias y círculos intelectuales. Sin haber cumplido veinte años emprendió la publicación de periódicos costumbristas de títulos llamativos como *El Duende Satírico del Día* y *El Pobrecito Hablador*, que fueron prohibidos muy pronto por sus duras críticas al conservadurismo social. Posteriormente, colaboró con el diario nacional de intereses liberales *La Revista Española* y la firma de Fígaro comenzó a valorarse enormemente en la prensa peninsular. El tono grave de su pesimismo quedó registrado en su famosa frase: “Escribir en España es llorar”.

Larra se valió de varios seudónimos en su corta pero intensa carrera literaria. En *El Duende Satírico del Día* escribía como El Duende Solitario y en *El Pobrecito Hablador* sus excelentes artículos satíricos y costumbristas llevaban la firma de Juan Pérez de Mungía, pero realmente cobraría notoriedad desde que a finales de 1832 pasó a colaborar con *La Revista Española*, donde popularizó un nuevo seudónimo, Fígaro, inspirado en el célebre personaje que Beaumarchais llevó al teatro en 1775 como protagonista de las comedias *El barbero de Sevilla* y *Las Bodas de Fígaro*, luego convertidas en óperas por Rossini y Mozart. Fue muy acertada la escogencia por parte de Larra del seudónimo con el que habría de ser identificado para siempre, por cuanto el propio término “fígaro” validado como sinónimo de barbero, caracteriza a un trabajador que por la naturaleza de su oficio se relaciona con toda clase de personas y se le tiene por alguien bien informado y perspicaz.

Consagrado ya su prestigio como escritor, Larra quedó golpeado por sus fracasos amorosos, los cuales, sumados a su creciente pesimismo, incidieron en el trágico desenlace de su vida. Arrebatado de fiebre *wertheriana* decidió poner fin a su vida el 13 de febrero de 1837, suicidándose de un disparo en su domicilio de Madrid. Estaba por cumplir tan solo 28 años.



Gabriel de la Concepción Valdés

“PLÁCIDO”

1809-1844

En la historia de las letras cubanas del siglo diecinueve brillan con luz propia los nombres de bardos indispensables, cuyas obras contribuyeron a elevar el prestigio de la creación poética en la mayor de las islas antillanas y todavía colonia española. El romanticismo madurará en Cuba gracias a figuras de rango continental como José María Heredia y Gertrudis Gómez de Avellaneda, seguido del modernismo, que tendrá su más nítida expresión en líricos notables como Julián del Casal y, en especial, José Martí. En ese escenario destacó Gabriel de la Concepción Valdés, poeta de extracción popular y notable versificador espontáneo que algunos críticos han catalogado de romántico, pero que otros, con más exactitud, lo consideran entre los iniciadores del criollismo y también del *siboneyismo*, movimiento poético que exalta el amor a la naturaleza y al hombre autóctono, inspirado en la fuerza cultural de los aborígenes.

Hijo de Concepción Vásquez, bailarina española, y de Diego Ferrer, mulato cubano de profesión barbero, Gabriel de la Concepción Valdés nació en La Habana el 18 de marzo de 1809. Las privaciones que sufriría el futuro poeta, en medio de la pobreza y de los prejuicios en una colonia donde funcionaba la esclavitud, abarcaron su vida, si bien los que le conocieron dieron testimonio de su simpatía y de sus dotes de conversador. Luego de cursar la primaria dejó de estudiar por haberse visto forzado a apuntalar la economía de los suyos y la propia, trabajando como carpintero, tipógrafo, dibujante, fabricante de peinetas y animador de fiestas en las que deslumbraba con su versificación repentista. Su labor poética la realizó principalmente en la ciudad de Matanzas en donde se había casado y tomado residencia, publicando en 1838 su primer libro *Poesías*, al que siguieron *El veguero*, *Poesías escogidas* y *El hijo de la maldición*.

Con la firma de Plácido comenzó a publicar sus primeros poemas, de carácter familiar y popular, en diarios de La Habana y Matanzas, y paulatinamente su estro se fue afinando hasta plasmarse en creaciones de notable fuerza lírica, como lo prueban sus poemas amorios y los sonetos que utilizó para exponer temas históricos en los que, además, dio pruebas de sus sentimientos antiesclavistas e independentistas que lo hicieron sospechoso ante las autoridades españolas y por los que finalmente le sería arrebatada la vida. El seudónimo lo tomó de la novela *Plácido y Blanca*, escrita por la Condesa de Genlis, obra de crítica social sorprendentemente moderna, en la que se pregona la necesidad de una reforma social fundada sobre la justicia y la libertad. Puede ser que la elección del seudónimo también haya estado motivada por el nombre de su padrino, el farmacéutico Plácido Fuentes.

Acusado de participar en la “conspiración de La Escalera” –así denominada porque atados a ese instrumento casero eran torturados los opositores– fue fusilado el 28 de junio de 1844, sin que valieran sus protestas de inocencia, de la cual es muestra su conmovedor poema “Plegaria a Dios”, escrito en prisión. La injusta condena hizo para siempre del inspirado poeta un mártir de su patria.



Mary Ann Evans

“GEORGE ELIOT”

1819-1880

Durante la denominada era victoriana, que se extendió por más de seis décadas del siglo XIX, Inglaterra se convirtió en la mayor potencia económica y política del mundo a la vez que instauraba un modelo de sociedad donde se imponían las tradiciones conservadoras. En aquellos días de rígida moralidad apareció una literatura también denominada victoriana, en cuyo ámbito la novela se llevaba el puesto de honor porque permitía, mejor que otros géneros, recrear y criticar las costumbres sociales imperantes, alejada de los desbordamientos románticos que le habían precedido. En ese escenario vivió y escribió la novelista George Eliot, cuya obra narrativa sufrió la incompreensión de una élite dominante que la juzgaba según los cánones prejuiciados de la moral oficial.

Mary Ann Evans, conocida por su seudónimo de George Eliot, nació en Warwickshire, Reino Unido, el 22 de diciembre de 1819. Educada en una atmósfera tradicionalista, su pensamiento experimentó una progresiva evolución hacia un racionalismo intelectual. Enfrentada a las convenciones sociales, convivió sin contraer matrimonio con el periodista George Henry Lewes, con quien se estableció en Londres. En 1857 dio a conocer tres relatos que obtuvieron un éxito inmediato y que luego aparecerían reunidos en su primer libro, *Escenas de la vida clerical*. Posteriormente publicó novelas en las que reflejaba la complejidad de la vida inglesa de su tiempo, como *Adam Bede*, *El molino junto al Floss*, *Silas Marner* y *Middlemarch*, considerada su obra cumbre.

Tres motivos principales decidieron a Mary Ann Evans a encubrirse tras el seudónimo masculino de George Eliot. Por una parte, esquivaba los prejuicios que gravitaban contra las mujeres cuya intención

era dedicarse a escribir en lugar de consagrarse al hogar y atender debidamente a su marido y a sus hijos, conforme a las reglas sociales establecidas, y a las que solía tacharse de redactar simples novelitas sentimentales. Otra razón derivaba de su temperamento rebelde e independiente, que la impulsaba a trabajar en forma anónima y así no tener que rendir cuentas a nadie y mucho menos a sus críticos. Y por último, y no lo menos importante, se vio obligada a resguardar su verdadera identidad debido a la complicada situación personal en que se hallaba, por la convivencia íntima que mantenía, fuera de la formalidad del matrimonio o de un hogar debidamente constituido.

Contaba 37 años cuando vio la luz su obra *Escenas de la vida clerical*, firmada ya por un tal George Eliot. Pasado cierto tiempo y una vez que se había descubierto de quien se trataba, accedió a explicar el significado del seudónimo. Como se podía suponer, “George” era el primer nombre del amor de su vida, y “Eliot” era una palabra que gozaba de singular eufonía, de fácil pronunciación y que la satisfacía plenamente (“*a good mouth-filling, easily pronounced word*”). George Eliot murió en Londres el 22 de diciembre de 1880. No suficientemente apreciada en su tiempo, la crítica posterior habría de consagrarle como una de las mayores novelistas de la lengua inglesa.



Charles Lutwidge Dodgson “LEWIS CARROLL”

1832-1898

Cualquier obra bien escrita, vaya dirigida a quien sea, es una obra de arte. Quien escribe para niños y jóvenes tiene tanto talento como el que lo hace para adultos, e incluso, a veces, reviste más dificultad escribir para capturar la atención de aquellos. La literatura orientada hacia los de menos edad, que antiguamente no pasaba de ser una ligereza, un género menor, poco a poco se fue haciendo respetable hasta ser considerada una modalidad más de la gran literatura. Son incontables las obras de renombre que se pueden catalogar dentro de ese renglón, en tanto que aptas para la comprensión y aceptación de los más pequeños, siempre teniendo en cuenta los intereses que dictan sus respectivas edades. Por lo general su contenido e intención son claros, no obstante se pueden encontrar algunas novelas y cuentos que merecen una segunda lectura, y esta debería ser una lectura adulta, porque solo así se podrían descifrar ciertas claves para entender determinados mensajes que los autores han disfrazado u ocultado deliberadamente. Este es el caso de Lewis Carroll y sus deliciosos y enigmáticos relatos en los que una niña viaja por el país donde ocurren las cosas más insólitas: el país de los sueños.

El nombre real de Lewis Carroll era Charles Lutwidge Dodgson. Nació en la modesta parroquia de Daresbury, en Cheshire, el 27 de enero de 1832, en el seno de la familia de un pastor protestante. Fue alumno destacado en el colegio universitario de Oxford, en el que llegaría a ser profesor de matemáticas. Posteriormente, se ordenó diácono de la iglesia anglicana. Permaneció soltero y llevó una vida sosegada, dedicada al estudio científico, la fotografía y la literatura. Sus más famosas obras, *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo*, concebidas a partir de los relatos

improvisados para la niña Alice Liddell, hija del rector del colegio donde enseñaba, narran los viajes emprendidos por la jovencita que da título al libro, apoyándose en el artificio del nonsense (disparate) y en la ambigüedad del lenguaje para hacer surgir los personajes y las criaturas míticas del cuento.

Cuando empezó a publicar poemas y pequeñas historias de humor en varias revistas, ya habían visto la luz varios tratados de matemáticas con su verdadero nombre. Fue precisamente el director de una de estas revistas, *The train*, quien le sugirió el uso de un seudónimo, y él, que era muy aficionado a los juegos de palabras, decidió traducir sus nombres propios al latín que se convirtieron en "Carolus Ludovicus" y posteriormente invertirlos y transformarlos en nombres ingleses. Fue así como nació Lewis Carroll, el seudónimo con el que pasó a la historia tras escribir los hermosos cuentos que tuvieron como protagonista a la niña Alicia.

Lewis Carroll falleció en Guildford, Surrey, el 14 de enero de 1898. Más allá de las interpretaciones que se puedan hacer de sus famosos relatos, su mérito es incuestionable por haber sido el creador de un clásico de la literatura universal, rico en fantasía e imaginación.



Samuel Langhorne Clemens

“MARK TWAIN”

1835-1910

Durante la primera mitad del siglo XIX, la literatura y el pensamiento de los Estados Unidos estaban concentrados en lo que en términos históricos se denominó “el Norte”. Solo al promediar el siglo, los intereses literarios y filosóficos desplazaron su punto de mira hacia el sur, viéndose reflejados en las novelas, ensayos y poemas de notables creadores que optaron por asuntos típicamente norteamericanos. Al comenzar la contienda secesionista, la literatura se hallaba preparada para iniciar una etapa distinta y uno de sus máximos representantes sería Mark Twain, escritor modesto, sin pretensiones de alta cultura, que no obstante llegaría a ser uno de los grandes clásicos universales ofrecidos por las letras estadounidenses.

Samuel Langhorne Clemens, nombre auténtico del escritor, era sureño. Había nacido el 30 de noviembre de 1835 en Florida, villorrio de Missouri que no pasaba de cien habitantes, y su infancia transcurrió en Hannibal, un pueblo de mayor población junto al río Mississippi, que más tarde inspiraría algunos de sus libros. Tras la muerte de su padre cuando contaba doce años, su instrucción elemental, recibida muy irregularmente, tuvo que interrumpirse y debió desempeñar los más diversos oficios, empezando como aprendiz de imprenta con su hermano mayor. El deseo de correr aventuras lo llevó a desempeñarse como timonel de una de las embarcaciones que recorrían las agitadas aguas del Mississippi. Al estallar la Guerra Civil dejó aquella labor y se ocupó en un sinnúmero de oficios hasta que halló en el periodismo y las letras su rumbo definitivo.

En aquella época, quienes escribían crónicas festivas con la finalidad de provocar la risa de sus lectores, creían conveniente ocultar su verdadera identidad bajo seudónimos pintorescos y estrambóticos, como si ello fuese un elemento complementario de su apuesta humorística. Y Samuel

Clemens no tuvo reparos en imitarlos. Se hallaba en Virginia, Nevada, cuando el director del *Territorial Enterprise* le ofreció un contrato para escribir una serie de trabajos de humor y crítica social y adoptó el seudónimo Mark Twain, que escuchaba a diario durante sus años de timonel en el Mississippi, puesto que era la transposición fonética del grito que soltaban los encargados de indicar la profundidad del río cuando la sonda señalaba dos brazas: “¡Marca dos!”. En adelante, ya no dejaría de emplearlo y quedaría indisolublemente asociado a su exitosa carrera literaria.

Autor de obras de reconocida calidad, Mark Twain logró su definitiva consagración gracias a dos novelas, *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*, inspiradas en sus recuerdos de infancia y adolescencia, que llegaron a convertirse en clásicos de la narrativa mundial. Murió en Redding, Connecticut, el 21 de abril de 1910. Al final de sus días, abrumado por problemas financieros y morales, sus escritos cambiaron de tono marcados por una visión del mundo pesimista y algo desabrida, pero lo que ha quedado en la memoria colectiva como registro permanente de su formidable contribución intelectual es la gracia irresistible de sus personajes y el lenguaje riquísimo, salpicado de dialectalismos que le permitían comunicar sus ideas con enorme eficacia cómica y expresiva.



Isidore Lucien Ducasse

“CONDE DE LAUTRÉAMONT”

1846-1870

No es posible mensurar o aquilatar en su precisa dimensión el aporte francés a la literatura universal, vista la profusión de escritores que han dado cauce a su genio cubriendo los más diversos estilos y géneros, a lo que se suma la proliferación de textos traducidos y reeditados a todas las lenguas, y colmando las bibliotecas de todo el mundo. A ese vasto y polimórfico escenario, frecuentemente ordenado en períodos, movimientos y tendencias, se asoman en ocasiones algunos creadores de características tan singulares y extrañas que escapan a toda identificación o encasillamiento, como ha sido el caso de Isidore Ducasse, mejor conocido como el Conde de Lautréamont, seudónimo adoptado para publicar su obra poética que, aunque breve y atípica, reviste una gran importancia y es referida como antesala del simbolismo y precursora del surrealismo.

La biografía de este enigmático personaje se reduce a unos pocos datos no demasiado explícitos. Hijo de un diplomático francés asignado a la representación consular de Francia en Uruguay, Isidore Lucien Ducasse nació en Montevideo el 4 de abril de 1846. Su madre, también francesa, falleció cuando el niño aún no tenía dos años. Este y otros difíciles acontecimientos ligados a la mala relación que llevó con su progenitor, habrían influenciado fuertemente su carácter retraído y pesimista. A los trece años, en el país de sus padres, siguió estudios en los liceos de Tarbes y Pau, luego se pierde su pista y en 1868 está en París donde publica, apenas firmada con tres asteriscos para mantener el anonimato, los primeros versos de su obra *Los cantos de Maldoror*, cuyo texto completo aparecerá en Bélgica un año después. En junio de 1870 circulan en la capital francesa algunos ejemplares de sus *Poesías*, y fallece cinco meses después en circunstancias desconocidas. Sus dos libros, ahora considerados hitos fundamentales de la poesía moderna, no alcanzaron sin embargo notoriedad alguna en sus años iniciales y deberían esperar el nuevo siglo para ser revalorizados.

Consciente de las reacciones que seguramente provocarían sus versos, Ducasse consiguió que el editor Albert Lacroix de Bruselas publicara sus *Cantos de Maldoror* (en francés *Mal d'Aurore*, Mal de la aurora), pero una vez impreso el libro, Lacroix se negó a venderlo temiendo ser acusado de promover una obra blasfema u obscena y solo unos pocos ejemplares llegaron a manos del autor. En esa edición, el joven poeta se escudó tras el seudónimo Conde de Lautréamont, que tomó de la novela homónima del célebre novelista francés Eugène Sue, publicada en 1837.

La muerte sorprendió a Lautréamont en su modesta habitación parisina, el 24 de noviembre de 1870, sin haber completado cinco lustros de vida. Comentado por Darío en *Los raros*, citado por Bretón en el *Manifiesto del Surrealismo* como inspirador del movimiento, ilustrados los versos de sus *Cantos* por Dalí, reivindicado por los surrealistas como su maestro, asumido como propio por los izquierdistas más radicales, Lautréamont fue y seguirá siendo leído y discutido, aclamado o despreciado según el caso, quedando para siempre como el hombre más misterioso de las letras francesas.



Louis Marie Julien Viaud “PIERRE LOTI”

1850-1923

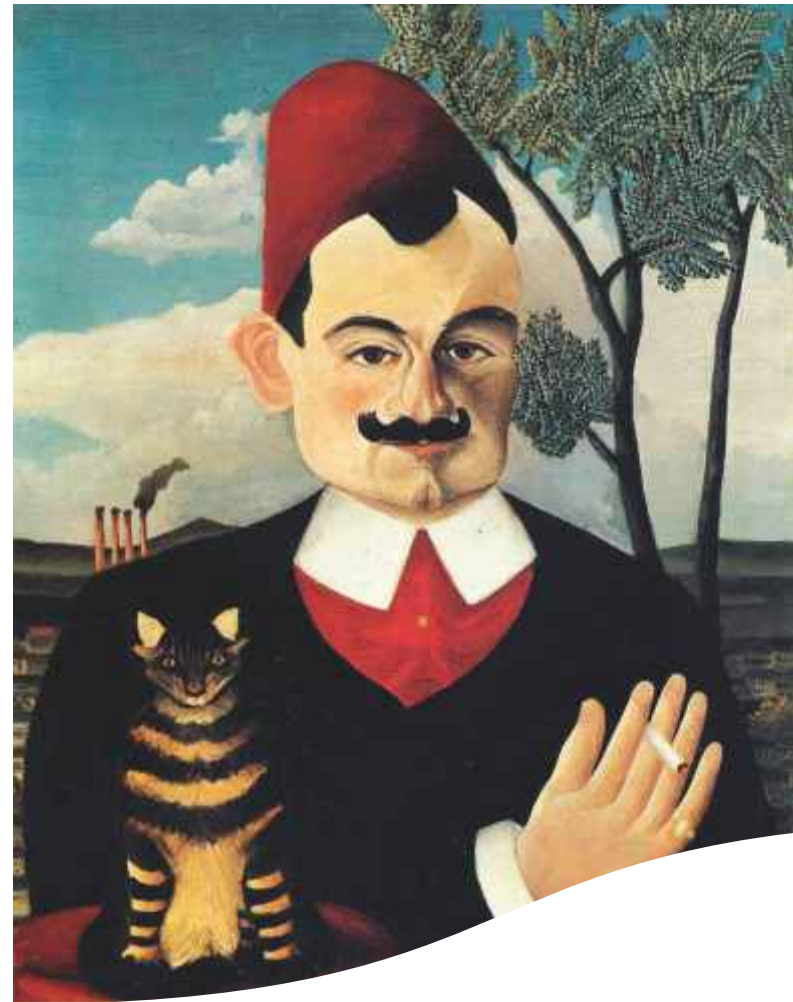
Con la expresión “novela de aventuras” se denomina un tipo de relato en cuya trama predomina la acción y el sucederse de acontecimientos inesperados o extraordinarios en los que el protagonista, tras superar una serie de obstáculos, consigue su objetivo. Esta concepción de la aventura en la que el viaje constituye un elemento fundamental está presente en los diferentes modelos que fueron apareciendo en la historia de la literatura. Tuvo su antecedente remoto en la novela amorosa de aventuras surgida en Grecia e imitada en el Siglo de Oro español, y definió su perfil desde el siglo dieciocho en adelante con obras emblemáticas como *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, *Quintin Durward* de Walter Scott, *Los tres mosqueteros* de Alexandre Dumas y la mayoría de las narraciones de Jules Verne. En épocas recientes los argumentos giran principalmente alrededor de los relatos de ficción científica, guerras, aventuras espaciales, espionaje o fenómenos paranormales. Cuando se hace referencia a la novelística de aventuras del siglo diecinueve, no puede quedar fuera la mención del francés Pierre Loti, autor de novelas exóticas y libros de viajes, cuyas experiencias como oficial de la marina le inspiraron una monumental obra de 40 volúmenes en los que se entremezclan elementos autobiográficos con fabulaciones y episodios fantásticos.

El verdadero nombre de Pierre Loti era Louis Marie Julien Viaud. Nació el 14 de enero de 1850 en Rochefort-sur-Mere, en el seno de una familia protestante de clase media. Desde niño experimentó una irrefrenable pasión por la navegación que le animó a los diecisiete años a ingresar en la Escuela Naval de Brest, en la que acabaría obteniendo el grado de oficial de la armada francesa. En igual medida mostraba su afición por la literatura, que le llevó a convertirse en un fecundo y exitoso escritor. Inmerso en una infatigable labor de creación literaria, publicó numerosas novelas basadas en sus propias vivencias en puntos del globo tan distintos y distantes como China, Japón, India, el

Medio Oriente, la Polinesia o los Pirineos. En 1886 alcanzó su mayor éxito literario con *El pescador de Islandia*, relato basado en antiguas tradiciones bretonas en las que se pone de relieve el viejo tema de la lucha sin cuartel entre el hombre y el mar.

En 1872, durante una escala en Tahití, el oficial Julien Viaud comenzó a escribir una primera novela inspirada en sus experiencias en aquella isla polinesia. La obra sería publicada ocho años después bajo el título *Las bodas de Loti*, y en ella narra la historia de las “bodas indígenas” del teniente de navío Pierre Loti. La palabra “loti” designa una flor tropical típica de aquellos exuberantes lugares. De allí en adelante tomó el nombre de su personaje como propio para firmar todos sus libros.

En reconocimiento a su extensa producción novelesca, expresada siempre en un lenguaje llano y directo que llegó fácilmente al gran público de su tiempo, fue elegido miembro de la Academia Francesa y de la Academia Goncourt. Falleció el 10 de junio de 1923 en su residencia de la localidad vasco francesa de Hendaya.



Leopoldo Alas

“CLARÍN”

1852-1901

A lo largo del siglo diecinueve la literatura española transitó un arduo camino, tan movedizo como el que debió recorrer la propia sociedad española en su compleja evolución. Sin embargo, en esa España que no atinaba a encontrar la ruta de su progreso, oscilando entre alzamientos y fugaces constituciones liberales, entre una república breve y una prolongada restauración, las letras españolas tuvieron varios momentos de especial relevancia, primero bajo los dictados de la estética romántica y luego siguiendo los cánones realistas en las décadas que siguieron hasta la irrupción de la famosa generación del 98. Junto al insigne novelista Benito Pérez Galdós, la otra cima del realismo literario español fue Leopoldo Alas, mejor conocido por Clarín, su seudónimo literario.

El 25 de abril de 1852 nació en Zamora, Leopoldo Enrique García Alas y Ureña. Después de estudiar derecho en las universidades de Madrid y Oviedo, se doctoró en esta última, en la que desempeñó el cargo de profesor de Derecho Romano. Se hizo temible por sus ensayos críticos, sus *Paliques* y *Solos de Clarín*, que publicó en periódicos y revistas nacionales durante treinta años. Su primera incursión en la narrativa es la colección de cuentos *Pipá* (1879), en la que ya se aprecia la influencia del realismo de corte naturalista, pero su obra magistral es *La Regenta* (1885), ambientada en la imaginaria Vetusta, trasunto literario de Oviedo. Escribió también la novela *Su único hijo* (1890), de admirable perfección técnica y estilística, aunque nunca logró escapar de la enorme sombra de la anterior. Escritor de singular fecundidad, pasan de treinta los volúmenes por él publicados, además de algunos millares de artículos.

Desde que se trasladó a Madrid a continuar los estudios, el joven Leopoldo Alas reveló su interés por las letras y el periodismo. Pronto llamó la atención y fue requerido por algunas publicaciones

capitalinas siendo que el 11 de abril de 1885 nació a la vida literaria el seudónimo Clarín, cuando firmó así una incisiva crítica política que redactó para el diario *El Solfeo*. Esta opción no era un capricho. El director del periódico había pedido a varios colaboradores que tomaran como seudónimo el nombre de un instrumento musical y cada uno eligió el suyo. Surgieron así, *Bemol*, *Bocina*, *Calderón*, *Compasillo*, y *Clarín*, con la expresa intención de “poner en solfa” a los políticos reaccionarios. Para sus “clarinadas” nada le parecía mejor al joven e irreverente crítico que tomar la designación de un instrumento musical semejante a una trompeta, pero capaz de producir sonidos más agudos. Designación además inspirada por el personaje cómico de igual nombre, con el que Calderón de la Barca introdujo un toque de gracia en su célebre comedia *La vida es sueño*.

Clarín permaneció en la ciudad de Oviedo hasta el momento de su muerte, acaecida el 13 de junio de 1901, cuando tenía cuarenta y nueve años. En sus dos quehaceres principales, la docencia y la literatura, destacó por su rigor intelectual y por sus ideales, en una época en que España atravesaba momentos de confusión y desconcierto.



Pedro Bonifacio Palacios

“ALMAFUERTE”

1854-1917

La creación poética que floreció en Argentina durante el siglo diecinueve y la que siguió en el tránsito hacia el nuevo siglo, conjugó tendencias tradicionales derivadas de las poderosas influencias románticas y modernistas con elementos autóctonos que brotaron de sus peculiaridades geográficas y humanas, expresándose en una poesía de fondo popular y acento criollo. Hay nombres fundamentales de obligatoria mención que marcaron ese vasto período de la poesía argentina, entre los cuales bastaría recordar a Cambaceres, Guido Spano, Lugones, Ascasubi y José Hernández, aunque hay uno en particular que a diferencia de los mencionados debió nadar contra la corriente, ajeno a los postulados estéticos propios de su tiempo, marginado y huérfano de reconocimiento, disfrutando apenas de una popularidad que le vino del pueblo bajo. Autodidacta, misántropo, áspero en el trato, poeta de versos desiguales, pero de sorprendente vigor y complejidad espiritual, al nacer fue llamado Pedro Bonifacio Palacios, pero al crecer hizo tan famoso su seudónimo de combate, Almafuerte, que su nombre de pila quedó casi en el olvido.

Vino al mundo en San Justo, provincia de Buenos Aires, el 13 de mayo de 1854, en una familia de escasos recursos. Muerta su madre y abandonado por su padre siendo un niño, quedó al cuidado de una tía. Este triste episodio ya dispone su carácter y su destino. Su vocación inicial fue la pintura, pero le fue negada una beca para perfeccionarse en Europa y la docencia, la poesía y el periodismo pasaron a ocupar sus afanes. Enseñó con gran pasión en escuelas rurales, a pesar de no tener título habilitante, pero años más tarde su activismo político y sus versos altamente críticos perjudicaron su carrera. Residenciado en la ciudad de La Plata trabajó como articulista de la prensa y llegó a dirigir varios diarios. En sus *Poesías Completas*, así como en sus libros en tono de predicación *Lamentaciones* y

Evangélicas, se pueden descubrir muchas de las claves de su voz poética y su actitud existencial.

En sus columnas periodísticas, y según los temas que trataba o las personas a las que replicaba, Palacios empleaba numerosos seudónimos, de modo que el brioso periodista era alternativamente Juvenal, Isaías, Justo, Uriel, Cívico, Catón, Job, Cocorocó, Plutarco o Plutón, disfraces literarios que no lograban evitar, y él no lo pretendía, que su estilo inconfundible se plasmara en cada línea. Pero sería Almafuerte el que alcanzó mayor difusión y con el que sería identificado para siempre. Comenzó a utilizarlo en 1890, cuando era director del diario platense *El Pueblo*, en un contrapunteo polémico que sostuvo con el periodista Carlos Olivera, que firmaba a su vez como Almaviva. A todas luces un seudónimo que no había escogido a la ligera puesto que era en sí mismo un autorretrato, una definición sintetizada de su particular personalidad, signada por su espíritu combativo.

Postrado en la pobreza de su catre, indoblegable en sus convicciones, apegado a la desgarrada sinceridad con que renunciaba a las convenciones de su tiempo, falleció el 28 de febrero de 1917 en La Plata, a la edad de 62 años.



José Seferino Álvarez

“FRAY MOCHO”

1858-1903

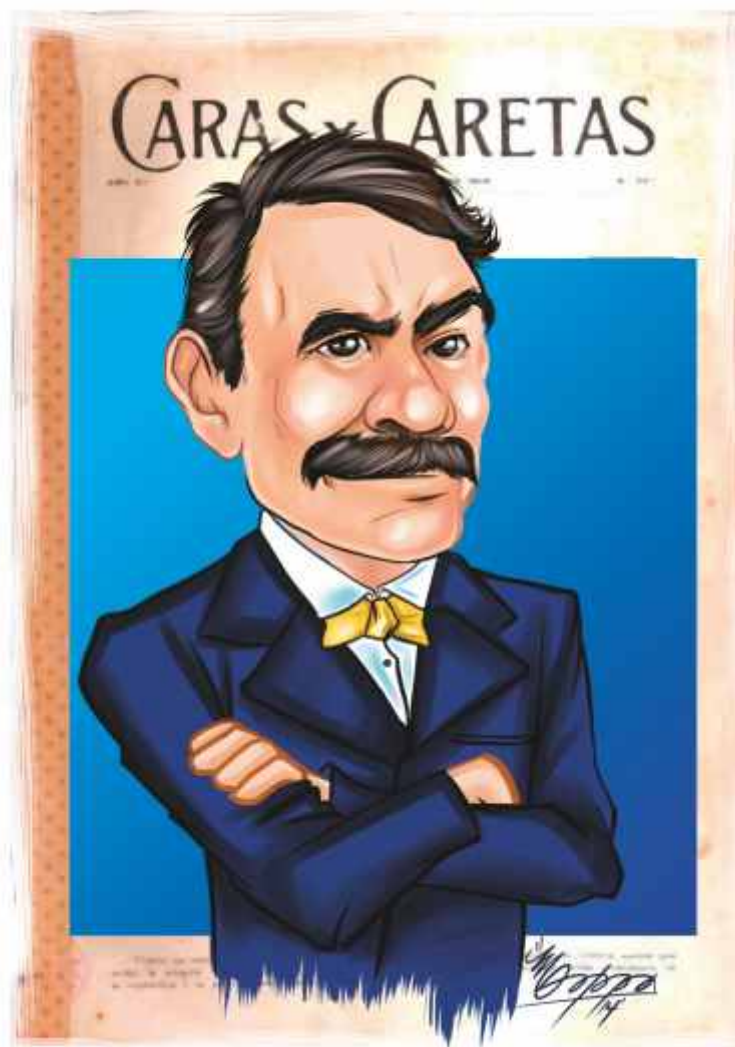
Una de las más importantes tendencias narrativas que surgieron en Argentina en las décadas finales del siglo diecinueve estuvo representada por los autores costumbristas, así llamados porque lo más relevante de su producción se concentró en narraciones breves de contornos imprecisos conocidas como “cuadros de costumbres”, en los que a veces la crónica periodística relata una historia que se aproxima a la novela y, en otros casos, se convierte en un cuento que mordisquea la historia. Tales escritores pusieron su mayor empeño en adoptar un estilo propio y original que ayudase al fortalecimiento de la identidad nacional. Fueron figuras de gran talla, como Echeverría, Hernández, Alberdi, Sarmiento o Mitre, que despuntaron en la Argentina decimonónica por haber cultivado con singular acierto la estampa costumbrista, al tiempo que alternaban la pluma con las tareas políticas, jurídicas e históricas. En esa galería luminosa hay que incorporar el nombre de José Seferino Álvarez, el popular Fray Mocho, quien ocupa sin discusión un sitio de honor dentro de la literatura costumbrista de la gran nación austral.

José S. Álvarez nació en Gualeguaychú, Entre Ríos, el 26 de agosto de 1858. Estudió en el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay y posteriormente en la Escuela Normal de Paraná. En 1879 se radicó en Buenos Aires, donde colaboró en importantes periódicos y revistas locales. Sus experiencias como oficial de policía sirvieron de inspiración a dos de sus más conocidas obras: *Vida de los ladrones célebres de Buenos Aires y de sus maneras de robar* (1887), de carácter anecdótico, y *Memorias de un vigilante* (1897), novela publicada bajo el seudónimo de Fabio Carrizo. En 1898 participó en la fundación de la famosa revista *Caras y Caretas*, la cual dirigió en los cinco años siguientes hasta su prematuro fallecimiento. En sus habituales crónicas, Fray Mocho supo reflejar

con gracia y acierto la vida en los ambientes rurales y urbanos, el impacto producido por la modernización y la singularidad del habla popular porteña.

En varios de sus artículos y libros Álvarez firmó con seudónimos diferentes, hasta que comenzó a emplear el de Fray Mocho en sus novelas y desde la dirección de *Caras y Caretas*. En adelante quedaría plenamente asociado a este nombre ficticio, con el cual pasaría a la posteridad. “Mocho” le llamaban sus amigos entrerrianos debido a un defecto físico: tenía un hombro más alto que otro y por eso caminaba medio ladeado, o como se dice en gauchesco, era “lunanco” o “mocho”. Completó el seudónimo agregando “Fray”, apócope de fraile, para significar su modo de ser sincero y bondadoso. Tal era su sentir y por ello escribió en su testamento: “No he ofendido a nadie ni a nada, porque no quise dañar y porque tengo un corazón puro”.

El 23 de agosto de 1903, cuando le faltaban tres días para cumplir cuarenta y cinco años, Fray Mocho falleció en Buenos Aires, la ciudad que logró conquistar con su incipiente talento literario, su humor de buen gaucho entrerriano y su rica sensibilidad. Prematuramente la muerte se lo llevó en sus alas aunque ya su leyenda era un hecho.



Ettore Schmitz

“ITALO SVEVO”

1861-1928

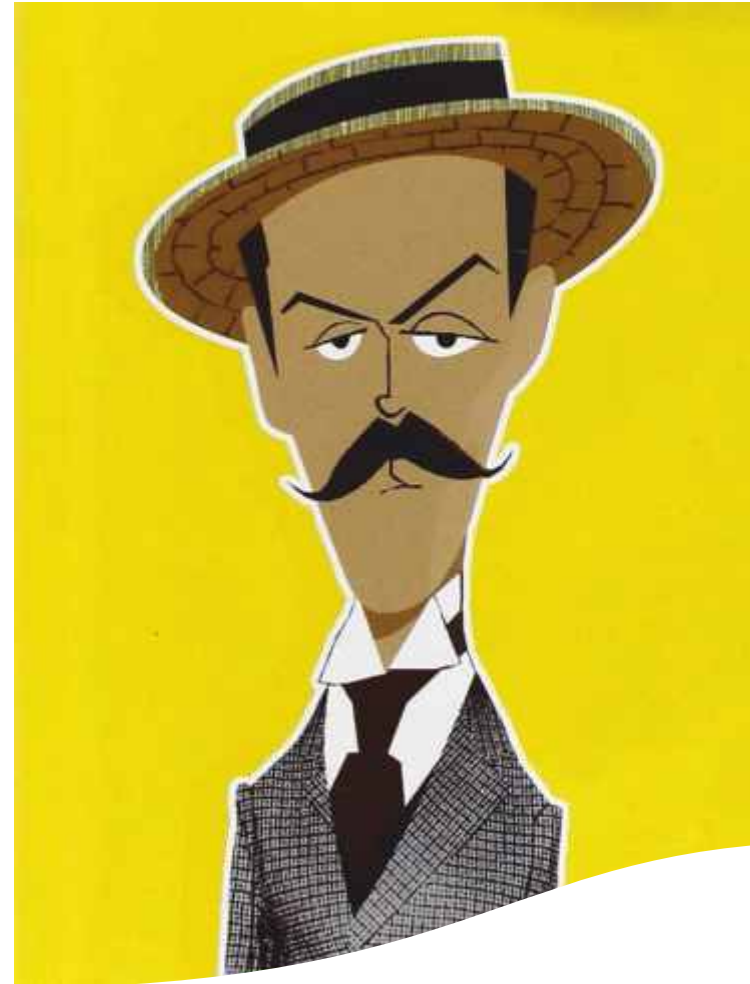
En el último decenio del siglo diecinueve, la corriente literaria dominante en Italia era el *verismo*, técnica narrativa emparentada con el realismo y el naturalismo que se centraba en el relato objetivo de una situación o hecho natural sin ningún tipo de interpretación por parte del autor. No obstante la preeminencia de los escritores veristas, apareció a trasmano de la cultura italiana, un novelista que se atrevió a descartar por completo las categorías tradicionales del relato, empleando un inusual enfoque introspectivo dirigido a la búsqueda en el mundo interior de cada personaje. Su nombre era Ettore Schmitz, pero el mundo le conoció por el seudónimo con que firmó sus novelas: Italo Svevo.

Ettore Schmitz nació en Trieste, ciudad italiana entonces bajo el dominio austríaco, el 19 de diciembre de 1861. Tras haber realizado sus estudios secundarios en Alemania, volvió a su hogar con la esperanza de iniciar una carrera literaria, pero debió acceder al deseo de su padre y convertirse en un modesto empleado bancario. De aquel ingrato trabajo dejará testimonio en su primera novela, *Una vida* (1892), cuyo protagonista es un joven burócrata que se fastidia con su labor. En 1896 aparece *Senilidad*, su segunda novela, y aunque muestra una técnica más madura, no fue bien acogida. Tras un largo periodo de silencio, y gracias a su encuentro con James Joyce, que vivió una temporada en Trieste, se sintió con ánimo suficiente como para reanudar su actividad intelectual. Nació así *La conciencia de Zeno*, publicada en 1923, relato inspirado por el psicoanálisis, que le valió la consagración literaria en Europa y en todo el mundo.

De padre austríaco y madre italiana, ambos de ascendencia judía, Ettore Schmitz asimiló con naturalidad el influjo de ambas raíces culturales, sobre todo habiendo nacido en Trieste, próspero

puerto del mar Adriático, crisol en el que se han mezclado tradiciones germánicas e italianas a lo largo de los siglos. Si representativo de esa fusión es el mismo nombre civil del escritor, no lo es menos el seudónimo que adoptó: Italo Svevo, en homenaje a sus dos orígenes. Latino por el país en que vino al mundo y germánico por referencia a los pueblos suevos que en el siglo V se expandieron desde el mar Báltico y se repartieron por Europa, traspasando los límites del Imperio Romano de Occidente. Fue a partir de la publicación de la novela autobiográfica *Una vida*, a sus treinta y un años de edad, cuando comenzó a utilizar el seudónimo con el que pasaría a ser identificado. En una ocasión le preguntaron por qué había decidido cambiar de nombre y respondió: “Me daba pena ver esa pobre e insignificante vocal de mi apellido, rodeada de un montón de feroces consonantes”.

Cuando trabajaba en una nueva novela, *El vejestorio o las confesiones de un anciano*, Svevo falleció en Motta di Livenza, el 13 de septiembre de 1928, tras ser atropellado por un automóvil. Pese a que su obra permaneció prácticamente ignorada hasta pocos años antes de su muerte, es hoy considerado uno de los principales renovadores de la narrativa italiana contemporánea.



Pedro María Morantes

“PÍO GIL”

1865-1918

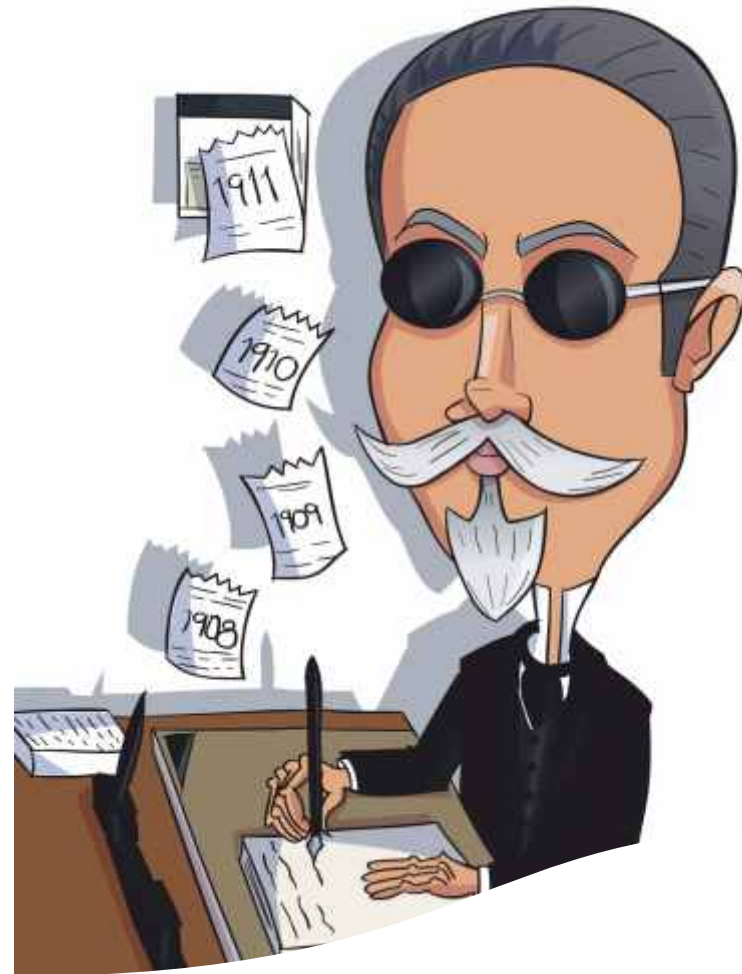
Si en el estado Táchira surgieron dictadores como Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez que gobernaron a Venezuela a su antojo y frenaron su evolución económica y sus libertades políticas, de allí mismo también provinieron adversarios insobornables de las tiranías, como Pedro María Morantes, mejor conocido por Pío Gil, su seudónimo de combate, quien llegó a convertirse, armado de sólidos valores morales y cívicos, y esgrimiendo su incisiva pluma, en la más lúcida conciencia de su tiempo.

Pedro María Morantes nació en La Sabana, aldea próxima a San Cristóbal, capital del estado Táchira, el 24 de octubre de 1865. Hijo de un hogar sumamente pobre, estudió Derecho en Mérida y luego en Caracas. En 1903 fue designado juez de primera instancia en Caracas, posición que le sirvió para constatar desde cerca las adulaciones y alcahueterías que recibía el presidente Cipriano Castro de sus seguidores. En 1908 viajó a Europa y por uno de esos curiosos azares del destino, en el mismo barco se encontraba Castro, quien iba al viejo continente a operarse de una dolencia renal. Ninguno de los dos pudo retornar a su patria. El contacto directo con el caudillo le proporcionó la materia prima para la elaboración de su conocida novela *El cabito*. La obra de Morantes, escrita en su exilio parisino, es extensa y diversa, e incluye la crítica política, el ensayo histórico y las narraciones de viajes.

En 1909, el régimen de Juan Vicente Gómez, ya en el poder, ensayaba una ligera apertura política y Morantes fue nombrado cónsul de Venezuela en Amsterdam. Llevaba nada más que dos meses en el cargo cuando a finales de aquel año comenzó a circular en Venezuela, en las Antillas y en Colombia, la

novela *El cabito*, firmada por un tal Pío Gil que nadie conocía, en la que se retrataban las lacras del régimen castrista. La incógnita se despejó muy pronto y llegó a la capital holandesa la orden de destitución del nuevo cónsul. En el gobierno ya se sabía quién era Pío Gil. Pronto aparecerían otros libros que pretendían ocultarse bajo la misma firma, como *Los felicitadores*, *Cuatro años de mi cartera* o *Puñado de guijarros*, en los que podían leerse diatribas tremendas contra Castro y Gómez, y contra sus aduladores. El osado escritor jamás aclaró el origen y significado del seudónimo con que pasaría a la historia literaria y política venezolana, pero se puede inferir que en el “Pío” de su elección estaba reflejando su sueño de pureza, su vida recatada, y en el “Gil” que lo completaba, su sensación de extravío y de anonimato, aunada a su amarga soledad. Con sobrado acierto, Andrés Eloy Blanco lo bautizó como “Beato de la Libertad”.

Pedro María Morantes, el incorruptible Pío Gil denunciador de tiranos, murió en París, a causa de una terrible pleuresía, el 4 de febrero de 1918. Más allá de sus encendidos libelos y de una obra intelectual de muchos méritos, esencialmente ha quedado para la posteridad el hombre de ideales, el artista de la sátira, el patriota y venezolano integral.



Alexei Maximovich Pechkov

“MAXIM GORKI”

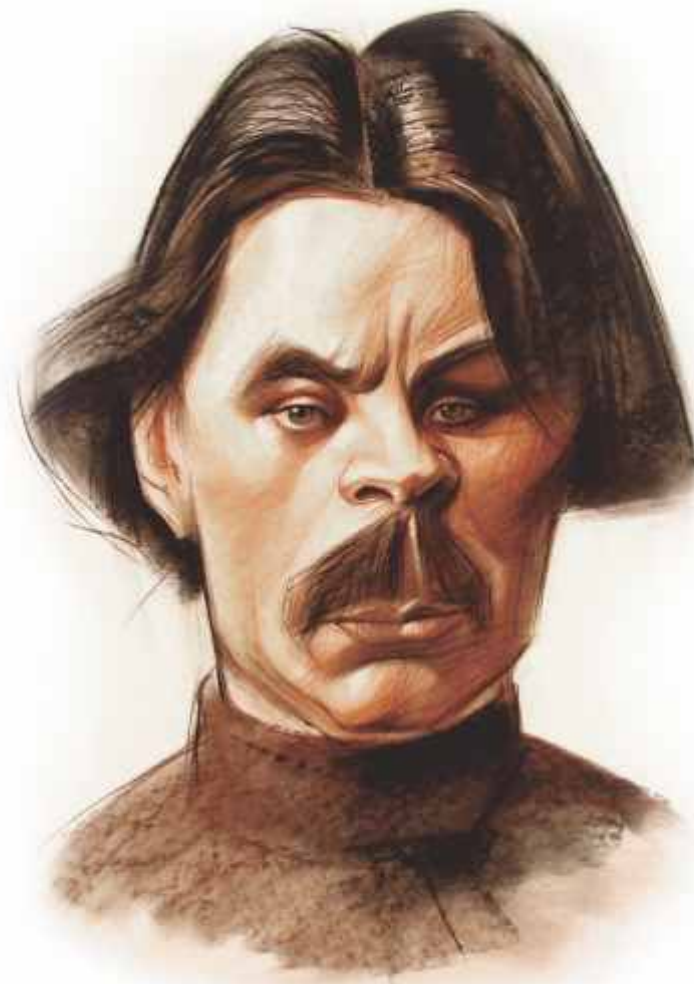
1868-1936

El realismo literario ruso de la época de los zares fue derivando hacia una actitud de crítica y denuncia, hasta adoptar más tarde, con las generaciones coetáneas de la Revolución de Octubre, un contenido ideológico de signo marxista que marcó casi toda la producción cultural de la era soviética. Se impuso entonces el denominado “realismo socialista”, enunciado que pasó a designar el marco doctrinario al que debían ajustarse los contenidos y recursos expresivos de la creación estética y literaria. En esa larga y compleja fase de transición del realismo clásico a la versión socialista, destacó Maxim Gorki, autor de singular fuerza narrativa, a quien Lenin ensalzaría como “el mejor representante de la literatura proletaria”.

Alexei Maximovich Pechkov, posteriormente conocido como Maxim Gorki, nació el 6 de marzo de 1868 en Nizhni Nóvgorod, ciudad situada en las orillas del Volga, y que llevará el nombre del célebre escritor de 1932 a 1990. De familia humilde, se vio obligado a dejar los estudios para ganarse la vida. Practicando los más diversos oficios, deambuló por el sur de Rusia durante más de veinte años y en esa época se inició en la literatura con sus primeros cuentos y novelas. Por su activismo revolucionario debió trasladarse a Estados Unidos y a Italia, regresando a su patria en 1913, cuando empezó la que se considera su obra maestra, la trilogía formada por *Mi infancia*, *Entre los hombres* y *Mis universidades*, cuyas páginas muestran con perfección el estilo fluido y vital del narrador. Vivió de nuevo en Italia entre 1921 y 1928, y a su retorno a la Unión Soviética fue aclamado como el indiscutido líder de la literatura nacional, dedicando varios ensayos a los grandes autores rusos.

En su peregrinar por las regiones del Volga y el Cáucaso, Alexei Maximovich tuvo la fortuna de conocer al célebre escritor Vladimir Korolenko, quien supo apreciar las dotes intelectuales del joven vagabundo, aconsejándole que se dedicase a la literatura. Comprendiendo que aquella era su verdadera vocación escribió *Makar Chudra*, fábula de amor y muerte, así titulada por el nombre del principal personaje, un gitano de los muchos que había conocido a lo largo de su errante vida. El cuento fue publicado por un periódico de Tbilisi y su autor se identificó como Maxim Gorki. Este inicial trabajo llamó mucho la atención y al poco tiempo Gorki era uno de los escritores más populares del país y las principales revistas comenzaron a disputarse su firma. Con el seudónimo escogido quiso honrar a su padre y a un hermanito fallecido poco antes de nacer él, ambos de nombre Maxim, acompañado de Gorki, a modo de apellido, que significa amargo en ruso, como si quisiera reflejar su infancia poco feliz y una desesperanzada visión de la realidad rusa, forjada en su duro aprendizaje.

Gorki falleció en Moscú el 18 de junio de 1936. El impulso descarnado e instigador de su prosa que evidencia siempre un compromiso con la transformación de la realidad sigue mostrándose como una contribución original y brillante a la gran literatura que el mundo requiere.



Vladimir Ilich Ulianov

“LENIN”

1870-1924

El triunfo de la revolución en Rusia, la liquidación del viejo orden social, económico y político implantado por el régimen zarista, y la fundación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, están indisolublemente vinculados al nombre de Vladimir Ilich Ulianov, universalmente conocido por el seudónimo de Lenin. Su proyecto de construir una sociedad igualitaria, conforme a las directrices del marxismo, dejó una huella profunda en su patria y dividió al mundo en dos bloques antagónicos, cuya tensión marcó el acontecer político internacional durante buena parte del siglo veinte.

Vladimir Ilich Ulianov nació el de 1870, en Simbirsk, en el seno de una familia burguesa de ideas progresistas. En 1886 falleció su padre, y al año siguiente, su hermano mayor, Alexander, fue ahorcado por participar en un complot para asesinar al zar Alejandro III. Influenciado por este hecho, Vladimir comenzó a participar en los círculos revolucionarios y a leer textos marxistas. En 1891, luego de culminar sus estudios de Derecho en San Petersburgo, se le permitió ejercer como abogado, destacándose por su labor en defensa de las víctimas del sistema legal ruso. Por sus actividades revolucionarias fue desterrado a Siberia, donde permaneció tres años. En este tiempo se casó y escribió *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, el primero de varios textos de singular importancia política.

Liberado en 1900, debió tomar el camino del exilio y en Ginebra fundó el periódico *Iskra* (La Chispa) para divulgar las ideas socialistas y coordinar los diversos movimientos marxistas rusos dentro y fuera del país. Es a partir del surgimiento de esta publicación que comienza a utilizar el seudónimo Lenin para firmar los editoriales y otros artículos. No era la primera vez que disfrazaba su nombre real, puesto que

sus primeros escritos llevaron la firma K. Tulin, y para su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, había empleado V. Ilin. Lo más probable es que el seudónimo Lenin que adoptó definitivamente a partir de 1901 aluda al Lena, inmenso río siberiano que desemboca en el océano Glacial Ártico, siguiendo una antigua tradición rusa de adoptar sobrenombres derivados de accidentes geográficos. Tal fue el caso del teórico marxista Gueorgui Plejanov, que junto con Lenin fundó el periódico *Iskra*, y era llamado Volguin por el río Volga.

Político de singular inteligencia y sólidas convicciones, Lenin escribía con regularidad, plasmando en sus libros sus enfoques sobre economía política y la estrategia revolucionaria para la implantación del socialismo marxista. Entre ellos cabe citar *Materialismo y empiriocriticismo*, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* y *El estado y la revolución*. En 1917, tras la caída del zarismo, regresó a Rusia y se puso al frente de los bolcheviques, derrocó al gobierno encabezado por el menchevique Kerensky y se constituyó en líder supremo de la naciente Unión Soviética hasta su fallecimiento en Gorki, cerca de Moscú, el 21 de enero de 1924. Con independencia de posturas e ideologías, y entendiendo sus méritos y equivocaciones, todos –adversarios y partidarios– reconocen que Lenin ocupa un lugar muy destacado en la historia contemporánea.



José Martínez Ruiz

“AZORÍN”

1873-1967

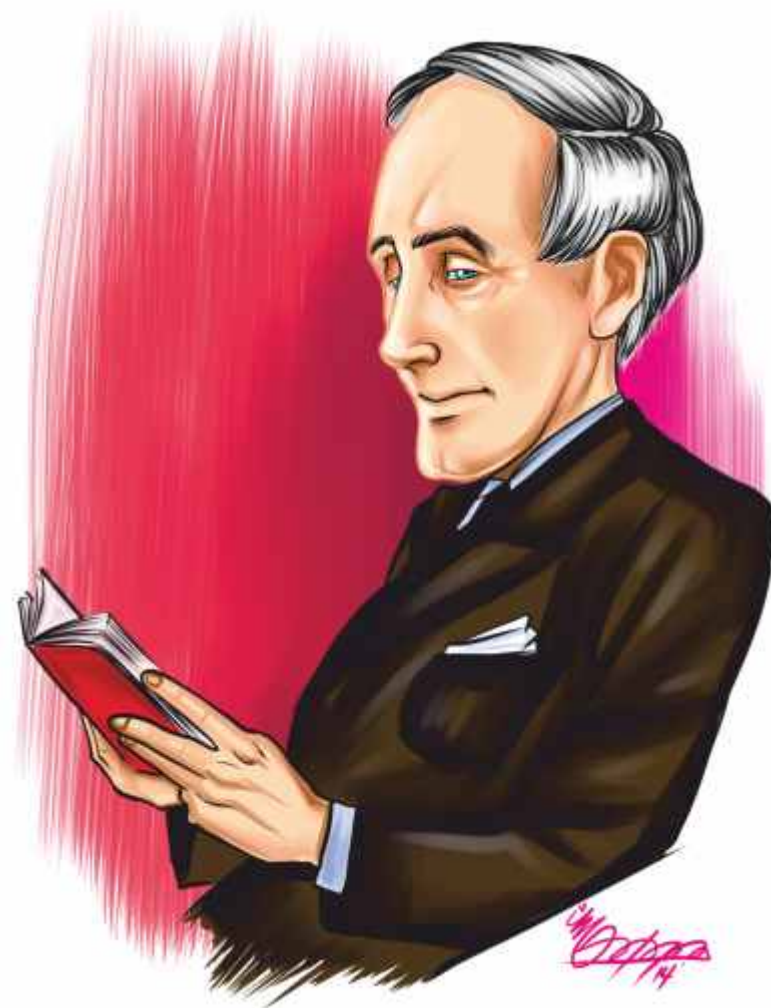
Uno de los acontecimientos culturales más importantes de las primeras décadas del siglo veinte en España está representado en la llamada “generación del noventa y ocho”. La lista de autores que suelen incluirse en este grupo resulta controvertida, aunque no pueden faltar Unamuno, Maeztu, Valle-Inclán y Azorín. Fue precisamente este último quien en 1913 fijó el nombre definitivo en cuatro artículos publicados en el periódico madrileño ABC en donde expuso una serie de rasgos comunes a todos aquellos escritores destacando el espíritu de rebeldía, un intenso amor por el arte, la lengua y la tradición literaria española y una postura aperturista a Europa.

Azorín es el famoso seudónimo empleado por el escritor y periodista José Martínez Ruiz, quien vino al mundo en Monóvar, Alicante, el 8 de junio de 1873, en una familia tradicional de holgada situación económica. A los dieciocho años se matriculó en la universidad de Valencia para estudiar Derecho, y allí despertó su vocación de periodista y escritor. Novelista y ensayista de obra densa y extensa, reveló en sus numerosos escritos un estilo directo y conciso, rico en terminología clásica y a la vez popular, para dar cauce a una creación literaria caracterizada por la simplicidad temática y por un impresionismo descriptivo que se esmeraba en la captura de los detalles.

Sus primeras colaboraciones trataban de crítica literaria y de política social. En esta etapa de formación y tanteos se prodigan los seudónimos en las colaboraciones del joven autor, los cuales iba creando según el tenor de los temas que desarrollaba. Así, firmaba Cándido en aquellas crónicas en las que el tono irónico de su crítica se asemejaba al estilo volteriano, y si el contenido era más explosivo

aún elegía Ahrimán, agresiva deidad de la mitología persa. En 1902, Martínez Ruiz publicó su primera y más significativa novela, *La voluntad*, texto inicial de una trilogía, cuyo protagonista, Antonio Azorín, encarnaba el tema de la formación del intelectual y de su rol en el conflicto entre acción y contemplación, constituyéndose como una obra autobiográfica. La trilogía se completó con *Antonio Azorín* (1903) y *Las confesiones de un pequeño filósofo*, publicado en 1904, año en el que adoptó definitivamente el seudónimo Azorín, símbolo de una nueva orientación vital. Para algunos biógrafos, el nombre del personaje de estas novelas, luego convertido en su seudónimo definitivo, proviene de Antonio Azorín Azorín, un maestro de escuela de la población de Yecla, donde Martínez Ruiz cursó sus estudios secundarios; para otros estudiosos, sin embargo, el seudónimo es un diminutivo de azor, ave de rapiña usada antiguamente en cetrería.

Azorín fue el más longevo de los intelectuales del 98. Murió en Madrid el 4 de marzo de 1967 a los 94 años. Aunque en la actualidad es un escritor bastante olvidado, denostado a veces, sigue teniendo numerosos admiradores que reconocen su enorme cultura e inteligencia, su dedicación exclusiva a las letras y las cualidades que le llevaron a crear un estilo breve, cortado y directo, en el que la precisión y la economía se colocan al servicio de la claridad.



Erik Weisz

“HARRY HOUDINI”

1874-1926

Sin entrar a considerar los estudios modernos de psicología que definen al “escapismo” como un comportamiento evasivo, el término se aplica a las habilidades demostradas por algunos artistas para escapar mediante insólitas maniobras de un encierro físico o para librarse de todo género de ataduras. Las exhibiciones de escapismo, en las que se combinan técnicas de ilusionismo con destrezas físicas, datan de tiempos remotos y han sido perfeccionadas a lo largo de los siglos, habiendo alcanzado un nivel de excelencia con las sensacionales presentaciones en Norteamérica y en Europa de Harry Houdini, cuyas proezas impresionaron a millones de personas durante las décadas iniciales del siglo veinte y siguen provocando admiración y perplejidad en nuestros tiempos.

Houdini se llamaba en realidad Erik Weisz. Había nacido el 24 de marzo de 1874 en Budapest, Hungría. Era el quinto hijo de un rabino que emigró a los Estados Unidos cuando el niño tenía cuatro años y se estableció en Appleton, Wisconsin. Desde muy pequeño comenzó a ganarse la vida como aprendiz en herrerías y cerrajerías. A los quince años daba funciones de prestidigitación en modestas cantinas y teatrillos. De suertes tan conocidas como las de sacar de una chistera un diluvio de cosas o adivinar naipes, pasó a escurrirse de un cajón bien cerrado o zafarse de candados y cadenas. A medida que su fama crecía, era invitado a presentarse en todo el mundo en insólitos lugares y escenarios de donde salía triunfante en las más duras pruebas. Formidable atleta, consiguió un control absoluto de su cuerpo así como de sus pensamientos y emociones. En los años finales de su existencia emprendió una campaña para desenmascarar a los falsos médiums que recurrían al fraude para explotar comercialmente la buena fe de las personas afligidas por la muerte de sus seres queridos con quienes anhelaban comunicarse.

En sus inicios como mago, ilusionista y trapecista, el joven Erik Weisz cambió su nombre por Erich Weiss, acercándolo a la fonética inglesa, a la vez que se presentaba como “Ehrich, el Príncipe del Aire”. A los dieciséis años ya era reconocido como un mago profesional y asumió la denominación artística de Harry Houdini, cuando leyó la autobiografía de Jean Eugène Robert-Houdin, ilusionista francés, por muchos considerado como el padre de la magia moderna. Impactado por aquella lectura, y queriendo rendir homenaje a su nuevo ídolo, resolvió adoptar su apellido pero agregando una “i” final, para formar “Houdini”, atendiendo a la recomendación de un amigo que le dijo erróneamente que el añadido de esa vocal equivalía a escribir “igual que Robert-Houdin”. Con el primer nombre, “Harry”, también rindió tributo de admiración a otro colega de la época que se hacía llamar Harry Kellar, y era presentado como “el decano de los magos americanos”.

Harry Houdini, falleció el 31 de octubre de 1926, a los 52 años. Habiendo vencido en todas los retos que se impuso con el propósito de perfeccionar su arte, sucumbió fulminado por una severa peritonitis. Hasta hoy, nadie ha podido disputarle su bien ganado título de “rey del escapismo”.



Gerardo Murillo

“DOCTOR ATL”

1875-1964

Para el gran pintor mexicano conocido por Doctor Atl, la pintura de paisajes no era solo una forma de arte, era la clave de la historia de la cultura. Según escribió, “el único testigo eterno que deja el hombre en el planeta es el arte”. Y se pasó la vida plasmando paisajes del mundo, especialmente los de México. De mirada penetrante, magnéticos ojos azules y larga barba blanca, parecía la estampa de un profeta del Antiguo Testamento. Su contribución a la cultura mundial fue enorme. Pintor, poeta, político, filósofo, vulcanólogo, escritor: era un prodigio de actividad. Conocido principalmente por sus pinturas de inmensos y sobrecogedores paisajes volcánicos, dejó más de mil pinturas y alrededor de once mil dibujos.

Se llamaba Gerardo Murillo y había nacido el 3 de octubre de 1875 en la segunda ciudad de México, la bella Guadalajara, capital del estado de Jalisco. Desde joven estudió en la Escuela de Bellas Artes de Ciudad de México y en 1897 obtuvo una beca para ir a estudiar a Europa. Estuvo en Inglaterra, Alemania, España y Francia. En la Universidad de Roma estudió filosofía y leyes. Viajó a París en repetidas ocasiones para asistir a pláticas sobre pintura y dibujo. Cuando regresó a su país en 1903, se dedicó a pintar y a impartir clases en la Academia de San Carlos, donde tuvo como alumnos a Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco y a otros jóvenes artistas a quienes instó a seguir sus propios impulsos creativos y dejar de copiar los estilos y las técnicas de los “maestros”, entregando una contribución decisiva al surgimiento de la gran escuela muralista mexicana, cuyos temas estuvieron inspirados en la civilización azteca, con un sentido nacionalista que expresase las aspiraciones de las masas.

Fue en París donde su amigo el escritor argentino Leopoldo Lugones, bautizó a Gerardo Murillo con el nuevo nombre de Doctor Atl, que lo acompañaría afectuosamente hasta el día de su muerte y con el que prefería ser llamado. Lo que había comenzado como una broma pasó a ser historia, pues con aguda penetración Lugones había adjudicado la palabra, que en náhuatl significa “agua”, al joven pintor mexicano que usaba la acuarela con tanta sensibilidad y profundidad. Murillo adoptó el seudónimo con el mejor ánimo, convencido de que la carga simbólica que entrañaba servía muy bien a la propuesta que presentaría en su patria de impulsar un arte fundado sobre bases autóctonas y que diera al traste con la costumbre de copiar las obras de artistas europeos. Entre estos se contaba el pintor español del siglo XVII Bartolomé Murillo, y ante la coincidencia de los apellidos reafirmó su decisión de adoptar uno que se identificara inequívocamente con las raíces mexicanas.

El Doctor Atl falleció el 15 de agosto de 1964, llevándose consigo sus sueños. Pensador de múltiples inquietudes, no hubo actividad cultural, científica o política, en la que no participase con su proverbial entusiasmo, dejando en cada una la impronta de sus conocimientos, afanes renovadores y utópicos proyectos.



Margaretha Geertruida Zelle

“MATA HARI”

1876-1917

El extraño, complejo y peligroso mundo del espionaje con propósitos bélicos o políticos, ni es reciente ni está reservado exclusivamente a los hombres. Desde la antigüedad hasta nuestros días, innumerables féminas han engrosado las filas de los servicios secretos de los gobiernos, animadas por los más diversos motivos: amor o sed de venganza, patriotismo o defensa de ideologías, ansia de aventura, sexo, dinero o ambición de poder, y han entrado en acción con mayor o menor acierto en los más variados escenarios, desde los refinados salones cortesanos hasta el duro campo de batalla o el movedido ambiente de la diplomacia. De todas las figuras del espionaje femenino, la más famosa y enigmática fue y sigue siendo la legendaria Mata Hari.

El verdadero nombre de tan peculiar dama era Margaretha Geertruida Zelle. Nació el 7 de agosto de 1876 en Leeuwarden, pequeña ciudad del norte de los Países Bajos. De orígenes modestos, a los diecinueve años se casó impulsivamente con un capitán del ejército y juntos se trasladaron a la isla indonesia de Java, entonces colonia holandesa, donde ella se empapó de la cultura local y conoció las técnicas amatorias orientales que tanta fama le proporcionarían años después.

Margaretha se divorció de su marido alegando malos tratos y huyó a París, donde se haría pasar, gracias a su exótica figura y los rasgos asiáticos de su rostro, por una princesa de Java. Para ganarse la vida comenzó a trabajar como bailarina, presentando espectáculos de danza en los que se iba desnudando al ritmo de la música oriental, consiguiendo un éxito impresionante. Su nueva identidad requería de un nombre apropiado a las circunstancias y resolvió adoptar el seudónimo de Mata Hari,

expresión tomada de la lengua malaya que se traduce como “pupila de la aurora”. Los parisinos estaban fascinados. En un diario se podía leer, a propósito de sus eróticas actuaciones: “Mata Hari es Absaras, hermana de las ninfas, de las walkirias y de las náyades, creadas por Indra para la perdición de los hombres y de los sabios”. Ella, entretanto, fomentaba su leyenda cambiando su verdadera historia, hasta que nadie sabía quién era ni de dónde había salido.

Cortesana sagaz, Mata Hari recorrió Europa incursionando en las más altas esferas de la política, la diplomacia, las finanzas o el ejército. Nadie encontró objeciones a esta vida agitada ni a sus relaciones cosmopolitas mientras reinó la paz, pero el comienzo de la Primera Guerra Mundial lo cambió todo. Sus viajes y sus numerosas amistades íntimas la hicieron sospechosa a ojos de las autoridades, convencidas de que era una espía alemana. Acorralada, se ofreció como espía para los servicios de inteligencia franceses y acabó convertida en un doble agente, hasta que fue arrestada en febrero de 1917, enjuiciada y condenada a muerte. La sentencia se cumplió el 15 de octubre de aquel año. Tenía apenas 41 años. Genio y figura, no aceptó que le vendaran los ojos y antes de recibir la descarga lanzó un beso de despedida a los soldados del pelotón de fusilamiento.



José Doroteo Arango Arámbula

“PANCHO VILLA”

1878-1923

Las líneas maestras de las revoluciones del mundo moderno que ondulan en torno a un eje que lleva del dominio de la aristocracia a la revolución burguesa y de aquí a las revoluciones que enarbolan banderas de redención popular, se encuentran también en México, donde a comienzos del siglo veinte tuvo lugar uno de los mayores estremecimientos sociales acaecidos en el ámbito latinoamericano. Hacia 1910, la nación azteca estaba dominada por una oligarquía terrateniente que explotaba a la inmensa masa de jornaleros y campesinos. La situación mejoró a partir del gobierno progresista de Francisco Indalecio Madero, pero el magnicidio que acabó con su vida llevó a un estallido que se propagó por todo el territorio nacional. Entre los líderes populares de mayor arraigo en aquella época sobresalió Pancho Villa, cuyas campañas militares convirtieron su figura en un símbolo de la revolución mexicana.

Pancho Villa nació en la hacienda de Río Grande, perteneciente al pueblo de San Juan del Río, en el estado mexicano de Durango, el 5 de junio de 1878. Ya desde el instante de su llegada al mundo comenzaba la leyenda, porque, en realidad, el niño se llamaba Doroteo Arango y sería más tarde que nacería Pancho Villa. Tras el asesinato del presidente Madero, Villa dio su respaldo al gobierno constitucionalista de Carranza y enfrentó al régimen dictatorial implantado por Victoriano Huerta. Años después se alió con el líder agrario Emiliano Zapata para combatir al gobierno de Carranza cuando este no quiso profundizar la reforma agraria. Mantuvo su rebeldía hasta 1920, año en el que el nuevo gobierno le ofreció una amnistía y un rancho en Chihuahua, a cambio de suspender sus actividades guerrilleras y retirarse de la política.

El joven Doroteo Arango se vio obligado a cambiar de nombre a los dieciséis años, cuando debió alejarse de su pueblo y esconderse en las montañas, luego de dar muerte a un terrateniente que intentó abusar de su hermana. Igual que otros detalles de su vida que han quedado oscurecidos entre mitos y leyendas, no se sabe a ciencia cierta cuál es la razón precisa del nombre que adoptó como seudónimo, Francisco Villa, del cual se hizo más popular aún su hipocorístico, Pancho Villa. Según alguna versión, así se llamaba el jefe de una pandilla de salteadores a la cual se sumó, y que antes de morir decidió que Villa habría de sucederle. Como señal de respeto y gratitud adoptó el nombre de aquel. Otros dan una explicación diferente y afirman que su padre, Agustín Arango, era hijo natural del hacendado Jesús Villa, y que de allí tomó el apellido como una reivindicación de su origen.

Pancho Villa fue asesinado en una emboscada en Hidalgo del Parral, Chihuahua, el 20 de julio de 1923. Moría el hombre, pero la leyenda villista seguiría viva, multiplicada en el fervor de los humildes y en los corridos que se cantan en las cantinas y en las plazas de los pueblos.



Lev Davidovich Bronstein

“TROTSKI”

1879-1940

Doce años después del estallido insurreccional de 1905 y envuelta Rusia en la primera guerra mundial, los bolcheviques lograron tomar el poder con la denominada “Revolución de Octubre de 1917”, acabando definitivamente con el sistema zarista para fundar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Junto a Vladimir Lenin, nombrado primer presidente de la naciente república federativa, la otra figura fundamental de este proceso revolucionario fue Lev Trotski, destacado intelectual marxista y eficaz organizador del Ejército Rojo que dio sustento al nuevo régimen político y favoreció, de un modo determinante, su consolidación.

Lev Davidovich Bronstein, conocido como Trotski, nació en Yánovka, Ucrania, el 7 de noviembre de 1879. Hijo de una pareja de pequeños granjeros judíos, se educó en Odesa, donde cursó los estudios primarios y secundarios, aunque su sólida preparación derivó de su insaciable pasión por la lectura, la música y el teatro. Inició sus actividades políticas vinculado a los populistas (*narodniki*) y a las organizaciones socialdemócratas. Desterrado a Siberia en 1900, inició entonces su formación marxista. Habiendo conseguido escapar, viajó a Londres y trabajó con Lenin en la dirección de la revista *Iskra*. De regreso en Rusia en 1905, desempeñó una función esencial en la insurrección antizarista, como presidente del Soviet de San Petersburgo. Procesado y enviado a Siberia, escribió *Balance y perspectivas*, exposición inicial de su teoría de la “revolución permanente”. Evadido nuevamente, dirigió en Viena el periódico *Pravda*, más tarde órgano oficial bolchevique. Vuelto a Rusia después de los levantamientos revolucionarios de 1917, impulsó junto con Lenin la implantación del estado socialista. Una vez que Stalin tomó el poder fue marginado de sus responsabilidades políticas, expulsado de la URSS y finalmente se refugió en México. Pensador profundo, escribió varias obras de notable densidad, sobre cuestiones históricas y políticas.

En su primer destierro, Trotski fue enviado junto con su esposa a la lejana ciudad de Ust-Kut, a orillas del Lena. Allí se dedicó a estudiar intensamente la doctrina marxista y a escribir sobre crítica literaria. Habiendo tenido la oportunidad de conocer las ideas de Lenin expresadas en *Iskra* y en el libro *¿Qué hacer?*, decidió unirse a él en su exilio europeo. Huyó en agosto de 1902, escondido en una carreta de heno y más tarde en ferrocarril. Viajaba con una identidad falsa, empleando el nombre de Trotski. Tras un largo, peligroso y accidentado viaje llegó a Londres en 1902, donde comenzó a colaborar con Lenin. El nombre que adoptó se ha prestado a especulaciones y se han sugerido diversos orígenes, pero lo cierto es que él mismo despejó las dudas cuando explicó que le había comprado su pasaporte a un habitante de la ciudad vecina de Irkutsk llamado Trotski. En adelante, atendiendo a las exigencias que le imponían las luchas políticas, lo emplearía a modo de seudónimo y, más que eso, como el nombre con el que definitivamente se identificaría y conquistaría enorme notoriedad.

Brillante orador, escritor y estratega político, Trotski murió en Coyoacán, México, en donde se hallaba exiliado, el 20 de agosto de 1940, asesinado por un agente del estalinismo.



Iósiv Vissariónovich Dzhugashvili “STALIN”

1879-1953

Las crisis económicas, las diferencias insostenibles entre una mayoritaria población campesina y una poderosa clase terrateniente, así como los reveses militares, constituyeron el caldo de cultivo propicio para el derrocamiento del régimen zarista y el estallido de la revolución que habría de transformar la estructura política y social de Rusia, instaurando en esta gigantesca nación euroasiática el primer estado socialista. Iósiv Vissariónovich Dzhugashvili, universalmente conocido por el seudónimo de Stalin, tuvo una activa participación en los acontecimientos revolucionarios que sacudieron a Rusia a comienzos del siglo veinte, hasta alcanzar en las décadas siguientes el mando absoluto de la naciente Unión Soviética.

Iósiv Vissariónovich Dzhugashvili nació en Gori, Georgia, el 21 de diciembre de 1879. De origen humilde, en 1894 ingresó en el seminario teológico de Tbilisi, pero su adhesión a la ideología marxista motivó su expulsión cinco años más tarde. Dedicado por completo a la política se unió en 1903 a la facción bolchevique del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso, encabezada por Lenin. Su participación en huelgas e insurrecciones le costó sucesivos encarcelamientos y deportaciones a Siberia, y en 1912 fue elegido miembro del partido bolchevique. Tras la muerte de Lenin en 1924, se convirtió en jefe de Estado de la Unión Soviética, y conforme a un plan astutamente concebido, se fue deshaciendo de sus aliados mediante los más brutales procedimientos represivos hasta que se afianzó en el poder como auténtico dictador durante tres décadas. Mediante su política de industrialización y colectivizaciones forzosas consiguió multiplicar la producción, y a la vez equipar a las fuerzas militares. Tras la derrota del nazismo en la Segunda Guerra Mundial, impulsó el establecimiento de regímenes comunistas en Europa Oriental. Después de su muerte, las nuevas autoridades denunciaron sus crímenes y se promovió una campaña de desestalinización.

En su agitada vida política, Stalin debió ocultarse tras la máscara de los pasaportes y nombres falsos. Ya en el seminario de Tbilisi se hacía llamar Koba, nombre del protagonista de unas novelas muy populares del escritor georgiano Alexander Kazbegi, en las que un valiente pastor bajaba de las montañas para vengar las injusticias. En 1912, cuando se hizo miembro del partido bolchevique, sus camaradas preferían llamarle Stalin, palabra rusa que significa acero, en atención a su complexión física, su temperamento enérgico y su tenacidad. En enero de 1913 publicó un importante artículo titulado “El marxismo y la cuestión nacionalista” en el que señalaba sin ambages que la socialdemocracia marxista debía rechazar las tendencias que defendían el nacionalismo y oponerles las tesis del internacionalismo proletario. En este trabajo firmó como Koba Stalin, dando pie a que sus aduladores le llamasen “el hombre de acero”. En adelante, pasó a identificarse como Iósiv Stalin, de manera oficial y para siempre.

Stalin murió en Moscú como consecuencia de una hemorragia cerebral, el 5 de marzo de 1953. Durante treinta años, gobernó despóticamente al pueblo soviético, al cual sometió a duras condiciones de vida, aunque también se le reconoce el haber conducido la victoria sobre los nazis y convertido a la Unión Soviética en una de las grandes potencias del mundo.



Émile Wilhelm Herzog

“ANDRÉ MAUROIS”

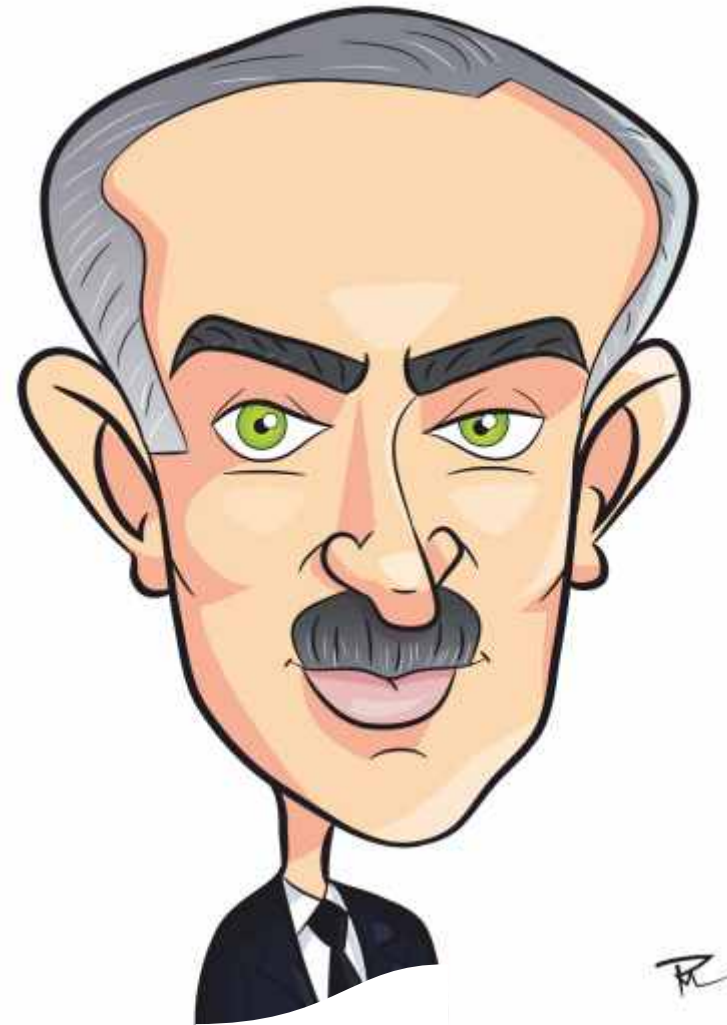
1885-1967

En el variopinto mundo de las letras, el género biográfico se distingue por un peculiar hibridismo entre lo ficcional y lo factual, en virtud del cual participa en proporciones parecidas de la dimensión literaria y la histórica. Apreciada como un terreno fértil para la comprensión del papel del hombre en la evolución social, la biografía se ha convertido en tiempos actuales en una práctica científica que se sirve a la vez del rigor metodológico, técnico, hermenéutico y teórico de los historiadores, y de la creatividad literaria e intuitiva de los novelistas. Es por ello que los autores que han sobresalido en el difícil oficio de biografar, también han demostrado su genialidad como novelistas, historiadores y críticos literarios. Uno de los mejores ejemplos de semejante conjunción de saberes puede hallarse en un escritor francés que hizo de la biografía un auténtico arte y se sirvió del seudónimo de André Maurois para firmar sus numerosos ensayos y novelas.

Aunque su verdadero nombre era Émile Salomon Wilhelm Herzog, ha pasado a las letras universales como André Maurois. Nació en Elbeuf, Normandía, el 26 de julio de 1885, en el seno de una familia dedicada a la industria textil. Desde niño fue tomado por la sed de conocimientos y siguió con el mayor brillo sus estudios hasta graduarse en Filosofía y Letras. En su importante y extensa obra narrativa pasaron a ocupar un lugar central sus libros sobre temas históricos y sus biografías noveladas, en las cuales su pasión de investigador se vio enriquecida por un estilo elegante y ameno que haría de él uno de los máximos exponentes del género biográfico en la cultura occidental. Sus retratos literarios de escritores, líderes políticos, artistas y científicos demuestran la amplitud de sus conocimientos y la variedad de los afanes que le movían, haciendo de él un biógrafo insuperable.

Herzog se dio a conocer como André Maurois desde que hizo su debut como novelista en 1918, con la publicación de *Los silencios del coronel Bramble*, humorística interpretación del modo de vida británico basada en sus experiencias durante la Primera Guerra Mundial en la que sirvió como oficial de enlace con el Cuartel General Británico. En sus *Memorias*, publicadas en 1970, explicó el origen y significado del seudónimo que le consagraría: “Elegí el nombre de André en recuerdo de mi primo, muerto por el enemigo, y Maurois, nombre de una aldea cerca de Cambrai, porque me gustó su sonoridad triste”. En reconocimiento a su patriótica actuación durante la invasión nazista a su país, cuando negó obediencia al régimen colaboracionista de Vichy a la vez que apoyaba a la resistencia antifascista, el gobierno presidido por el General Charles De Gaulle decretó en 1947 que el seudónimo André Maurois pasase a ser reconocido como su nombre legal.

Profundo conocedor del alma humana, escribió convencido de que las personas y los pueblos pueden dominar las rebeldes aristas de la vida y moldear su destino. Disfrutando de una inmensa popularidad en el mundo entero, falleció en París a los 82 años, el 9 de octubre de 1967.



Charles Édouard Jeanneret “LE CORBUSIER”

1887-1965

Arte útil por excelencia, la arquitectura es, de todas las producciones humanas, la que de forma más profunda refleja la evolución de las distintas sociedades a lo largo de la historia. Atendiendo a elementos sincrónicos de orden técnico, social y estético, se puede seguir y comprender el desarrollo arquitectónico del mundo desde la antigüedad hasta nuestros días, incorporando la obligada mención de aquellos creadores que en distintos momentos y escenarios desempeñaron un rol fundamental en los incesantes procesos de renovación material, avance científico y experimentación artística. Entre las personalidades que definieron nuevos rumbos para la arquitectura contemporánea destacó Le Corbusier, fundador de una tendencia racionalista y humanista cuyo mayor empeño consistía en adecuar los edificios y trazados urbanos a las necesidades humanas, propósito que resumió en su célebre frase: “La casa es una máquina para vivir”.

Charles Édouard Jeanneret, conocido más tarde como Le Corbusier, nació en La Chaux-de-Fonds, población suiza de gran renombre por su famosa relojería, el 6 de octubre de 1887. Formado en la Escuela de Artes Decorativas de su ciudad natal, en su temprana juventud viajó por diferentes países europeos y entró en contacto con los representantes de las principales tendencias arquitectónicas. A la edad de treinta años se instaló en París, donde completó su formación y se introdujo en los círculos artísticos de vanguardia. Dispuesto a poner en práctica sus nuevas ideas, pasó a construir villas y mansiones sostenidas sobre pilares, con paredes de cristal y numerosas azoteas, a menudo convertidas en jardines. Luego se ocuparía de diseñar proyectos para edificios y trazar planos para grandes ciudades en todo el mundo. Cual figura renacentista, Le Corbusier fue un artista integral que brilló, igual que por su obra arquitectónica, por sus magníficas pinturas y esculturas.

Concluida la Primera Guerra Mundial, redactó junto con el pintor y diseñador francés Amédée Ozenfant, el manifiesto del “purismo”, movimiento artístico que se proponía la superación del cubismo. Dos años después, en 1920, fundaron la combativa revista de arte y cultura *L'Esprit Nouveau*, para la que escribió una serie de artículos bajo el título *Hacia una arquitectura*, que tuvieron enorme repercusión internacional. Fue entonces cuando Jeanneret decidió adoptar un seudónimo para firmar sus artículos, escogiendo “Lecorbésier” que era el apellido de una rama muy antigua y desaparecida de su familia por la vía materna. Sin embargo, lo cambió a Le Corbusier por sugerencia de su amigo Ozenfant quien pensaba que así causaría mayor impresión. Tanto le agradó la idea que muy pronto aprovecharía el parecido fonético entre su nuevo nombre y el término *corbeau* (cuervo en francés) para diseñar un logotipo con la imagen de esa ave, que aparecería siempre al lado de su firma y como marca de identificación de sus trabajos.

Le Corbusier, uno de los mayores renovadores de la arquitectura moderna, falleció el 27 de agosto de 1965 en Cap Martín, lugar vacacional de la Costa Azul, al sufrir un ataque cardíaco durante un baño de mar. Aunque fue duramente combatido, sus atrevidas concepciones y propuestas siguen ejerciendo hasta nuestros días una considerable influencia.



William Henry Pratt

“BORIS KARLOFF”

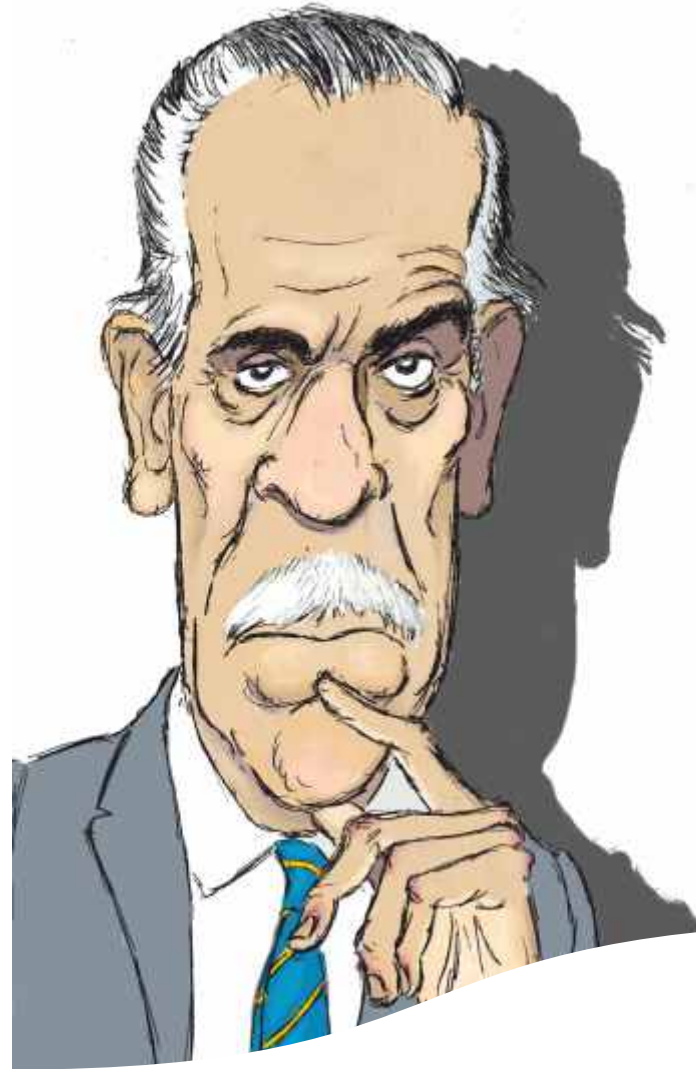
1887-1969

Los argumentos del denominado “Cine de terror” llevan la intención de provocar en el espectador sensaciones de miedo, pavor o repugnancia, debido a la intrusión de alguna fuerza, entidad o individuo de naturaleza maligna o sobrenatural. Durante la década de los años 30 apareció en la gran pantalla un personaje que dejó perplejos a los espectadores de Estados Unidos y del mundo: el monstruo creado por el joven Doctor Frankenstein a partir de la reconstrucción de un ser viviente con fragmentos de cadáveres, al que por error se le implantó el cerebro de un criminal. El actor inglés Boris Karloff, cuyo verdadero nombre era William Henry Pratt, alcanzó el estrellato encarnando al monstruo en una serie de películas y desde entonces se fue convirtiendo en un mito popular del cine fantástico, consagrado como especialista del género.

William Henry Pratt nació en un suburbio de Londres, el 23 de noviembre de 1887. Era el hijo menor de un diplomático de crecida prole que ejercía sus funciones en la India. Muy aficionado al arte dramático, se marchó a Canadá a los 21 años para buscar fortuna en el mundo de la interpretación y luego se trasladó a los Estados Unidos. Obligado a emplearse en disímiles menesteres para ganarse el sustento, consiguió algunos contratos para desempeñar roles secundarios en compañías teatrales que recorrían el territorio norteamericano. En 1916 debutó en el cine de Hollywood donde participó en películas mudas, figurando como comparsa, hasta que, ya con la tecnología del sonido, protagonizó en plan estelar en *Frankenstein*, considerado el film de terror más importante de todos los tiempos. Encasillado en este género, interpretó a su personaje en otras cintas que consiguieron buena respuesta de la crítica cinematográfica y del público que colmaba las salas, aunque también actuó en comedias y musicales.

Ciertamente, 1931 fue el año triunfal de William Pratt, ya que fue contratado como actor principal de la producción en la que se recreaba la historia del horrible monstruo, basada en la novela *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de la joven escritora inglesa Mary W. Shelley. En un primer momento, el papel le fue asignado al actor húngaro Bela Lugosi, quien lo rechazó alegando que no le interesaba aparecer sin diálogos y totalmente maquillado, ya que no le reconocerían sus fans. El director, James Whale, pensó en Pratt, quien aceptó sin dudar, pero le exigió que adoptara una identidad diferente, que hiciera honor al primer monstruo de la pantalla. Fue así que una hermana de su madre, casada con un comerciante checo llamado Karloff, le proporcionó el apellido que buscaba, al que agregaría Boris, de origen eslavo, para estar a tono con la aureola de misterio de su personaje. Nació entonces el seudónimo que le daría enorme notoriedad.

Boris Karloff murió de neumonía en Midhurst, Inglaterra, el 2 de febrero de 1969. Paradójicamente, su vida privada estuvo completamente alejada del mundo fantasmagórico que protagonizaba en el cine: era un hombre tierno que amaba a los niños, y sus últimos años los dedicó a realizar programas de cuentos infantiles para la televisión de Nueva York.



Marie René Auguste Alexis Léger “SAINT-JOHN PERSE”

1887-1975

Los jueces encargados de otorgar el Premio Nobel de Literatura en 1960 resolvieron que tuviese por destino una zona literaria de incuestionables méritos a la que hasta entonces la Academia Sueca había prestado poca atención: la poesía francesa. El año anterior se había galardonado en la persona de Salvatore Quasimodo, a la italiana; en 1958 a la rusa, con Boris Pasternak; en el 56 a la española, con Juan Ramón Jiménez; y un poco antes a la anglosajona, con Thomas Stearns Eliot y a la hispanoamericana, en la tierna voz de Gabriela Mistral. Los poetas franceses no tenían más Nobel que el primero de los concedidos a Sully Prudhomme, poeta de escaso brillo. Después de seis décadas, y cuando nadie lo esperaba, la decisión recayó en Saint-John Perse, un poeta independiente, distante e introvertido, diplomático de profesión y que había tenido una actitud muy digna durante la ocupación alemana.

Su verdadero nombre era Marie René Auguste Alexis Léger. Nació el 31 de mayo de 1887 en Pointe-à-Pitre, Guadalupe, posesión francesa en las Antillas en donde su familia se había establecido. Algunas notas son suficientes para dar cuenta de una vida que el autor trató de hacer discreta: una infancia paradisíaca, la ruina familiar y el regreso a Francia (1889), la muerte del padre (1907), grado universitario en Derecho (1910), su ingreso en el Ministerio de Asuntos Exteriores (1914), seguido de una misión en China durante cinco años, y de una destacada carrera pública que le llevó a ser nombrado Director de la diplomacia francesa. Destituido en 1940 por el gobierno de Vichy, encontró nuevas raíces en Estados Unidos, fascinado por la inmensidad de la naturaleza americana y consagrado exclusivamente a la poesía, a la que definió como “profundización en el misterio mismo del hombre”. Entre sus libros destacan *Elogios*, *Anábasis*, *Exilio*, *Vientos*, *Amargos*, *Crónica* y *Pájaros*,

centrados en los grandes temas eternos, como la muerte, la naturaleza o el destino humano, cantados con notable musicalidad, un léxico exquisito y a menudo hermético.

Léger utilizó varios seudónimos. En 1911 publicó su primer libro *Elogios*, firmado como Saint Léger Léger en tres palabras; luego aparecerían poemas suyos suscritos por Saintléger Léger en dos; y Léger en una; hasta que en 1924 firmó su largo poemario *Anábasis* como Saint-John Perse, que sería en adelante su nombre definitivo. Existen varias interpretaciones sobre esos seudónimos, pero según su propia confesión, la necesidad de un disfraz literario tenía el propósito de separar su misión política y diplomática de su oficio de poeta, advirtiendo de paso que se trató de un “seudónimo elaborado por casualidad, sin significado alguno”. Reiteración de una personalidad solitaria y misteriosa, encerrada en un mutismo casi insolente, deseosa de aislarse del mundo circundante.

Todos los veranos pasaba una temporada en la Provenza marítima y allí, en la población de Giens, le sorprendió la muerte el 20 de septiembre de 1975. De gran riqueza imaginativa, su obra poética constituye, en una lengua amplia y solemne cercana a la epopeya, un inventario de la belleza del mundo.



Francisco Pimentel

“JOB PIM”

1889-1942

Venezuela entró al siglo XX con la pesada herencia de una dictadura que venía del XIX, la de Cipriano Castro, la cual habría de prolongarse con Juan Vicente Gómez hasta su muerte, acaecida en 1935. Tocaría a los estudiantes junto a los escritores, los poetas y los periodistas, asumir la cívica responsabilidad de la gesta opositora y sufrir los rigores del encierro o del exilio, como consecuencia de su acendrado amor a la libertad. Entre esos intelectuales se contó siempre Francisco Pimentel, por todos llamado Job Pim, un ciudadano ejemplar que desafió al déspota reiteradas veces con sus versos, sus caricaturas, sus crónicas y su recia personalidad ética.

Francisco Pimentel nació en Caracas el 1 de septiembre de 1889. Desde temprana edad e influido por su ambiente familiar, demostró gran interés por la lectura y sorprendente aptitud para la versificación. Culminado el bachillerato, siguió estudios de derecho, pero prefirió interrumpirlos para entregarse plenamente a la literatura. Aunque fue un destacado poeta lírico, su más importante labor habría de realizarla en el ámbito del humorismo. En 1913 comenzó a escribir en *El Nuevo Diario* una columna titulada *Pitorreos*, cuyo éxito le movió a fundar un periódico del mismo nombre, donde le acompañaría su inseparable amigo, el brillante caricaturista Leoncio Martínez. Bajo el seudónimo de Job Pim, con el que será siempre conocido, escribe también en las revistas de mayor circulación de la época. Por su irreductible oposición al régimen, pasó nueve años recluido en diferentes cárceles. A la muerte de Gómez fue designado cónsul en Valencia, España, cargo que desempeñó hasta el inicio de la Guerra Civil, cuando debió regresar a su patria. No obstante su agitada vida, jamás abandonó su actividad creativa.

Con la gracia que distinguía a este humorista y maestro del lenguaje, así cuenta en sus versos el origen de su célebre y celebrado seudónimo:

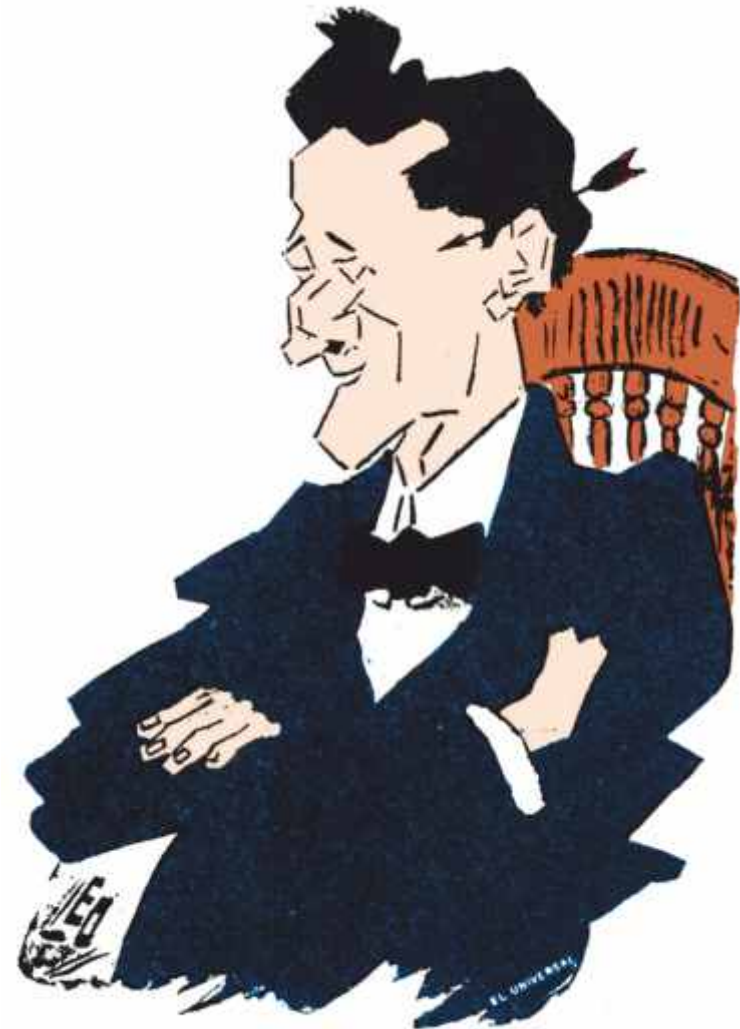
*“De muchacho, en la escuela,
(y hasta ahora la causa no me cuela,
ni el motivo me explico:
quizás porque era fresco desde chico,
o acaso porque está en mi parentela
muy repetido el nombre de Jacobo)
apodábanme Jobo”.*

Más adelante, explica cómo vino la reducción de aquel sobrenombre:

*“Pero es lo original de esta cuestión
que diciéndome Jobo de chiquito,
ahora que soy un hombre, un manganzón,
me hayan cambiado el Jobo por Jobito.
Y de tan anormal diminutivo
mis desgracias derivo:
cuatro años estudié para abogado,
y ya cerca del grado,
que me pintaba un porvenir bonito,
pues la jurisprudencia me cuadraba,
el curso abandoné: me horrorizaba
que me llamaran el Doctor Jobito”.*

Del apodo “Jobo” y de su apellido Pimentel, tomó las abreviaturas “Job” y “Pim” para construir el seudónimo que le serviría para camuflarse entre sus ingeniosos y afilados versos.

Rodeado de familiares y amigos que le prodigaban su afecto y admiración, falleció el 12 de agosto de 1942, en la ciudad que le vio nacer y desarrollar su fecunda vida, consagrada a exaltar con su chispa y los dones de su pluma los más elevados valores que hacen a la dignidad humana.



por LEO

Lucila Godoy Alcayaga

“GABRIELA MISTRAL”

1889-1957

El notable prestigio y la gran difusión de las obras de la poetisa y pedagoga chilena Gabriela Mistral se vieron reflejados en el apelativo de “Maestra de América” con el que, andando el tiempo, se le conocería en todo el orbe hispanohablante. Lucila Godoy Alcayaga, quien más tarde adoptaría el seudónimo de Gabriela Mistral, vino al mundo el 7 de abril de 1889 en Vicuña, pequeña población del valle de Elqui, al norte de Chile. Lucila vio transcurrir los primeros años de su vida en el campo que rodeaba a su pueblecito natal, próximo a las estribaciones de las montañas andinas y en el que se disfrutaba de un paisaje monumental, tan áspero y seco que permanecía siempre abierto a la nítida contemplación del cielo y de las estrellas.

Sin haber seguido cursos de pedagogía, a los quince años se hizo maestra y ejerció la enseñanza en varias escuelas de su región natal. Ya entonces revelaba su insaciable deseo de saber leyendo sin descanso cuanto libro se ponía a su alcance. Montaigne, D´Annunzio, Tagore, Darío y Vargas Vila figuraban entre sus lecturas predilectas. Entregada al fiel desempeño del magisterio, recorrerá todos los puestos del escalafón como profesora y directora. Desheredada de la fortuna, escondida en un alejado rincón de Elqui, con el único amor de su juventud tronchado por la muerte, pasará largos años de soledad sin más amigos que los libros ni mayor compañía que los niños de sus clases, buscando en la poesía la válvula de escape a su angustia espiritual.

Su nombre ganaría celebridad cuando en 1914 obtuvo el primer premio en los Juegos Florales organizados por la Sociedad Chilena de Artistas y Escritores con sus *Sonetos de la muerte*. Como había la condición de firmar con un seudónimo, la hasta entonces Lucila Godoy Alcayaga se inspiró

en dos celebridades que admiraba: tomó el segundo nombre del pintor y poeta británico de padres italianos Dante Gabriel Rossetti, figura del movimiento prerrafaelista, y lo combinó con el apellido del filólogo y poeta francés Frédéric Mistral, el más importante de los renovadores de la lírica en lengua provenzal. Optaba por un nombre de su personal elección, que se correspondía con sus sueños y con la dirección poética que anhelaba dar a su vida. De este modo nacía literariamente Gabriela Mistral.

Su obra, recogida en los volúmenes *Desolación*, *Ternura*, *Tala*, *Lagar*, y numerosos ensayos, registra entre sus temas preferidos la evocación del sufrimiento íntimo, el canto a la naturaleza, la pobreza de los campesinos, la emancipación de la mujer, la maternidad frustrada y el mundo de la infancia. Como justo reconocimiento recibió el Premio Nobel de Literatura en 1952, siendo la primera vez que este alto honor se concedía a un escritor hispanoamericano. Acosada por el cáncer, falleció el 10 de enero de 1957 en Nueva York. Dejaba, como herencia una obra poética rebotante de espiritualidad, transmitida con los mejores elementos del idioma y junto a ello, una constante afirmación moral que otorgaba a sus versos sabor de eternidad.



Kurt Suckert

“CURZIO MALAPARTE”

1898-1957

Las letras italianas durante el siglo veinte reflejaron viva y apasionadamente las cambiantes circunstancias políticas que sacudieron al país y lo zarandearon de un extremo al otro. Inicialmente surgió una tendencia nacionalista, caracterizada por un gran refinamiento estilístico que se extendió hasta la Primera Guerra Mundial. Durante el período fascista, los intelectuales se repartieron en sus adhesiones. Hubo los que aceptaron las ideas nacionalistas y autoritarias del régimen, los que se mimetizaron y se callaron ante sus atropellos y, naturalmente, hubo los que se sumaron en pensamiento y acción al antifascismo militante. Después de la Segunda Guerra emergió una narrativa de corte neorrealista que en trazos generales pervive hasta la actualidad con una temática centrada en la crítica social, el compromiso político y el análisis psicológico. En ese itinerario no todos los escritores se adscribieron a escuelas literarias o posiciones doctrinarias y aparecieron algunos que se complacieron en adoptar posturas ideológicas zigzagueantes. Sería este el caso de Curzio Malaparte, curioso personaje de singular talento y desbordante inteligencia, cuyas novelas constituyeron colosales éxitos de librería.

Curzio Malaparte, seudónimo de Kurt Erich Suckert, nació en Prato, al norte de Florencia, el 9 de junio de 1898. Muy joven ingresó en la diplomacia y se sintió atraído por el fascismo. Dirigió *La Stampa* de Turín, pero su independencia de criterio no tardó en enemistarlo con el régimen. Su ensayo político, *Técnica del golpe de estado* (1931), fue prohibido en Italia y en Alemania y le costó a su autor cinco años de ostracismo. Durante algún tiempo sus simpatías políticas viraron hacia el comunismo, pero pronto se sintió desencantado. En plena Segunda Guerra Mundial ejerció como corresponsal en el frente europeo oriental. Antes de la derrota final del nazifascismo publicó *Kaputt* (1944), título que se

vale de un término alemán para indicar la ruina en la que se hallaba Europa. Años después retrataría en *La piel* (1949) los duros tiempos de la posguerra en una Italia devorada por el mercado negro, la prostitución, la ignominia y el hastío. Con la perspectiva del tiempo transcurrido y sin apartarse de un desgarrado esteticismo, siguió ofreciendo en sus escritos un cuadro fidelísimo de la realidad italiana, mezclando reminiscencias personales con teorías políticas.

El seudónimo Curzio Malaparte seleccionado para firmar sus obras, proviene de la italianización de su nombre alemán Kurt, y de un juego de palabras construido con el apellido del emperador francés Napoleón Bonaparte. Lo empleó inicialmente en su libro *La revuelta de los santos malditos*, aparecido en 1921. Cierta vez en que conversaban, Mussolini le preguntó por qué había escogido un nombre tan funesto, que tiene el sentido de “un lugar malo” y el ocurrente escritor respondió: “Napoleón se llamaba Bonaparte y terminó mal, yo me llamaré Malaparte y terminaré bien”.

Mente volcánica e inquieta, recorrió muy distintas posiciones ideológicas y una gama muy extensa de temas, sin embargo no hay como regatearle méritos literarios y su coraje al describir las sordideces humanas, lejos de convencionalismos y falsos respetos. Víctima del cáncer, falleció en Roma el 19 de julio de 1957.



Mercedes Carvajal de Arocha “LUCILA PALACIOS”

1902-1994

En la dura contienda librada contra la dictadura gomecista, las mujeres venezolanas entregaron un aporte considerable, pleno de sacrificio y heroísmo. Hubo, entre ellas, las que habrían de destacar por su talento para la escritura y conseguirían plasmar sus ideales, afanes y vivencias en magníficos textos poéticos o narrativos, que verían la luz en los años finales del oscuro régimen y con más vigor después de su desaparición, favorecidos por el clima de libertades que se abría en el país. Lucila Palacios fue una de aquellas valientes féminas, que animada por sus indeclinables principios democráticos supo traducirlos en la lucha cívica y política, a la vez que se consagraba a la creación literaria, donde destacó con singulares obras, novelas, cuentos y poemas, que trascendieron las fronteras patrias.

Mercedes Carvajal de Arocha fue el nombre civil de quien se daría a conocer en el mundo de las letras, la política y la diplomacia como Lucila Palacios. Por razones circunstanciales nació en Puerto España, Trinidad, el 8 de noviembre de 1902. Las turbulencias políticas en que se vieron involucrados miembros de su familia impidieron que su educación formal fuese más allá de los estudios secundarios, pero consiguió labrarse una sólida formación autodidacta en virtud de su irrefrenable pasión por la lectura. Desde pequeña reveló sus decididas inclinaciones por la poesía y la novela, géneros en los que pasados los años habría de incursionar con sobrado acierto. Dos actividades caracterizaron su presencia en el ámbito nacional: la creación literaria y su participación política en el campo democrático, dejando como valioso legado, once novelas y cinco libros de cuentos, además de poemarios y varias piezas dramáticas.

Solidaria con su esposo, Mercedes de Arocha le acompañaba en los viajes que realizaba a diferentes lugares de la geografía venezolana, aprovechando los ratos libres para trazar sobre el papel los variados pensamientos que anidaban en su alma. Fue así que en 1931 escribió *Cuento criollo*, su primer relato, inspirado en la vida cotidiana de la gente sencilla del llano. El libro fue publicado en Zaraza, estado Guárico, gracias al empeño de un grupo de jóvenes intelectuales que animaban la vida cultural del pueblo. Temerosa de que su obra no fuese bien recibida, en una época en que se cuestionaba la decencia de las mujeres que escribían, resolvió adoptar un seudónimo para atenuar las murmuraciones que podían gravitar negativamente sobre su vida privada. Sus amigos zaraceños le presentaron una extensa lista de posibles nombres que le ayudasen en su elección, hasta que finalmente se decidió por Lucila Palacios. Lucila, como tributo de admiración a la egregia poeta chilena Gabriela Mistral (Lucila Godoy Alcayaga) y “Palacios” por el primer apellido de la madre de Simón Bolívar, doña Concepción Palacios y Blanco. Nació entonces un nombre famoso para las letras venezolanas.

Lucila Palacios falleció en Caracas el 30 de agosto de 1994. Digno ejemplo de servicio en favor de los derechos de la mujer, intelectual comprometida con las mejores causas humanas y sociales, pertenece a ese linaje de escritores para quienes su oficio se confunde con el propio existir.



Eric Arthur Blair

“GEORGE ORWELL”

1903-1950

La reputación de George Orwell, más que la de cualquier otro escritor de su generación, ha ido en aumento en una forma sostenida desde su muerte. Se dice a menudo que el escritor comprometido debe pagar por su compromiso pasando de moda, pero en su caso esto no parece ser cierto. Sencillo, honesto, sin mostrar un solo indicio de buscar golpes efectistas, se ha convertido en un ejemplo admirable del mejor temperamento inconformista, íntegro, lúcido y tenaz.

Eric Arthur Blair, que se dio a conocer con el seudónimo George Orwell, nació el 25 de junio de 1903 en Motihari, pequeña ciudad del noreste de la India, entonces colonia británica. Hijo de un funcionario público, estudió en Londres y a los veinte años marchó a Birmania como oficial de policía. Cinco años después renunció a su empleo, en desacuerdo con la brutal represión que se ejercía contra los nativos, y vagó por algún tiempo por Francia y el Reino Unido mientras desempeñaba todo tipo de trabajos. Fruto de ello fue *Mis años de miseria en París y Londres*, relato con el que daría inicio a su breve pero intensa carrera literaria.

El manuscrito de su primer libro, completado en 1930, fue rechazado por varias compañías editoras, y al autor le rondaba el temor de haber dado a su vida un rumbo equivocado apostando por la literatura, hasta que un editor de militancia izquierdista consideró que era un texto que respondía perfectamente a la demanda de realismo social y literatura documental que los efectos de la depresión económica de los años treinta alentaban. Blair solicitó que se guardara su identidad y de común acuerdo con el editor escogieron George Orwell, inspirados en una idea muy simple: George

es el santo patrón del país, y Orwell el nombre de un pequeño río inglés sin historia. La argucia de escribir con seudónimo acabó generando fecundas posibilidades para el autor, puesto que fue recibido con beneplácito por el público y le situó entre los grandes escritores del siglo veinte.

Hombre de sinceros ideales libertarios, Orwell nunca pudo evitar vivir y escribir contra las corrientes dominantes de una época marcada por extraordinarias turbulencias políticas y la masiva presencia de guerras atroces. En el periodo que va desde la aparición de su primera obra en 1933 hasta 1949, publicó nueve libros y numerosos ensayos y artículos. A pesar de su muerte prematura, acaecida en Londres, el 21 de enero de 1950, la vida le alcanzó para constatar que sus dos últimos libros, *Rebelión en la granja*, brillante fábula satírica inspirada en la traición de la revolución soviética a sus propios principios, y *Mil novecientos ochenta y cuatro*, poderosa denuncia de los sistemas totalitarios y advertencia contra la deshumanización de la sociedad moderna, se convertían en éxitos editoriales indiscutibles, aunque la magnitud de su reconocimiento le llegó póstumamente. La multiplicación de las ediciones y traducciones de sus obras selló el alcance de su contribución a la lengua inglesa y supuso un formidable acontecimiento editorial en todo el mundo.



Marguerite de Crayencour

“MARGUERITE YOURCENAR”

1903-1987

Un atento examen a la evolución experimentada por la literatura francesa durante el siglo veinte revela un interesante contraste entre diversas tendencias (nacionalismo, universalismo, antintelectualismo, surrealismo, existencialismo) que se animaron a proponer rumbos diferentes para la creación intelectual a partir de novedosos presupuestos estéticos, a cuyos aportes hay que añadir la búsqueda experimental que marcaron tentativas como el *nouveau roman* o bien la experiencia del *Oulipo*, o taller de literatura potencial. En este variado mosaico hay que destacar la espléndida presencia de Marguerite Yourcenar, una figura clave de las letras francesas contemporáneas, cuya obra culta y reflexiva se caracteriza por una personal e íntima visión de la problemática humana, centrada en temas como la homosexualidad, el poder, el contraste entre racionalidad e irracionalidad, la mística oriental y la búsqueda de la verdad universal.

En 1980 la muy respetada y tradicional Academia Francesa incorporó a su seno por primera vez a una mujer que había conquistado un elevado prestigio con el nombre literario de Marguerite Yourcenar, aunque su nombre original era Marguerite de Crayencour, nacida en Bruselas el 8 de junio de 1903. Huérfana de madre, su padre se dedicó a criarla, instruirla y formarla en principios laicos y cosmopolitas, comunicándole un especial amor a los viajes. Cursó estudios universitarios, especializándose en cultura clásica, y empezó a publicar diez años antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, aunque con escaso éxito. Posteriormente, fijó su residencia en los Estados Unidos donde prosiguió su actividad literaria siempre en lengua francesa. La consagración internacional de Yourcenar se debió a dos novelas históricas que han tenido enorme repercusión: *Memorias de Adriano* y *Opus nigrum*. Incansable en su oficio intelectual, siguió haciendo traducciones y escribiendo novelas, obras teatrales y ensayos, incluidos varios volúmenes autobiográficos, hasta el fin de sus días.

A los diez días de nacida Marguerite, su madre falleció por complicaciones en el parto, y la niña fue criada por su padre, un terrateniente francés que se encargó de brindarle una esmerada educación. Ya a los doce años había aprendido latín y griego y leía las obras de autores franceses y universales. Todavía adolescente, comenzó a escribir poemas y relatos cortos que decidió firmar, habiendo recibido el visto bueno de su padre, con el seudónimo Yourcenar, anagrama de su aristocrático apellido. El estreno público de su nuevo nombre se produjo en 1929, cuando fue publicada su primera novela *Aléxis, o el tratado del inútil combate*, apología de la libertad en las preferencias sexuales, con la cual comenzó a despertar el interés de la crítica. En 1947 le fue concedida la nacionalidad estadounidense, reconocida por su nombre de pluma, que pasó entonces de seudónimo a nombre legal y oficial.

Llevando una vida solitaria, enteramente consagrada a las letras y apenas interrumpida por los viajes, Marguerite Yourcenar falleció el 17 de diciembre de 1987 en la lejana isla de Mount Desert, Maine. Habiendo hecho de la libertad total su único culto, reclamaba que se refiriesen a ella como “mujer escritora”, dejando en claro que era simplemente “una escritora, a la que a veces acontecía ser mujer”.



Neftalí Ricardo Reyes Basoalto

“PABLO NERUDA”

1904-1973

Atenuadas las influencias determinantes del romanticismo, del modernismo y del surrealismo, a partir de la década de 1920 comenzó a acusarse en la poesía hispanoamericana la presencia de los movimientos de vanguardia cuya nota común fue la violenta experimentación formal. Paulatinamente aparecerían en el panorama poético de la América española diversas tendencias o modas que eclosionarían en una rica floración de inspirados autores. Entre ellos, y ocupando un sitio de honor como una de las voces poéticas americanas y universales con más peso a lo largo del siglo veinte y hasta hoy, resalta Pablo Neruda, cuyo vasto legado no cesa de ser visitado y hace de él un poeta ineludible para creadores y lectores.

Neftalí Ricardo Reyes Basoalto, nombre original del poeta, nació en Parral, Chile, el 12 de julio de 1904. De familia humilde, su infancia transcurrió en Temuco, donde se despertó su amor a los versos. Viajó por todo el mundo gracias a los cargos diplomáticos que le fueron asignados. Su amplia obra resume la historia de la evolución de la poética contemporánea. En un principio Neruda fue romántico. *Crepusculario* y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* dan cuenta de un estado de ánimo melancólico que le facilita decir lo suyo con palabras simples, ingenuas y sinceras. Más tarde conoció una etapa de inspiración surrealista representada por *Residencia en la tierra*, que ofrecía una visión alucinada del ser humano. En *Canto general*, su libro más ambicioso, mostraba una concepción vitalista del hombre, en parte basada en su fe en el marxismo. Similares preocupaciones humanísticas afloraron en su producción posterior, hasta que en sus *Odas elementales*, utilizó como motivos poéticos los temas más insignificantes. Por su formidable obra le fue conferido el Premio Nobel de Literatura en 1971.

Desde temprana edad, Neftalí Reyes descubrió que llevaba por dentro el misterio de la poesía. A los dieciséis años ya había publicado algunos versos en el diario *La Mañana* de Temuco, causando buena sensación. En alguna que otra tertulia el nombre del niño empezaba a asociarse con el distintivo de “futuro poeta”. No obstante su clara vocación, su padre se oponía abiertamente a que la siguiera e incluso recurrió, para impedirlo, a toda una serie de prohibiciones y castigos. Pero el muchacho no estaba dispuesto a renunciar a la felicidad recién descubierta en los versos y continuó escribiendo, aunque para evitarse las reconvenciones paternas se refugió en diversos seudónimos hasta que encontró en una revista un cuento firmado por el gran narrador checo Jan Neruda, cuyo apellido tomó para sí y puso Pablo como nombre. Pensaba que sería por algunos meses, pero en realidad fue definitivo, tanto así que en 1946 se dictó la sentencia judicial que oficializaba el seudónimo, ya célebre, como su verdadera identidad, dejando para siempre en la anonimidad el nombre de pila.

Pablo Neruda falleció el 23 de septiembre de 1973, en la clínica de Santiago donde estaba siendo tratado contra el cáncer. Su vasta obra honra la lengua castellana y le consagra como un gigante de la poesía contemporánea.



Archibald Alexander Leach

“CARY GRANT”

1904-1986

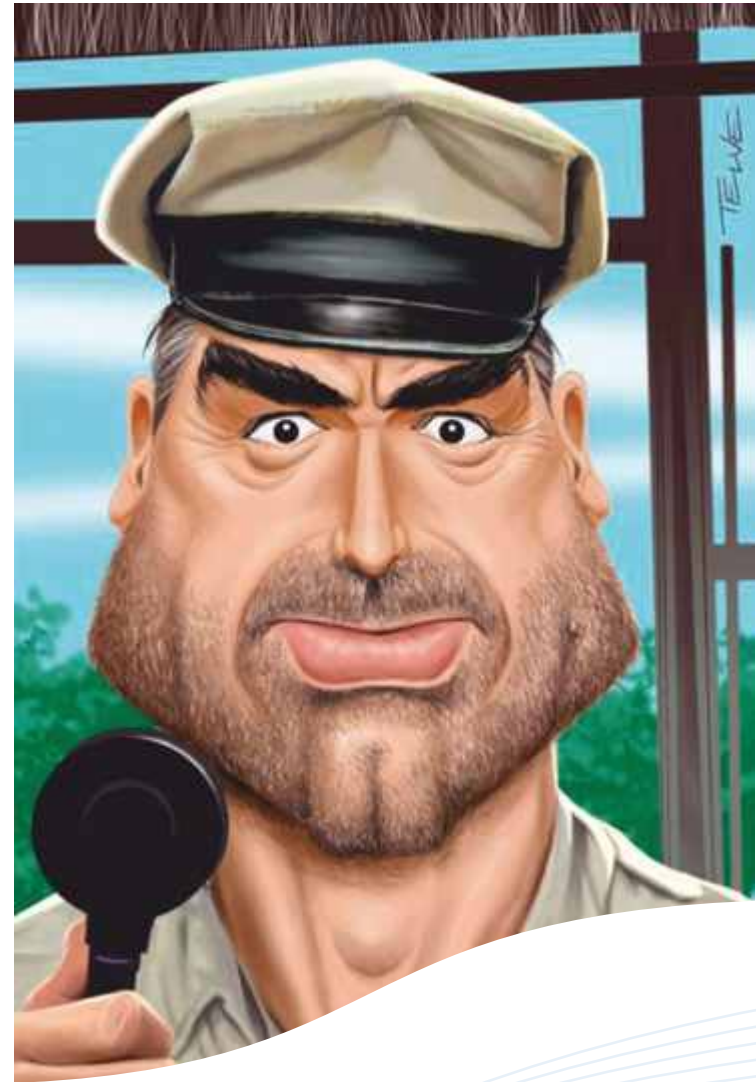
Contando con el respaldo de la poderosa maquinaria publicitaria hollywoodense, las estrellas del Séptimo Arte cautivan a sus legiones de admiradores con los dones que la diosa Fortuna les ha concedido: talento, versatilidad, atractivo físico, simpatía y carisma, proyectando un rostro risueño y una imagen radiante y glamorosa, propia de dichosos triunfadores a quienes les sonrío la vida. Sin embargo, no pocas veces tras esa brillante fachada se ocultan almas atormentadas, asediadas por traumas y complejos, que aún en medio de abundantes riquezas materiales y entusiastas manifestaciones de aclamación no consiguen superar la tristeza, la soledad y el desamor que les embargan. El mundo de la cinematografía ofrece testimonios desgarradores de estos contrastes, unos más conocidos que otros, entre los cuales puede señalarse al actor británico nacionalizado estadounidense Cary Grant, reconocido como uno de los mejores intérpretes de la gran pantalla, muy popular por su presencia cautivadora y su habilidad interpretativa, cuya vida privada se distanciaba significativamente de la aparente felicidad que irradiaba su estampa pública, debido a las huellas dejadas en su personalidad por una infancia traumada por carencias afectivas, y que más tarde se expresaría en confusiones sexuales, adicciones, rupturas matrimoniales e insólitas excentricidades que nunca le permitieron disfrutar de una vida estable y feliz.

Archibald Alexander Leach, quien años después habría de adoptar el seudónimo de Cary Grant, nació en Bristol, Inglaterra, el 18 de enero de 1904, en el seno de una familia muy humilde, en la que padeció maltratos y penurias económicas. A los catorce años abandonó el colegio para probar suerte en el mundo del espectáculo y se sumó a una troupe o empresa de teatro en la que demostró sus habilidades como bailarín, acróbata y actor de vodevil, que posteriormente exhibiría en algunas

secuencias de sus más conocidos títulos cinematográficos. Cuando la compañía llegó a Estados Unidos en 1920, Archibald decidió permanecer en este país y se las arregló para sobrevivir trabajando en variados oficios, ligados siempre a las actividades artísticas, hasta que sus apariciones en comedias musicales de Broadway llamaron la atención de los estudios Paramount y fue contratado en 1932 para actuar en varias películas, dando inicio a una fulgurante carrera en Hollywood que alcanzaría su clímax en los años 40, 50 y 60.

Atendiendo a la sugerencia de la *Paramount*, Archibald Leach aceptó la recomendación de cambiar su nombre original por uno que resultara más eufónico e impactante. Decidió entonces llamarse Cary Grant. Tomaba “Cary” del personaje que había interpretado en 1931 en *Nikki*, un musical de Broadway en el que personificaba a un soldado que lucha por el amor de una bella mujer. El apellido “Grant” tenía un origen mucho más simple: la compañía de cine le entregó una lista de onomásticos y escogió el que más le gustaba entre varias opciones.

Cary Grant falleció a consecuencia de una hemorragia cerebral, en el hospital de Davenport, Iowa, el 29 de noviembre de 1986. Elegante y contenido en las situaciones cómicas, y de gesto sombrío e inquietante en las dramáticas, dejó una huella imborrable como intérprete típico de la comedia americana.



Greta Lovisa Gustafsson

“GRETA GARBO”

1905-1990

A partir de los ensayos realizados en 1890 en París por los hermanos Lumière, la técnica cinematográfica se desarrolló con rapidez y de las simples imágenes documentales se pasó a las películas con argumento, a la vez que se creaban las primeras compañías en Europa y en los Estados Unidos. En el dinámico proceso de transformaciones de los años 30 no todos los actores lograron adaptarse a las nuevas tecnologías como se hizo evidente con el advenimiento del cine sonoro en que notables protagonistas del cine mudo no consiguieron salir airoso ante el desafío que implicaban las nuevas modalidades expresivas. Hubo, sin embargo, estrellas del Séptimo Arte que no solo recorrieron la sinuosa ruta de los cambios con admirable fluidez, sino que además crecieron profesionalmente con ellos revelando su enorme talento y versatilidad. Es el caso de la célebre actriz sueca Greta Garbo, quien comenzó como protagonista de películas mudas en su país de origen y llegó a convertirse en uno de los más grandes mitos de Hollywood.

Fue su nombre original Greta Lovisa Gustafsson. Nació en Estocolmo el 18 de septiembre de 1905. Inició su carrera artística como modelo publicitaria de unos grandes almacenes y en 1921 debutó en el cine mudo de la época con la cinta *Pedro el tramposo*. Siguió desempeñando roles secundarios en otras breves películas hasta que conoció al famoso director Mauritz Stiller quien la seleccionó como actriz principal de la producción *La leyenda de Gösta Berlings*, estrenada en 1924. El éxito conseguido benefició a ambos ya que Greta y Stiller fueron contratados por la Metro Goldwyn Mayer en California. En tres años de intenso trabajo, protagonizó como primera actriz en diez películas convirtiéndose en una de las mayores estrellas del cine mudo. Lejos de perjudicarlo, como sucedió a otras divas de aquella época, la llegada del cine sonoro benefició la calidad de su

arte escénico, reforzada por su impresionante belleza, y en catorce filmes en que participó en rol estelar acompañada de afamadas figuras masculinas, se consolidó definitivamente en el mundo del celuloide.

Una de las principales recomendaciones que en 1923 dio el cineasta Mauritz Stiller a la joven y todavía inexperta actriz Greta Lovisa Gustaffson, fue la de adoptar un nombre artístico, a modo de seudónimo, que diese mayor realce a su carrera. Ciertamente, el apellido Gustaffson llenaba decenas de páginas en los directorios telefónicos suecos. Nació entonces la idea de llamarla Greta Garbo, tomando como modelo a Erica Darbo, una cantante de ópera muy aplaudida entonces en Estocolmo, y en el Príncipe Bethlen Gábor, figura de gran relevancia en la historia húngara del siglo XVII.

En la cúspide de la popularidad, *La Divina* Greta Garbo dejó el mundo del cine a la temprana edad de 36 años y vivió el resto de su vida en un lujoso apartamento en Nueva York cerca de Central Park, totalmente retirada y evitando cualquier contacto con los medios informativos. En esta ciudad falleció a los 85 años, el 15 de abril de 1990. Dejaba como legado universal algo que nunca muere: sus fantásticas películas.



Marion Michael Morrison

“JOHN WAYNE”

1907-1979

En la edad de oro de los grandes estudios, Hollywood instauró los géneros clásicos del cine, la mayoría de los cuales han sobrevivido hasta la actualidad sufriendo diversas renovaciones. Varios de ellos ya se habían asomado a las pantallas durante la época del cine mudo, pero fue con la llegada del sonido cuando se implantaron con más fuerza, tal cual sucedió con el *western* que amplió notablemente su popularidad con las formidables producciones que se realizaron a partir de 1930 ambientadas en el Oeste americano. Dentro de este género, el recordado actor John Wayne vino a ser una institución en su país como representación del perfecto vaquero a la vez rudo, sentimental, valiente y con un primario sentido de la justicia y la exaltación patriótica.

Marion Michael Morrison, nombre original de John Wayne, nació el 26 de mayo de 1907 en la localidad de Winterset, en Iowa. En sus días universitarios destacó como un brillante jugador de fútbol americano. Tras no lograr hacer carrera en el ejército, tal y como deseaba, entró a trabajar en el departamento de producción de la Twentieth Century Fox. A finales de los años 20 ya tuvo breves apariciones en el cine mudo, más tarde ejerció como doble para las escenas de acción y como estrella secundaria en largometrajes sonoros de bajo presupuesto, hasta que su amigo John Ford le confió el papel principal de *La diligencia*, obra antológica de la cinematografía universal que le hizo saltar a la primera línea. En su filmografía, que abarca 157 películas, destaca sobre todo su colaboración con Ford, en títulos como: *Fuerte Apache*, *La legión invencible*, *Río Grande*, o *El hombre que mató a Liberty Valance*. Para otros realizadores Wayne interpretó films inolvidables: *Río Rojo*, *Río Bravo*, *Hatari* o *El Dorado*. Recibió un Oscar en 1969 por su trabajo en *Valor de ley*, y poco antes de fallecer se le otorgó la Medalla de Oro del Congreso de Estados Unidos.

En 1911 la familia Morrison se mudó a Glendale, California, y fueron los vecinos de este lugar quienes comenzaron a llamar *Big Duke* (Gran Duque) al niño Marion, porque siempre se le veía en compañía de su perro *Little Duke* (Pequeño Duque) y de allí le quedó el apodo *Duke* para el resto de su vida. En sus primeras películas, en la etapa del cine mudo, apareció en los créditos como Marion Morrinson. Tuvo su primer papel de importancia en la película *The Big Trail* (La gran jornada) estrenada en 1930, y fue el director Raoul Walsh quien le dio el nombre artístico de John Wayne, inspirado en el General de la guerra de independencia estadounidense Anthony Wayne, aunque cambiando el “Anthony” que “le sonaba demasiado italiano” por John. Años más tarde, el actor legalizó el seudónimo adoptándolo como su verdadero nombre.

John Wayne falleció el 11 de junio de 1979 a causa de un cáncer de estómago, en Los Ángeles, California. Genio y figura hasta la sepultura, arquetipo del perfecto *cowboy*, pidió que en su tumba apareciera este epitafio: “Feo, Fuerte y Formal”.



Alberto Pincherle

“ALBERTO MORAVIA”

1907-1990

Después del existencialismo francés, el más importante y consistente de los movimientos literarios posteriores a la Segunda Guerra Mundial es el llamado neorrealismo italiano. Esta corriente, que se inició de un modo impreciso y balbuceante durante la era mussoliniana, tradujo un estado de ánimo de superación del pasado, de confianza esperanzada en el mundo y en los hombres, de voluntad de hacer del arte un instrumento de participación social, representando de forma “realista” al pueblo llano en sus aspiraciones. Esta nueva visión de los escritores –compartida también por artistas y directores de cine– contó con una serie de novelistas de talla, entre los cuales aparece como una de sus voces más representativas Alberto Moravia, autor prolífico y de gran destreza narrativa, destacado reivindicador del compromiso entre la literatura y la militancia política.

Alberto Moravia fue el seudónimo bajo el cual Alberto Pincherle escribió sus obras. Nació el 28 de noviembre de 1907 en Roma, en el seno de una próspera familia burguesa, hijo de un arquitecto judío y una madre católica. En su niñez una tuberculosis ósea le obligó a pasar cinco años en sanatorios casi inmóvil, condición que aprovechó para dedicarse por entero al aprendizaje de idiomas y a la lectura de autores clásicos y modernos, perfilándose de este modo su vocación de escritor. Su primera novela, *Los indiferentes*, marcó las directrices de los que habrían de ser sus principales rasgos argumentales y estilísticos, sustentados en una crítica exacerbada de los valores morales y sociales. Sometido a presiones y censuras durante el régimen fascista, una vez finalizada la guerra continuó su producción literaria en la que destacan títulos como *La romana*, *La campesina*, *La desobediencia*, *El conformista*, *La mascarada*, *El aburrimiento* y *La vida interior*. En 1941 contrajo matrimonio con la también escritora Elsa Moranti. Autor de admirable fecundidad, complementó sus

novelas con frecuentes incursiones en la crítica literaria, la crónica periodística, el teatro y en la adaptación de algunas de sus obras que fueron llevadas al cine.

En el otoño de 1925, recién salido del sanatorio de Bressanone, en la provincia de Bolzano, el joven Pincherle comenzó a escribir *Gli indifferenti* (Los indiferentes) que será publicada en 1929. Gracias a la buena acogida dispensada a su primer libro, consiguió entrar por la puerta grande del mundo literario italiano, en el cual habría de consagrarse paulatinamente con su formidable e insistente producción intelectual. Ya desde el inicio, y sería para siempre, adoptó para su novela el seudónimo de Alberto Moravia, cambiando su apellido por el de su abuela paterna. Probablemente quiso desviar la atención sobre su origen judío, en aquella época en que el fascismo agudizaba sus posturas antisemitas, y lo hizo en otras ocasiones cuando firmó con nombres ficticios sus colaboraciones para algunas revistas literarias y políticas.

Alberto Moravia falleció el 26 de septiembre de 1990, en su casa de Roma. Intransigente opositor del fascismo y denunciador luego de las desviaciones de una sociedad burguesa hedonista, consiguió con su inmensa obra traspasar las fronteras de la cultura italiana y ser reconocido como gran figura del mundo literario contemporáneo.



Héctor Roberto Chavero

“ATAHUALPA YUPANQUI”

1908-1992

En sentido general, la música latinoamericana deriva de la interacción de tres grandes vertientes: la indígena originaria; la europea occidental, es decir, la de los colonizadores; y la negra africana, aportada por esclavos traídos a la fuerza al continente. La distribución de cada una de estas corrientes étnicas y culturales en el extenso territorio americano determinará a lo largo de los siglos un mestizaje muy variado, con diferencias muy grandes entre una región y otra, traducido en una infinita variedad de ritmos, timbres y letras, en su conjunto llamada música folklórica. En Argentina, una de las figuras fundamentales de la canción criolla y testimonial fue Atahualpa Yupanqui, cantautor, guitarrista, escritor y poeta, cuyo arte fue y sigue siendo disfrutado en los lugares más recónditos del planeta, altamente apreciado por su bella profundidad humana y social.

Héctor Roberto Chavero, nombre civil de Atahualpa Yupanqui, nació el 31 de enero de 1908 en la ciudad de Pergamino, provincia de Buenos Aires. Allí, en ese mundo criollo de principios de siglo, vivió una niñez moldeada en la tradición familiar y empezó a conocer la música y el canto de los paisanos que más tarde él habría de recoger en sus composiciones. A los dieciocho años de edad decidió probar suerte en Buenos Aires con su guitarra, presentándose en bares, bibliotecas y escuelas. Por sus ideas izquierdistas sufrió cárceles y exilios en varias etapas de la vida política argentina. En 1948, el Partido Comunista, al cual se había afiliado, le organizó una gira por Europa que mucho ayudó a su internacionalización. En Francia, el respaldo que le brindó Edith Piaf al incorporarlo en varios de sus recitales constituyó su pasaporte a la fama. Ya consagrado en el viejo continente su prestigio se incrementó considerablemente, grabó numerosos discos que cimentaron su

popularidad y pasó a ser reconocido en todo el mundo como un clásico de la música folklórica y popular latinoamericana.

A los trece años, cursando la secundaria, el joven Héctor Roberto comenzó a escribir pequeños ensayos y algunos poemas para una revista escolar firmándolos con el seudónimo Yupanqui, con la única intención de ocultar su nombre. Años más tarde, establecido en Buenos Aires y dispuesto a ganarse la vida con sus canciones, asumió aquella palabra en su sentido más preciso. Como si de un presagio se tratara, adoptó para su nueva identificación el vocablo “Yupanqui” que en lengua quechua se traduce como “Has de contar, narrarás”, agregándole “Atahualpa” por delante, en honor al último inca peruano, y que significa “el que viene de tierras lejanas”. No podía el genial cantautor elegir un seudónimo que mejor expresase su personalidad y sus inmensos deseos de transmitir con sus canciones toda la riqueza expresiva del folklore argentino. En efecto, “había venido de lejanas tierras para contar algo”.

Atahualpa Yupanqui falleció en Nimes, Francia, el 23 de mayo de 1992. Por su expreso deseo, sus restos fueron repatriados y sus cenizas esparcidas debajo de un roble que años antes él había plantado en Cerro Colorado, provincia de Córdoba.



Cyril Henry Hoskin

“LOBSANG RAMPA”

1910-1981

En el conocimiento que se tiene en Occidente de las milenarias creencias religiosas y filosóficas del pueblo tibetano, hay que registrar la original contribución proporcionada por una secuencia de libros que circularon profusamente en América y en Europa a mediados del siglo veinte, en los que un presunto lama tibetano de nombre Lobsang Rampa relata las más variopintas situaciones por las que atravesó durante su vida, recreando el universo espiritual y místico de la cultura tibetana e incursionando a la vez en el fascinante mundo del esoterismo y los fenómenos paranormales con singular destreza narrativa. Lo más curioso e impactante de esta historia es que el autor no nació en el Tíbet, no estuvo jamás en el país de los Himalayas, ni mucho menos hablaba su lengua inmemorial, lo que dio origen a numerosas polémicas que se prolongan hasta hoy.

El responsable de libros tan populares como *El tercer ojo*, *El médico de Lhasa*, *El cordón de plata*, *Mi vida con el Lama*, y otros hasta alcanzar la cifra de diecinueve, se llamó en realidad Cyril Henry Hoskin, y nació en Plympton, Inglaterra, el 8 de abril de 1910. Casi nada se conoce de su vida, y se vino a saber que era el verdadero autor de *El tercer ojo*, el superventas que vio la luz en 1956 y que le dio celebridad internacional, cuando el explorador alemán Heinrich Harrer contrató a un detective privado de Liverpool para investigar la vida de Rampa. Los hallazgos fueron publicados en el *Daily Mail* de Londres, en febrero de 1958, y recién allí se conoció la verdadera identidad del personaje. Se supo que en 1948 Hoskin había cambiado su nombre legal a Carl Kuon Suo y que había vivido en Irlanda, en Uruguay y en Canadá, país este último en que transcurrieron los veinte años finales de su existencia junto a su esposa San Ra'ab.

Confrontado por el investigador, no negó haber nacido como Cyril Henry Hoskin, pero declaró que su cuerpo se hallaba ahora ocupado por el espíritu de un lama tibetano de nombre Lobsang Rampa. En su libro *La historia de Rampa* cuenta Hoskins como se produjo su espectacular transmutación: se había caído de un abeto en el jardín de su casa y mientras permanecía inconsciente tuvo la visión de un monje budista arropado con la tradicional túnica azafranada que se le presentó con el nombre de Lobsang Rampa y le propuso tomar posesión de su cuerpo para transmitir al mundo un mensaje espiritual fundamentado en las enseñanzas del budismo tibetano. Aunque sorprendido por tan insólita experiencia, Hoskins aceptó, manifestando que estaba insatisfecho de la intrascendencia de su vida. Así nació el seudónimo literario y espiritual que le daría un inmenso renombre.

Cyril Hoskin o Lobsang Rampa, murió en Calgary, Canadá, el 25 de enero de 1981, a la edad de 70 años. Con independencia de lo que pueda creerse sobre su extraña historia, ha de admitirse que pocos autores como él han sabido mostrar la riqueza espiritual que encierra la sabiduría tibetana empleando un lenguaje tan accesible como cautivador.



Magdalena Nile del Río

“IMPERIO ARGENTINA”

1906-2003

La historia del cine español comenzó en 1896 con las primeras exhibiciones realizadas en Madrid en las que se utilizó el cinematógrafo inventado por los hermanos Lumière y desde entonces igual que sucedió en los demás países, experimentó profundos cambios, pasando del cine mudo al sonoro, de las cintas en blanco y negro a las coloridas, hasta que se incorporaron la digitalización y los efectos sensoriales tridimensionales. Del accidentado proceso sociopolítico que atravesó España a lo largo del siglo veinte, el cine ha dejado un registro perdurable en innumerables películas de variados temas, géneros y estilos, y si se quisiera simbolizar tal recorrido en una figura emblemática que sumase a los atributos del genio actoral, las habilidades del canto y del baile y un desbordante carisma, la elegida debería ser Imperio Argentina, estrella del teatro, de la copla y de la gran pantalla por más de siete décadas.

Magdalena Nile de Río, luego conocida como Imperio Argentina, nació el 26 de diciembre de 1906 en el popular barrio de San Telmo de Buenos Aires. Hija de artistas andaluces que se habían residenciado temporalmente en la capital argentina, supo muy pronto de su duende: contaba solo seis años cuando subió por primera vez a un tablao y no lo abandonó hasta pasados los ochenta. Habiéndose mudado a España, hizo en 1924 su debut triunfal como cantante y bailarina en el famoso teatro Romea de Madrid. Tres años más tarde interpretó *La Hermana de San Sulpicio*, película muda basada en la novela homónima de Armando Palacio Valdés. Llegado el cine sonoro, desde 1930, comenzó a protagonizar en cintas de variados argumentos, en las que se ponía de manifiesto su gracia y versatilidad, y que obtuvieron un éxito resonante, como *Nobleza baturra* y *Morena Clara*, ambas con Florián Rey, su primer esposo, y *Melodía de arrabal*, con Carlos Gardel. La

filmografía de Imperio Argentina sumó un total de veintidós películas, dejando además numerosos discos en los que su grata voz se paseó por coplas de todas las regiones españolas, sevillanas y tonadillas, tangos y melodías latinoamericanas.

La niña Magdalena recibió su primer nombre artístico a los doce años cuando debutó en un teatro de Buenos Aires. A esta presentación asistió la cantaora y bailaora sevillana Pastora Imperio, quien, impresionada por el talento de la pequeña, la llamó Petit Imperio. No había cumplido aún los dieciocho cuando se presentó en el teatro Romea de la capital española, de la mano de La Argentinita, célebre bailaora y coreógrafa hispanoargentina. A esta función asistió el escritor Jacinto Benavente, aficionado a la farándula, quien opinó que la joven artista ya estaba a la altura de las dos famosas divas de entonces, Pastora Imperio y La Argentinita, y por ello la rebautizó como Imperio Argentina, el seudónimo que la identificaría para siempre.

La luz de Imperio Argentina se apagó en la localidad malagueña de Benalmádena el 22 de agosto de 2003. Igual que su impresionante vida, siempre rica en energía puesta a disposición del arte, el eco de su muerte recorrió el mundo entero.



Thomas Lanier Williams

“TENNESSEE WILLIAMS”

1911-1983

Aunque el género literario de mayor relevancia en Estados Unidos es sin duda alguna la novela, no por ello puede subestimarse la enorme importancia de la producción escénica para tener una visión integral del mundo narrativo que allí se ha desarrollado. Igual que en el resto de las disciplinas artísticas, el teatro norteamericano surgió en un principio como imitación de la tradición dramática europea, especialmente la inglesa, pero rápidamente adquirió un tono propio que llegaría a su punto álgido en el siglo veinte, primero con el vodevil, luego con los musicales a los que se agregarían el impacto provocado por la radio, el cine y la televisión, y por fin, de la mano de brillantes y exitosos dramaturgos, cuyas obras les confieren categoría de figuras universales. Junto a Eugene O´Neill y Arthur Miller, completa la trilogía de oro de la dramaturgia estadounidense contemporánea Tennessee Williams, el más aclamado de su generación a pesar de la dificultad de asimilación de sus dramas en los que la violencia, las pasiones y la crueldad deliberada marcan la relación entre las personas.

Thomas Lanier Williams, nombre original de quien más tarde se dará a conocer como Tennessee Williams, nació en Columbus, Mississippi, el 26 de marzo de 1911. Tras acudir irregularmente a varios centros universitarios, en 1938 se graduó en Filosofía y Letras por la Universidad de Iowa. Ejerció como docente de literatura y como periodista hasta que le llegó el éxito sobre los escenarios de Broadway con su obra *El zoo de cristal*. En 1947 escribió *Un tranvía llamado deseo*, por la que obtuvo el premio Pulitzer de teatro. Años después recibirá un segundo premio por su obra *La gata sobre el tejado de zinc caliente*. Estas piezas poseen un gran simbolismo y están ambientadas en las regiones del sur de los Estados Unidos, un marco de referencia que utilizó a menudo. Fueron

adaptadas al cine con notable éxito y sirvieron para dar a conocer a quienes habrían de convertirse en célebres figuras del Séptimo Arte.

A comienzos de los años treinta, durante la gran depresión, Williams siguió estudios en la Universidad de Missouri y allí se hizo miembro de la fraternidad Alpha-Tau-Omega. Fue en este ambiente juvenil que sus compañeros comenzaron a llamarlo “Tennessee” debido a su pronunciado acento sureño. El futuro escritor acogió de buen grado el apodo, y acabó convirtiéndolo en su nuevo nombre artístico, ya que de esta manera rendía homenaje a su padre que era oriundo del estado de Tennessee. Desde que publicó su primera obra para teatro, *Palabras de belleza* (1930), firmó en adelante todo lo que escribió con el seudónimo que habría de consagrarlo como una de las grandes figuras de la dramaturgia.

Trastornos nerviosos, complicados por su adicción al alcohol y a las drogas, le alejaron de la literatura y lo condujeron a un severo colapso del que no pudo recuperarse. El 25 de febrero de 1983, en la habitación de un hotel neoyorquino, se apagó la vida de Tennessee Williams, el genio que mantuvo en todo su esplendor al teatro estadounidense contemporáneo.



Endré Ernő Friedmann “ROBERT CAPA”

1913-1954

Desde la antigüedad clásica las guerras han sido contadas y representadas de mil modos. A lo largo de la historia del periodismo ha existido una estrecha conexión entre los conflictos bélicos y los medios de comunicación en la cual se ponen en juego numerosos intereses. En ese contexto, desempeñan un rol determinante los denominados corresponsales y fotoperiodistas de guerra que se ocupan de cubrir historias desde zonas en las que se desarrollan conflictos bélicos. Son mujeres y hombres animados por una intensa pasión que corren toda suerte de riesgos al trasladarse hasta los lugares calientes y contar lo que está sucediendo con el propósito de que el público se mantenga enterado de los hechos en forma veraz y oportuna. Tristemente, no pocas veces han sufrido graves lesiones o han perdido la vida en el cumplimiento de su deber profesional. Este es el caso de Robert Capa, famoso fotoperiodista húngaro considerado como el más importante corresponsal gráfico de guerra del siglo veinte.

Su nombre original era Endré Ernő Friedmann. Nació en Budapest el 22 de octubre de 1913, en el seno de una familia judía con altas posibilidades económicas. En su ciudad natal conoció a Eva Besnyo, quien lo introdujo en el mundo de la fotografía. Huyendo del nazismo se estableció en París en 1933. Allí trabó relación con la joven fotógrafa polaca Gerda Taro, quien acabaría siendo su compañera sentimental. Sus primeros éxitos los consiguió Capa como reportero fotográfico de la guerra civil española, donde realizó obras de gran impacto como su famosa “La muerte de un soldado republicano”. En esa contienda, Gerda murió en julio de 1937 atropellada por un tanque. En los años siguientes cubrió para la revista *Life* la información gráfica de diversos combates ocurridos durante la Segunda Guerra Mundial y sus fotografías llegaron a convertirse en todo un memorable

documento gráfico e inevitable fuente de consulta. En 1951 fue designado presidente de la famosa agencia publicitaria *Magnum*, y tres años más tarde murió en Indochina cuando cubría la lucha nacionalista contra las tropas francesas coloniales. De todos los conflictos que presenció, informó con un coraje que hacía honor a la más famosa de sus divisas: *Si no son buenas tus fotos, es que no te has acercado lo suficiente.*

Durante los años en que Endré vivió con Gerta en Francia sus trabajos no se vendían bien y de allí nació la idea de inventar la figura de un glamoroso fotógrafo americano altamente cotizado, al que llamaron Robert Capa, compuesto a partir del nombre del actor Robert Taylor y del apellido del director de cine Frank Capra ligeramente cambiado. Por cierto, el término “capa” significa en lengua magiar “tiburón” y era el apodo con que a él se le conoció en su niñez y por eso acostumbraba utilizarlo como símbolo personal.

Asignado por la revista *Life*, Robert Capa murió en Thai Binh, Vietnam, el 25 de mayo de 1954, al pisar inadvertidamente una mina. Dejaba en miles de fotografías un formidable testimonio gráfico desbordado de humanismo, en medio de las más terribles confrontaciones bélicas, donde paradójicamente reinan la barbarie y la destrucción.



Karl Herbert Frahm

“WILLY BRANDT”

1913-1992

El Premio Nobel de la Paz de 1971, otorgado al político alemán Willy Brandt, impulsor de una estrategia de reconciliación entre naciones en otro tiempo enemigas, recompensó no solo al hombre de ideas liberales y progresistas, sino también al dirigente de convicciones firmes, llamado a redimir a su país de las servidumbres psicológicas engendradas por la derrota, la ocupación y la guerra fría.

Su nombre original era Karl Herbert Frahm. Nació el 18 de diciembre de 1913 en la ciudad de Lübeck. Militante socialista y redactor del periódico *Lübecker Volksbote*, tras la llegada de Hitler al poder en 1933 escapó a Noruega donde se nacionalizó y ejerció el periodismo político. Regresó a Berlín en 1945 como corresponsal y asistió al juicio de Nuremberg. Una vez recuperada su nacionalidad se afilió al Partido Social Democrático en el que ocuparía cargos de creciente responsabilidad y defendió con éxito el abandono del marxismo como doctrina del partido. Alcalde de Berlín y Ministro de Asuntos Exteriores, fue elegido Canciller General en 1969 gracias a un amplio respaldo de socialdemócratas, demócratacristianos y liberales. Firme partidario como era de la unidad alemana y de la distensión en las relaciones internacionales, puso en práctica una fórmula política que dio en llamarse *Neue Ostpolitik* (Nueva Política Oriental), cuyos progresos convirtieron la República Federal de Alemania en una suerte de laboratorio de la seguridad europea desde una perspectiva múltiple de paz, progreso y cooperación.

Para esquivar los controles del régimen nazista debió cambiar de identidad y una vez que arribó a Oslo comenzó a presentarse como Willy Brandt, nombre que aparecía en el pasaporte falso que le sirvió para obtener asilo en Noruega y radicarse después en Suecia. Tras la derrota germana decidió adoptar el seudónimo del que se había servido y que tantos beneficios le había reportado, como identificación oficial y legal aduciendo que, por razones políticas, era para él más auténtico que su propio nombre. Consagrada internacionalmente su doctrina por la concesión del Premio Nobel de la

Paz, recibió nuevamente el respaldo de sus compatriotas en las elecciones de 1972, aunque esta vez debió enfrentar a los liberales y a los socialistas. Se vio forzado a renunciar a la Cancillería en mayo de 1974 a raíz de un escándalo relacionado con actividades de espionaje en el que estuvo involucrado un alto funcionario de su gobierno. No obstante, siguió siendo presidente de su partido hasta 1987 y ocupó cargos de importancia en la Internacional Socialista, organización en la cual ejerció una considerable influencia.

Willy Brandt falleció de cáncer de colon en su casa de Unkel, una pequeña ciudad a orillas del río Rhin, el 8 de octubre de 1992, recibiendo un funeral de Estado y la expresión de gratitud de un pueblo que le dio su confianza durante largos años porque supo aquilatar su cálida personalidad y sus generosos designios de crear una dinámica de reconciliación y coexistencia que fuera limando las aristas y odios de la guerra fría y atenuando los riesgos de una confrontación apocalíptica entre las potencias nucleares enfrentadas por ideologías antagónicas.



Luis Beltrán Guerrero

“CÁNDIDO”

1914-1997

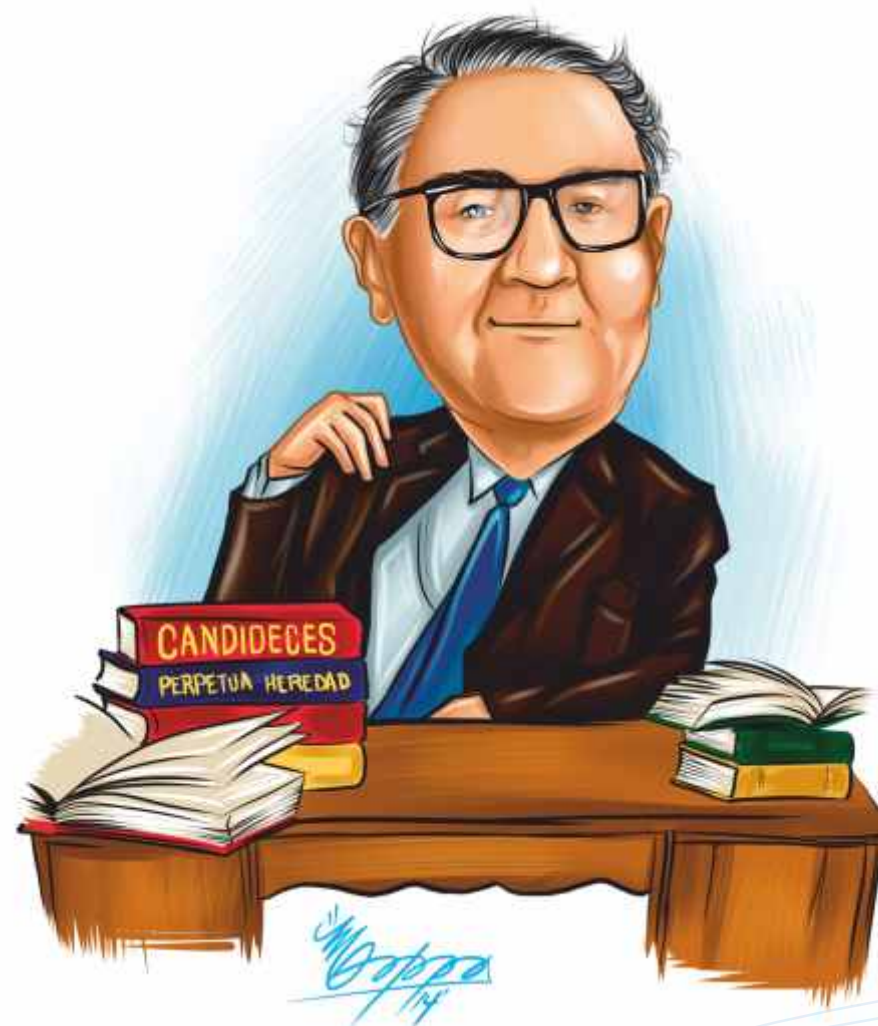
En cada nación del mundo y en diferentes etapas de su evolución siempre se han destacado escritores en cuyas obras se refleja nítidamente su constante preocupación por proporcionar educación al hombre como individuo en una sociedad, es decir, formarlo como persona y como ciudadano, y al mismo tiempo estimularlo en el respeto a la ética y en el cultivo de la belleza. Escritores humanistas es el honoroso apelativo con que suele distinguírseles. En Venezuela, por caso, bastaría la mención de tres robustas personalidades literarias para poner de manifiesto la espléndida riqueza de su tradición humanista en sus dos siglos de vida independiente: Andrés Bello, Cecilio Acosta y Mariano Picón Salas. A ellos les sigue una extensa nómina, en la que no puede faltar el nombre de Luis Beltrán Guerrero: poeta, cronista, ensayista, crítico literario, educador y periodista de vastísima erudición, eximio humanista en cuyo pensamiento se conjugan una imprescindible visión universal de la cultura y el interés profundo por lo sustancialmente venezolano.

Nació en Carora, estado Lara, el 11 de octubre de 1914. Desde 1927 se inició como escritor público en el semanario obrero *El Yunque*, fundó el quincenario estudiantil *El Pórtico* y colaboró en *El Diario* de Carora. En 1930 se trasladó a Caracas para proseguir estudios universitarios y siete años después obtuvo el título de Doctor en Ciencias Políticas. Ejerció la docencia con admirable sentido de la misión del pedagogo y ocupó altos cargos de dirección en la Universidad Central de Venezuela. Individuo de Número de las Academias Venezolanas de la Lengua y de la Historia, escritor a tiempo completo, su caudal bibliográfico es vasto y contempla numerosos trabajos en los campos de la poesía, el ensayo y la crónica periodística, llenando por largos años un importante espacio en la literatura venezolana e hispanoamericana. Entre sus libros más importantes, varias veces

reeditados, se cuentan en el mundo del ensayo literario, histórico y biográfico: *Sobre el romanticismo y otros temas*, *Variaciones sobre el humanismo*, *Razón y sinrazón*, *Modernismo y modernistas*, *Perpetua heredad*, *Prosa crítica*, y en la experiencia poética: *Primera navegación*, *Secretos en fuga*, *Palos de ciego*, además de varias recopilaciones antológicas.

Desde 1959, Luis Beltrán Guerrero comenzó a publicar en el diario *El Universal* de Caracas su columna “A campo traviesa” con el seudónimo de Cándido. A partir de 1962 estas crónicas periodísticas fueron recogidas en forma de libro y llegaron a publicarse diecisiete volúmenes bajo el título colectivo de *Candideces*, cuya sola colección alcanza para dar una idea de la vastedad y profundidad de su saber y para situar al autor entre los clásicos contemporáneos del humanismo. Maestro del idioma, escogió el nombre de Cándido para su ocultamiento literario, dejando abiertas diversas interpretaciones a que podría dar lugar, aunque inevitablemente referido al famoso personaje de Voltaire, que alentado por su maestro Pangloss, seguía creyendo, contra toda evidencia, que el mundo en que vivimos es el mejor de todos los posibles.

El 16 de mayo de 1997 culminó en Caracas la luminosa existencia de Luis Beltrán Guerrero, alma buena y generosa, verdadero caudal de sabiduría venezolanista y universal.



Édith Giovanna Gassion “ÉDITH PIAF”

1915-1963

En los años 20 y 30 del pasado siglo la ciudad de París mostraba su faceta más bohemia convertida en el corazón mismo de la cultura y las artes. Hogar de las vanguardias, sus bares, cabarets, callejones, plazas y galerías brindaban refugio a todo artista o aspirante a serlo. Montmartre, el Barrio Latino y otros sitios emblemáticos de la cosmopolita capital francesa, constituían los lugares de predilección de intelectuales, pintores, arquitectos, mujeres galantes, trasnochadores, libertinos y poetas. En aquel variopinto escenario proporcionado por la vida nocturna parisiense apareció de la nada Édith Gassion, una muchacha de humilde origen, hija del abandono y la desgracia, baja de estatura, frágil de salud, pero capaz de interpretar canciones populares y sentimentales con emocionante sinceridad. Identificada como Édith Piaf llegaría a ser catalogada entre las grandes cantantes francesas de todas las épocas.

Hija de un acróbata normando y de una cantante ambulante de origen italiano, Édith Gassion nació de madrugada en el patio de una comisaría de París el 19 de diciembre de 1915. Comenzó a trabajar a los quince años junto con su padre en un circo, el cual abandonó para dedicarse a cantar en los cafés de la ciudad, y no fue hasta cinco años más tarde cuando consiguió un contrato en un cabaret de buen nivel social y pasó a cumplir actuaciones de gran espectáculo. A partir de ese momento la fama de Édith Piaf creció vertiginosamente y desde 1940 se presentó en los principales escenarios del mundo, cosechando triunfos sin precedentes y grabando numerosos discos. Considerada la más pura expresión del París callejero y popular, entre sus canciones más divulgadas destacan *La vie en rose* y *Non, je ne regrette rien*. Las duras condiciones que debió afrontar a lo largo de su azarosa vida dejaron hondas cicatrices en su alma y nunca pudo recuperarse de sus estragos.

Su carrera como verdadera profesional comenzó a los veinte años. Cantaba entonces por unas pocas monedas en la *Place Pigalle* cuando fue descubierta por el empresario Louis Lepleé quien quedó fascinado por su voz y la contrató para presentarla en el *Gerny's*, un elegante cabaret de su propiedad que gozaba de buena fama en aquellos días. Fue Lepleé quien la bautizó como la “*Môme Piaf*”, que en el argot significa gorrioncillo, ya que por su fragilidad física la asociaba con un pajarito, pero dueño de una voz potente. Durante la ocupación alemana, la cantante cambió aquel nombre artístico por el de Edith Piaf y así comenzó a fraguarse, más que su historia, su leyenda.

Afectada por un cáncer hepático, Edith Piaf grabó su última canción a principios de 1963. Hallándose en Plascassier, en la Costa Azul, falleció el 10 de octubre de ese mismo año. Al día siguiente, una inmensa multitud de admiradores acompañó el cortejo fúnebre a través de París hasta el cementerio Père Lachaise. Enterado del deceso de su gran amiga y antes de él mismo morir, el novelista y poeta Jean Cocteau expresó: “Nunca he conocido un ser más desprendido. Ella no entregaba su alma, ella la regalaba.”



Margarita Carmen Cansino

“RITA HAYWORTH”

1918-1987

La industria cinematográfica ha desempeñado un papel fundamental en el surgimiento de los llamados símbolos sexuales, diseminando por el mundo imágenes de personas famosas que el público encuentra bellas y atractivas. Desde Hollywood principalmente, la promoción de figuras femeninas, aunque no pocas veces masculinas, ha girado alrededor de una poderosa inversión publicitaria en la que se ponen en juego colosales sumas de dinero. Haciendo referencia específica a las actrices, la lista es larga y apasionante, y cada nombre suscita intensas emociones, con independencia del juicio particular que pueda merecer su calidad como intérpretes: Mae West, Marlene Dietrich, Marilyn Monroe, Gina Lollobrigida, Brigitte Bardot, Sofía Loren, Diana Dors, Raquel Welch, Elizabeth Taylor, María Félix, Bo Derek, Kim Basinger, Sonia Braga, y un largo etcétera en el que no puede faltar la estrella estadounidense Rita Hayworth, símbolo sexual indiscutible de la década de 1940, admirada tanto por su belleza y sensualidad como por la calidad de sus interpretaciones.

Margarita Carmen Cansino fue el nombre de pila de Rita Hayworth. Nació en Brooklyn, Nueva York, el 17 de octubre de 1918. Era hija del bailarín español Eduardo Cansino y de Volga Haworth, corista de origen irlandés. Comenzó su carrera como bailarina junto a su padre y con su nombre real, a la muy temprana edad de 13 años. Desde 1935 actuó en Hollywood en papeles secundarios hasta que fue contratada para interpretar a Doña Sol en la superproducción *Sangre y arena* (1941) basada en la novela de Vicente Blasco Ibáñez. Su fama como mito erótico se consolidó con *Gilda* (1946), una de las grandes películas del cine negro, en la que tan solo con un brevísimo pero sugerente *strip-tease* y la recepción de una sonora bofetada consiguió records de taquilla en todo el mundo. Pese a que filmó

más de sesenta películas, nunca ganó un Oscar. En su vida privada luchó tenazmente por ser feliz, sin conseguirlo. Su sino trágico de diosa le impidió retener el amor de los hombres y sus cinco enlaces matrimoniales acabaron en decepciones.

Sus primeras apariciones en el cine a mediados de los años treinta, acreditada como Margarita Cansino, no tuvieron mayor relevancia, pero esto cambió cuando su primer esposo Edward Judson pasó a dirigir su carrera y la transformó en la figura que luego sería admirada por su espectacular belleza, animándola para que adelgazara, tiñendo su cabello y haciéndolo retroceder, con electrólisis, para despejar la frente y resaltar sus ojos. Con la aprobación de Margarita y de Edward, el productor Harry Cohn le propuso un nombre artístico de mayor resonancia y así en 1936 apareció en el film *Contrabando humano* como Rita Hayworth, formado con el hipocorístico de su nombre más el cambio del apellido paterno por el de la madre, Haworth, al que se le había intercalado la letra “y”.

Severamente afectada por el mal de Alzheimer, enclaustrada en sus años finales en su departamento de Manhattan, el 14 de mayo de 1987 se extinguió la vida de Rita Hayworth, mito del cine mundial y una de las mujeres más bellas que haya existido.



Alfredo Tarre Murzi

“SANÍN”

1919-2002

Venezuela contó durante el siglo veinte con un grupo de brillantes intelectuales que hicieron de la crónica política una poderosa herramienta para denunciar y condenar los atropellos que se cometían contra las libertades ciudadanas en regímenes dictatoriales y aún en los de corte democrático. Motivados por un sentimiento nacionalista y atraídos por géneros como el ensayo y el periodismo, se preocuparon por esclarecer episodios del pasado, interpretar con mayor precisión el presente, y dejar para la posteridad valiosos escritos sobre el país y sus circunstancias. Entre esas personalidades notables de la vida pública venezolana, no se puede soslayar la presencia de Alfredo Tarre Murzi, quien fuera considerado por muchos entendidos como el mejor columnista político de sus días.

Tarre Murzi, quien años después utilizaría el seudónimo Sanín para sus crónicas periodísticas y algunos de sus libros, nació en Maracaibo, estado Zulia, el 25 de diciembre de 1919. Obtuvo su doctorado en Caracas, en la Universidad Central de Venezuela, y posteriormente realizó posgrados en Nueva York y en Ginebra. Personalidad polifacética, ejerció como consultor jurídico de empresas, catedrático universitario, fundador y director de revistas de circulación nacional, diputado al Congreso Nacional, ministro y embajador ante diferentes organismos internacionales. Durante cincuenta años registró los azares políticos del país en innumerables crónicas que se publicaban en diarios caraqueños y del interior, haciendo de él uno de los columnistas más leídos, respetados y temidos. Acompañó su labor periodística con su espíritu acucioso de escritor e investigador, dejando varias obras de crítica política y las biografías de los presidentes Eleazar López Contreras y Rómulo Betancourt.

Desde sus tiempos de estudiante de bachillerato, Alfredo Tarre Murzi comenzó a escribir en periódicos y revistas de su ciudad natal. Fue una vocación que se asoció íntimamente con todas sus

experiencias vitales. Sus crónicas y sus libros aparecieron repartidas entre dos firmas, unas con su nombre de pila y otras con el seudónimo Sanín, el cual comenzó a utilizar en 1945 en los artículos que escribía para el semanario del partido Unión Republicana Democrática. Con tal estrategia quería diferenciar dos facetas de su personalidad y de su vida pública. Reservaba su nombre para suscribir aquellos textos en los examinaba asuntos jurídicos y diplomáticos, mientras dejaba para el seudónimo las biografías y los temas espinosos de la política cotidiana, en los que predominaba el acento crítico, irónico y en ocasiones, sarcástico. “Palco de sombra”, la más famosa de las columnas periodísticas de Sanín, se publicó en el diario *El Nacional*, desde 1964 hasta 1997. Adoptó el seudónimo por la novela *Sanín*, del escritor ruso Mijaíl Petróvich Artsybáschev, publicada en 1907, cuyo personaje principal es Vladimir Sanin, un joven que abandonó la causa revolucionaria y tomó un rumbo nihilista, libre de preocupaciones ideológicas.

Falleció en Caracas el 30 de mayo de 2002. Combativo y combatido, supo ganarse el respeto de amigos y adversarios por su cultura y dinamismo, por su inteligencia y perspicacia, por su inequívoca defensa de los valores patrióticos y democráticos, por su honradez intelectual y apego a la ética profesional.



Joseph Yule

“MICKEY ROONEY”

1920-2014

En la historia de la cinematografía mundial hay un capítulo especial relacionado con los llamados “niños prodigio”, criaturas que cautivan por su increíble talento para la actuación, adornado no pocas veces de admirables cualidades para el canto y el baile. Las tiernas imágenes de Shirley Temple, Judy Garland o Macaulay Culkin, entre otras estrellas infantiles o juveniles de Hollywood, quedaron grabadas para siempre en los más lindos recuerdos de chicos y grandes que disfrutaron de sus fascinantes películas. Cabe incluir aquí la historia del actor Mickey Rooney, cuya carrera se considera la más longeva en el cine de todos los tiempos. Sorprendente niño prodigio, empezó en el cine mudo a los seis años con un pequeño papel en la película *Not to be trusted*, y trabajó de manera consecutiva durante noventa años, pasando de la infancia a la adolescencia y de esta a la adultez y a la vejez con admirable versatilidad, dejando un auténtico record de 326 títulos entre cine y televisión.

Oriundo de Brooklyn, Nueva York, donde vino al mundo el 23 de septiembre de 1920, Joseph Yule, quien habría de adoptar el seudónimo de Mickey Rooney, reveló tempranamente sus innatas cualidades para la actuación. Hijo de un escocés y una estadounidense que se dedicaban al vodevil, debutó junto a ellos en un musical cuando tenía solo diecisiete meses. En 1927 comenzó su carrera cinematográfica en una serie inspirada en unos *cómics* sobre un niño travieso llamado Mickey McGuire. Tras este triunfo, consiguió realizar con singular habilidad la transición al cine sonoro y protagonizó una muy exitosa serie de películas encarnando al incorregible adolescente Andy Hardy. Convertido en una estrella, Mickey Rooney trabajó en numerosas películas junto a los mejores actores norteamericanos como Clark Gable, Lana Turner, Douglas Fairbanks, y muy destacadamente con Judy Garland, con quien formó una pareja inolvidable. En 1983 la Academia de Hollywood le

entregó un Oscar honorífico como homenaje a su dilatada carrera. Aun cuando era bajo de estatura y de porte poco agraciado, conquistaba a todos con su simpatía y en especial a las damas. Su agitada vida sentimental conoció ocho matrimonios, el primero con la actriz Ava Gardner, y tuvo nueve hijos.

Desde el comienzo de la participación del pequeño Yule en las historietas que tenían como personaje a Mickey McGuire, su madre resolvió adoptar este nombre para su hijo y ella misma cambió su apellido por el de McGuire, pero fue demandada por la Compañía Fox por usurpación de derechos de autor y debió desistir. Asignó entonces a su hijo el nombre de Mickey Looney, equivalente a “Mickey El Chiflado”, pero él lo alteró ligeramente por Rooney, una versión menos frívola. Desde 1934, en que firmó contrato con la Metro Goldwin Mayer identificado como Mickey Rooney, su ascenso hacia el estrellato fue indetenible.

El 6 de abril de 2014, a los 93 años de edad, casi todos dedicados a la actuación en cine, teatro y televisión, falleció en Los Ángeles, California, Mickey Rooney, el niño prodigio de Hollywood que se convirtió en uno de los mayores mitos del Séptimo Arte.



Karolis Dionyzas Bučinskis

“CHARLES BRONSON”

1921-2003

El denominado cine de acción es un género en el que prevalece la espectacularidad de las imágenes por medio de efectos especiales, sus elementos más característicos se muestran en persecuciones, tiroteos, peleas, explosiones, robos y asaltos. En este tipo de films han dejado huella por su interpretación como “tipos rudos” ciertos actores cuya apariencia física y temperamento está en perfecto acuerdo con los personajes que encarnan, dando la impresión de que es muy sutil la línea que los separa. En sus actuaciones los “duros” del cine hacen gala de su musculatura, de su audacia o de su hombría, y en cada nueva presentación sus hazañas heroicas se hacen más inverosímiles, provocando la admiración del público en general y el enamoramiento de las mujeres en particular. Uno de los actores prototípicos de este tipo de películas durante el siglo veinte fue Charles Bronson, inolvidable por su rostro impasible y su imagen de tenaz e implacable perseguidor de los malvados.

De padres lituanos, nació el 3 de noviembre de 1921 en la localidad de Ehrenfield, Pennsylvania, con el nombre de Karolis Dionyzas Bučinskis, que años después cambiaría por el de Charles Bronson. Aunque su destino parecía llevarle hacia el trabajo en las minas, ocupación de su padre y de sus hermanos, esto cambió radicalmente al ser alistado en el ejército y enviado a Japón durante la Segunda Guerra Mundial. A su vuelta se interesó por el teatro y estudió arte en Philadelphia, comenzando a trabajar pintando decorados para las representaciones en las tablas. En 1951 inició su carrera como actor de cine apareciendo en papeles secundarios en películas de acción, llamando pronto la atención por su talento actoral y su magnífica condición física. Si los años 50 supusieron su consolidación en Hollywood, la década siguiente le proporcionaría la subida al estrellato al protagonizar en rol estelar, y junto a consagrados artistas, en numerosas cintas en las que destacaba

en papeles de “duro” o de policía vengador y que permanecen en la memoria cinéfila. Bronson también triunfó en Europa en las producciones popularmente conocidas como “western-spaguetti”. Intervino en 97 películas y en 1972 ganó un Globo de Oro por el conjunto de su carrera.

En los films que protagonizó entre 1951 y 1953, como *La impetuosa* o *Los crímenes del museo de cera*, apareció identificado como Charles Buchinski, y sería a partir de 1954 en la cinta *Apache* cuando comenzó a emplear el seudónimo de Charles Bronson. La decisión de sustituir su nombre original estuvo motivada por su preocupación de ser llamado a declarar ante el Comité de Actividades Antiamericanas que dirigía el temible senador McCarthy, ante las dudas que podía generar su apellido “que parecía o sonaba ruso”. El apellido “Bronson” lo tomó de la avenida Bronson de Hollywood, donde se encuentra la famosa Puerta de entrada a *Paramount Pictures*.

Charles Bronson falleció en Los Ángeles a consecuencia de una neumonía el 30 de agosto de 2003. Curiosamente, aunque su imagen era la de un hombre rudo, era altamente apreciado por su afabilidad, trato gentil y por su delicadeza artística.



Ana María Cecilia Sofía Kalogeropoulos

“MARÍA CALLAS”

1923-1977

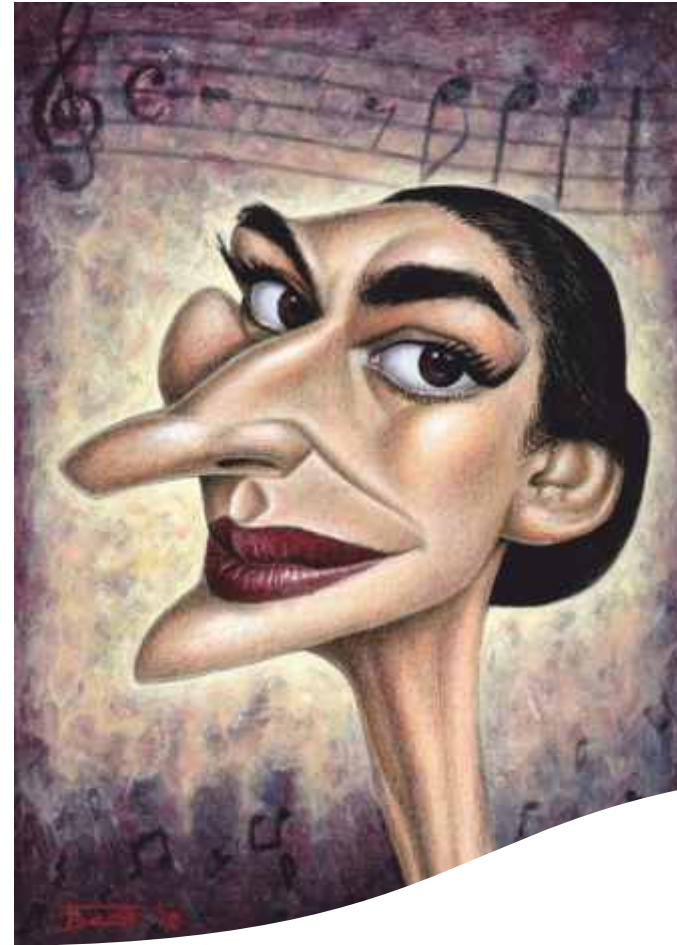
A lo largo de la evolución de la ópera, y en particular desde el clasicismo, fue conformándose la noción de *bel canto*, expresión mediante la cual se definía un estilo vocal característico de la ópera italiana, desarrollado a lo largo de los siglos dieciocho y diecinueve, cuyo presupuesto fundamental consistía en destacar al máximo las posibilidades de la voz humana y otorgarle la supremacía por encima de cualquier otro elemento de los que configuran el género operístico. Alcanzó su mayor esplendor con las creaciones de Rossini, Bellini, Donizetti y Verdi, hasta que fue pasando de moda y los compositores prefirieron cantantes con un entrenamiento distinto, sobre todo aquellos que supieran declamar más que cantar con virtuosismo. Esto cambió cuando empezó a presentarse en los mejores teatros europeos María Callas, una soprano estadounidense de origen griego que sorprendió a los más exigentes públicos por su extraordinario talento vocal y actoral, y por su audacia para elegir títulos que en la época casi no eran representados, dando inicio a un renacimiento de la tradición *belcantista* que se extiende hasta nuestros días.

Ana María Cecilia Sofía Kalogeropoulos, quien llegaría a disfrutar de gran fama con su nombre artístico de María Callas, nació en Nueva York el 2 de diciembre de 1923, hija de una pareja de emigrantes griegos que se estableció en la gran metrópoli estadounidense apenas unos meses antes de su llegada al mundo. Tras la separación de sus padres, María, de trece años, volvió con su madre a Atenas, en cuyo Conservatorio comenzó su formación musical. En 1942 logró los primeros éxitos profesionales en el Teatro Lírico de la capital griega, y al terminar la Segunda Guerra Mundial retornó a Nueva York, donde amplió estudios con la famosa soprano Elvira de Hidalgo. María Callas, llamada *La Divina*, recorrió varios países dando recitales de *lieder* y representaciones de ópera en los

más importantes escenarios del planeta. Su vida privada, sin embargo, distó mucho de ser afortunada, pues ninguno de los hombres que amó le aportó la felicidad ni la estabilidad que necesitaba para proseguir su carrera, prematuramente truncada.

En 1929 el señor George Kalogeropoulos, farmacéutico de profesión, abrió un establecimiento en el barrio griego de Manhattan y resolvió sustituir el patronímico familiar por el de “Callas”, mucho más fácil de pronunciar. De regreso en Grecia la joven María volvió a adoptar su apellido original Kalogeropoulos y así se le conoció hasta que en 1949 contrajo matrimonio con el industrial italiano Giovanni Meneghini, quien fue además su representante y protector y puso su fortuna al servicio de su carrera. Durante algún tiempo, con el nombre de María Meneghini, cantó en importantes teatros europeos, pero su consagración llegaría con el resonante triunfo que obtuvo en *La Scala* de Milán en 1951, con el nombre de María Callas, que sería definitivo.

Enferma, triste y solitaria, falleció el 16 de septiembre de 1977 en su residencia de París a causa de un ataque cardíaco. Su temprana desaparición dejó un vacío en el mundo de la lírica que ninguna otra cantante ha sido capaz de llenar.



Kimitake Hiraoka

“YUKIO MISHIMA”

1925-1970

La rendición japonesa en 1945, luego de los devastadores efectos provocados por las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, cambió por completo la configuración del antiguo y orgulloso Imperio del Sol Naciente. El país, reducido a los límites que tenía antes del floreciente período *Meiji* y sin tener que sostener un aparato militar de consideración, comenzó a gozar de un espectacular crecimiento económico que lo convirtió en pocos años en una potencia industrial y financiera. En el ámbito literario, las nuevas generaciones de la posguerra aportaron obras de notable valor, principalmente a través de escritores que se ocuparon, unos, del resguardo de los valores tradicionales, mientras que otros se adaptaron a la nueva realidad nacional, más inclinados al experimentalismo y la búsqueda vanguardista. Entre los primeros, el de mayor relevancia fue el polifacético Yukio Mishima, sin duda el más conocido entre los narradores japoneses posteriores a la segunda guerra mundial.

Kimitake Hiraoka, quien llegaría a ser famoso como Yukio Mishima, nació en Tokio el 14 de enero de 1925. Hijo de un alto funcionario, no pudo combatir en la guerra mundial por falta de aptitud física, suceso que él mismo entendió como una humillación ya que frustró su anhelo de ingresar en la fuerza aérea como piloto *kamikaze*. Dotado de un talento excepcional para las letras, al terminar el bachillerato ya había escrito seis novelas y un libro de poesías. El éxito de su primera novela, *Confesiones de una máscara*, lo impulsó a dedicarse por entero a la literatura. Durante algunos años, sus relatos mostraron una fuerte influencia de las técnicas narrativas occidentales, siempre con un tono decididamente pesimista. Más tarde, inició una recuperación de lo que consideraba la tradición heroica japonesa frente a la debilidad en que su país había quedado, dejando expresadas sus concepciones en la tetralogía *El mar de la fertilidad*.

En Japón, el oficio de escritor había tenido mala reputación social durante mucho tiempo, y por eso el señor Azusa Hiraoka, padre de Kimitake, no veía con buenos ojos la vocación literaria de su hijo, quien, sin embargo, escribía en secreto cada noche, contando con el apoyo y protección de su madre. Esta incómoda situación se prolongó hasta que el joven intelectual alcanzó la mayoría de edad y pudo dedicarse libremente a las letras que tanto amaba. Estos antecedentes justifican que a los dieciséis años, para la publicación de su primer libro, eligió firmar “Mishima”, que es el nombre de una ciudad desde donde se observa con más nitidez la cumbre nevada del monte Fujiyama y precedió el apellido con el nombre “Yukio”, término japonés que se relaciona con la nieve, cuya blancura, que tanto le impresionaba, resalta entre sus símbolos preferidos.

Añorando los valores del antiguo Japón, fiel a su espíritu tradicional y opuesto a las influencias foráneas que amenazaban con extinguirlo, Yukio Mishima se suicidó el 25 de noviembre de 1970, abriéndose el vientre con una espada ritual, procediendo conforme a las normas del *seppuko*, tras una alocución pública en la que protestaba contra el pacifismo de sus compatriotas.



Norma Jean Mortenson Baker

“MARILYN MONROE”

1926-1962

Mito de la cinematografía mundial, mujer de extraordinaria belleza, Marilyn Monroe llevó una vida exitosa pero tormentosa, convertida en el símbolo sexual del siglo XX. “*Hollywood te compra un beso por mil dólares y tu alma por unos centavos*” dijo en una ocasión, y es posible que en esa dura frase pueda estar encerrado el misterio de la terrible infelicidad que marcó su breve peripecia vital.

Hija de padres separados, Norma Jean Mortenson Baker, nació en Los Ángeles, California, el 1 de junio de 1926. Llevó una infancia muy difícil, entre adopciones y custodias. A sus 16 años nuevamente su amargo destino parecía llevarla a un orfanato, pero Norma Jean resolvió tomar un rumbo diferente y se casó con James Dougherty, un policía de 21 años. Sería el primero de tres matrimonios. Años después, ya consagrada como estrella del cine, se casaría con dos hombres famosos: el beisbolista Joe Di Maggio y el dramaturgo Arthur Miller. Todas sus relaciones sentimentales, formales u ocasionales, acabaron en lastimosos fracasos. Divorciada de su primer esposo, comenzó a trabajar como modelo profesional posando para fotografías destinadas a la propaganda del ejército o para ser utilizadas como adornos en aquellos excitantes pasteles para calendarios que hicieron furor en la época. En 1946 apareció en las portadas de *Play Boy* y de otras revistas de gran tiraje, dando inicio a su fulgurante carrera artística que habría de convertirla en el mayor *sex symbol* de su época. Contratada por la Twentieth Century Fox para varias películas, aceptó la recomendación de un ejecutivo de la empresa de adoptar el nombre artístico de Marilyn Monroe, resultado de una combinación de nombres: Marilyn por la recordada Marilyn Miller, estrella de los

musicales de Broadway en los años 20, y Monroe, que era el apellido de soltera de su madre. Sonaba mejor y se jugaba con el atractivo de la doble M.

Tras realizar algunos papeles secundarios en filmes como *Eva al desnudo* o *Me siento rejuvenecer*, paso a paso Marilyn comenzó a destacarse entre la multitud de actrices por su talento y, especialmente, por su atractivo físico. Numerosos guiones le fueron ofrecidos y se grabaron algunos de los momentos más memorables en la historia del cine. Entre 1953 y 1961 protagonizó once películas que le dieron una gran popularidad, entre ellas destacan *Niágara*, *Los caballeros las prefieren rubias*, *Cómo casarse con un millonario*, *Río sin retorno*, *La tentación vive arriba*, *Con faldas y a lo loco* y *Vidas rebeldes*.

A partir de 1960 la salud física y emocional de Marilyn se fue deteriorando de modo irreversible. Los miedos y altibajos emocionales que la acompañaban desde su infancia rondaban como fantasmas sobre su frágil personalidad y crecían sin parar las dosis de barbitúricos que consumía para intentar superarlos, hasta que, el 5 de agosto de 1962 fue hallada sin vida en su casa de Los Ángeles. Ni el dinero ni la fama consiguieron darle la felicidad que anhelaba y que siempre le fue esquiva durante su efímera y rutilante vida.



María Antonia Abad Fernández

“SARA MONTIEL”

1928-2013

Como en cualquier otro país, la producción fílmica realizada en España en casi cien años ha estado sometida a los vaivenes que ocurren como natural consecuencia de la dinámica política, cultural, social y financiera. Tras la Guerra Civil, la industria del espectáculo se recuperó con relativa rapidez, a pesar de las limitaciones impuestas por el régimen franquista, desarrollando una intensa actividad en tres direcciones: productoras con una amplitud de propuestas muy llamativa, directores que aparecieron con inusitado vigor en el universo de la gran pantalla y un gran elenco de actores y actrices que alentaron la presencia masiva de los espectadores. En ese contexto, una jovencita despuntó en la década de 1940 sorprendiendo gratamente por su extrema belleza y sus dotes para el canto y la actuación. Se dio a conocer como Sara Montiel y con el tiempo llegaría a ser la más glamorosa de las estrellas del cine español del siglo veinte.

María Antonia Abad Fernandez, consagrada después con el seudónimo de Sara Montiel, nació en Campo de Criptana, provincia de Ciudad Real, en tierras de La Mancha, el 10 de marzo de 1928. Desde pequeña reveló notables aptitudes para desempeñarse en el exigente mundo artístico. Debutó en 1943 interpretando un pequeño papel de estudiante en la cinta *Te quiero para mí*, que llamó la atención de productores y directores. Fue el momento germinal de una gloriosa carrera, que la llevaría a filmar en México y en Hollywood, protagonizando en plan estelar junto a notables figuras del Séptimo Arte. Consolidada como estrella internacional, comenzó en 1957 un ciclo de películas producidas en España en las que impuso su sello particular y que se convirtieron en formidables éxitos de taquilla, entre ellas las inolvidables *El último cuplé* y *La violetera*. Los honorarios percibidos por estas producciones hicieron de ella la actriz mejor pagada del mundo. Habiendo participado en

sesenta películas, se retiró del cine en 1974, aunque se mantuvo activa como cantante y presentadora de televisión.

Corría el año 1944 y la novel actriz, de apenas dieciséis años, daba lo mejor de sí para el papel que se le había asignado en la que sería su segunda cinta, *Empezó en boda*. Al momento del estreno, a la admiración por su desempeño se sumó la sorpresa de su presentación con un nombre diferente al que le habían asignado sus padres. Queriendo mostrar una imagen más adulta y sofisticada, María Antonia Abad Fernández había hecho caso a la recomendación de su representante, el actor Enrique Herreros, y ahora lucía el aspecto de una atractiva rubia llamada Sara Montiel, nombre artístico evocador de dos afectos: “Sara”, por su abuela materna, y “Montiel”, por la localidad manchega Campos de Montiel, próxima a su pueblo natal. En adelante, ya no habría otra manera de identificarla.

Idolatrada por multitudes que la aclamaron como uno de los mayores mitos modernos de la canción y del cine, Sara Montiel falleció en su casa de Madrid el 8 de abril de 2013, a los ochenta y cinco años de edad.



Alfredo Sánchez Luna

“ALFREDO SADEL”

1930-1989

Fruto del ingreso a la modernidad, a mediados del siglo veinte surgió en Venezuela el negocio del espectáculo. La radio, en función pionera como medio electrónico de difusión masiva abrió espacios a la proyección de notables artistas que pronto, al aparecer la televisión con todo el encanto persuasivo de la imagen, se convertirán en los primeros ídolos populares del país. Época de oro en que se lucieron figuras de la canción cuyos méritos eran indiscutibles, en ese firmamento de artistas nacionales brilló Alfredo Sadel como estrella de primera magnitud por su potente, bella y melodiosa voz, junto a una sorprendente versatilidad que le permitió pasearse por los grandes escenarios de la ópera mundial luego de haber triunfado en el canto popular.

Alfredo Sánchez Luna, quien luego se haría famoso como Alfredo Sadel, nombre artístico trocado en seudónimo, nació en Caracas el 22 de febrero de 1930, en la popular parroquia San Juan. Desde muy pequeño empezaron sus sueños en los cuales se veía rodeado de una aureola de fama que solo exhiben los grandes artistas. Con el tiempo tales anhelos se cumplirían y triunfaría en Latinoamérica, Estados Unidos y Europa, haciendo valer la canción popular sin dejar de lado ningún ritmo, abarcando del bolero al pasodoble, del tango a la ranchera, del vals a la música llanera. Su impresionante voz y su apostura física le abrieron las puertas del cine, siendo así que protagonizó varias películas al lado de los actores y actrices consagrados de su tiempo. En 1961, en el mejor momento de su carrera, se retiró a estudiar canto e idiomas para dedicarse a la ópera, género en el que salió vencedor en los más célebres teatros del mundo frente a los exigentes públicos del *bel canto*. En su vida profesional, Alfredo Sadel, “el tenor favorito de Venezuela”, grabó más de 80 discos de larga duración, con un repertorio cercano al millar de canciones.

Luego de algunos intentos fallidos merodeando por las emisoras de radio caraqueñas en busca de una oportunidad, el comienzo de la carrera artística de Alfredo Sánchez Luna se produjo en agosto de 1947 en el espacio “La Caravana Camel”, programa estelar de Radiodifusora Venezuela, producido por el señor Olavarrieta, quien vio en el joven cantante grandes posibilidades. Fue él quien le recomendó que adoptara un nombre artístico diferente de su nombre de pila, argumentando que sobraban los Sánchez en el ambiente de la farándula nacional. Así lo hizo y decidió tomar la primera sílaba de su apellido “SA”, y combinarla con “DEL”, segunda sílaba del apellido de quien era su mayor ídolo, Carlos Gardel. Nació entonces y quedó para siempre Alfredo Sadel, quien habría de consagrarse como el más genuino representante venezolano de la canción popular y del arte lírico.

Luego de haber afrontado con estoicismo una dolorosa enfermedad, Alfredo Sadel falleció en Caracas el 28 de junio de 1989. Su voz seguirá traspasando fronteras y su recuerdo permanecerá grabado en el sentimiento de todos los pueblos del mundo que visitó y cautivó para siempre.



Françoise Quoirez

“FRANÇOISE SAGAN”

1935-2004

A lo largo de los últimos tres siglos la literatura francesa ha constituido el eje en torno al cual han gravitado las orientaciones y las tendencias literarias del mundo contemporáneo. Es grato comprobar que en Francia, ahora como antes, los escritores no solo han sido particularmente numerosos, sino que presentan un muy alto nivel cualitativo, fortalecido además por su calificado pluralismo. En medio de esa frondosidad que exhiben las letras francesas del siglo veinte y que hace tan difícil pronunciarse sobre cuáles puedan haber sido y cuáles sean hoy sus cimas, surgió Françoise Sagan, una joven de menos de veinte años que consiguió, de un salto, colocarse entre los autores más leídos y traducidos de su tiempo con su novela *Bonjour tristesse* (Buenos días, tristeza), obra de inspiración existencialista focalizada en la crítica al estilo de vida que llevan las clases burguesas, atrapadas en sus propias contradicciones, oscilando entre una vida mundana y una gran soledad interior.

Francoise Quoirez, quien llegaría a ser famosa como Françoise Sagan, nació en una familia acomodada en la localidad de Cajarc, en el suroeste francés, el 21 de junio de 1935. Estudiante en una escuela privada, se hizo notar por su inteligencia e igualmente por su escaso interés en la enseñanza formal. Desde su adolescencia reveló un temperamento rebelde que la acercó a los cantantes de jazz y a los autores existencialistas como Sartre y Camus. En estas páginas aparecen ya reflejados los temas que caracterizarán el resto de su obra: la vida amorosa de las personas pudientes y las banalidades de la vida cotidiana, narradas en un tono desapasionado que ha sido considerado como el reflejo de cierta sensibilidad de la época. Sagan es autora de más de cuarenta títulos, entre los cuales figuran: *¿Le gusta Brahms?*, *La cama deshecha*, *Sangre de acuarela*; las

piezas teatrales *Los violines a veces* y *Un piano sobre la hierba*; y su libro de memorias *Con toda mi simpatía*.

En 1954 Françoise Quoirez escribió para la revista *Elle* una serie de reportajes sobre la rutina del día a día en diversas ciudades italianas los cuales comenzaban con el saludo *Bon jour* (“Buenos días Capri” o “Buenos días Roma”), expresión que acabó convertida en su marca personal y que poco después utilizó para denominar su primera novela, *Buenos días tristeza*, escrita en apenas siete semanas y publicada en aquel mismo año. Este título también ha podido ser inspirado por un poema de Paul Éluard. Quiriendo dar un sello íntimo y particular a su oficio escritural, marcado por la irreverencia y el desenfado, resolvió firmar todas sus obras con el seudónimo Françoise Sagan, trocando el apellido familiar por el del Conde de Sagan, personaje de la monumental novela de Marcel Proust *En busca del tiempo perdido*.

Su vida personal estuvo siempre rodeada de polémica, repleta de divorcios y por su conocida afición a las drogas y el alcohol. Falleció a causa de una embolia pulmonar en una clínica de Honfleur, Normandía, el 24 de septiembre de 2004.



María de los Ángeles de las Heras Ortiz

“ROCÍO DÚRCAL”

1944-2006

En la muy nombrada década de los 60, España comenzó a mostrar signos de recuperación económica, social y cultural, luego de la devastación provocada por la Guerra Civil. En el ámbito artístico en particular, y aprovechando las novedades técnicas, estéticas y rítmicas, fueron apareciendo compositores, cantantes, directores de cine, animadores de televisión y figuras de la actuación que conquistaron a los públicos de habla hispana. A ese resurgimiento contribuyó un grupo privilegiado de auténticos niños prodigios del cine y la canción que cautivaron con sus cualidades y su carisma, entre los cuales son de gratísima recordación, Joselito, Ana Belén, Pablito Calvo, Marisol, y, por supuesto, Rocío Dúrcal, que se tornaría una de las artistas hispanas de mayor proyección internacional en todos los tiempos.

Rocío Dúrcal nació en Madrid el 4 de octubre de 1944, con el nombre de María de los Ángeles de las Heras Ortiz. Durante su infancia, e impulsada por su abuelo paterno, participó en numerosos festivales y concursos de radio, hasta que debutó con todo éxito en el cine en 1961 con la cinta *Canción de juventud* y partir de entonces su actividad profesional giró en torno al cine, participando en un total de catorce películas que se convirtieron en notables éxitos de taquilla. En los años 80 decidió dejar la gran pantalla y dedicarse por entero a la canción, iniciando la que sería una etapa aún más brillante de su trayectoria, en la que demostraría que era capaz de interpretar, con su expresiva voz, cualquier estilo musical, desde el flamenco hasta la música ranchera, además de rock, twist, pasodobles, baladas, tangos, cumbias y música romántica.

En sus primeras actuaciones como cantante y bailarina de flamenco y otros ritmos españoles, la niña María de los Ángeles se presentaba con los nombres artísticos de “Rocío Benamejí” y “Rocío Fiestas”. Después de su triunfo inicial en el programa *Primer Aplauso* de Televisión Española, cuando contaba solo quince años, dio los primeros pasos hacia su profesionalización de la mano de su descubridor, el productor Luis Sanz, quien pasó a encargarse de su formación. Sanz entendía que la joven tenía un nombre que era muy largo y poco apropiado para el medio artístico, y contando con su aprobación buscaron otro que pudiera ser mejor percibido. “Rocío” quedó aprobado, porque daba la sensación de claridad, frescura y vitalidad. El apellido llegó de una manera casual: cerró los ojos, puso el dedo índice sobre un mapa de España y lo movió hasta que se posó sobre una pequeña población de Granada, llamada Dúrcal. Años más tarde, se le nombraría “Hija Adoptiva de Dúrcal” y se daría su nombre a una de las calles de este pueblo andaluz.

Rocío Dúrcal falleció el 25 de marzo de 2006 en su casa de Torrelozón, Madrid, tras agravarse el cáncer que padecía en sus años finales. Desaparecía físicamente, pero continuaría viva en el recuerdo de millones de personas que jamás renunciarán al disfrute de la belleza y potencia de su voz, aunada al innegable “duende” que bañaba toda su humanidad.



Doris María Buonafina Rodríguez

“DORIS WELLS”

1945-1988

Gracias a los medios de comunicación, y en último término a la televisión, los seres humanos han pasado de conocer su entorno sin intermediarios a conocer solo los intermediarios que le informan de su entorno. Símbolo de la sociedad de consumo, su principal función es trasmutar lo real en espectáculo, respondiendo de este modo a las necesidades de información y entretenimiento propias de la condición humana, y de ahí la clave del éxito y crecimiento alcanzados en pocos años. En virtud de las mejoras técnicas, por una parte, y el aumento potencial de espectadores, por otra, la televisión en Venezuela se fue convirtiendo a partir de 1950 en el gran fenómeno que revolucionó la vida de los ciudadanos, haciendo saltar a la fama a numerosos animadores, cantantes y actores. Dotada de cualidades excepcionales para las artes escénicas, acrecidas por su bello rostro y voz seductora, la joven y talentosa actriz Doris Wells se constituyó en una de las figuras de la pequeña pantalla de más grata recordación, por su versatilidad e histrionismo.

Doris María Buonafina, quien más adelante se daría a conocer como Doris Wells, nació en Caripito, estado Monagas, el 28 de octubre de 1945. Desde niña mostró enorme inteligencia y una clara vocación para hablar en público que le animaban a participar en los actos culturales que se organizaban en los planteles. En procura de mejores oportunidades, la familia se trasladó a Caracas, y con apenas catorce años, Doris se inscribió para estudiar arte dramático en la Escuela que dirigía la emblemática Juana Sujo. Allí se definió su futuro personal y profesional, enteramente ligado a la actuación. Tras la grabación de exitosas cuñas, pasó rápidamente a participar en las muy populares telenovelas de la época. A buen ritmo Doris Wells fue madurando en su arte, hasta convertirse en protagonista principal del ciclo de grandes obras culturales y de la exitosa producción *La señora de Cárdenas*, escrita por el insigne dramaturgo José Ignacio Cabrujas. En 1985 protagonizó la película *Oriana*, de Fina Torres, que obtuvo un premio en el Festival de Cannes. Ya al final de su corta vida, Doris Wells ocupaba un sitio de honor entre los artistas venezolanos más admirados de la segunda

mitad del siglo veinte, en quien se reconocían además singulares cualidades como escritora, productora, guionista y mujer de honda sensibilidad ante los problemas humanos y sociales.

Con apenas quince años de edad, Doris Buonafina grabó su primera cuña en la que recomendaba un conocido jabón de baño, consiguiendo atraer la atención del público y de los gerentes hacia su grata voz y su linda presencia. Enseguida su cotización se elevó y su imagen comenzó a ser aprovechada para la promoción de muy variados productos comerciales. Naturalmente, las cuñas le abrieron las puertas de la televisión y fue entonces cuando decidió adoptar un nombre artístico que sonara mejor y fuera más fácil de recordar por los espectadores. Se le ocurrió repasar los apellidos de sus padres y de sus abuelos hasta que se topó con uno que le gustó: “Wells”, proveniente de la rama materna y de origen alemán. Ella solía decir que le pareció un apellido breve, de solo cinco letras y muy fácil de pronunciar, y así lo entendió y asumió el pueblo venezolano que la hizo una de sus actrices favoritas.

En la plenitud de su carrera, Doris Wells falleció en Caracas el 20 de septiembre de 1988, víctima del cáncer. Por la impresionante calidad de su trabajo profesional se le recuerda con especial afecto y nostalgia como una de las figuras más importantes del cine y de la televisión de Venezuela.



Francisco Sánchez Gómez “PACO DE LUCÍA”

1947-2014

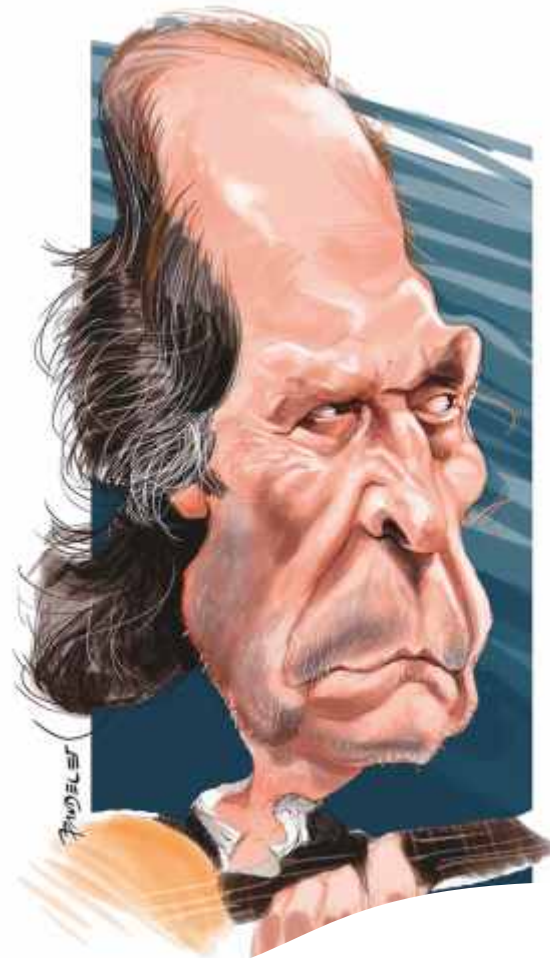
Nacido entre los gitanos de Andalucía, el flamenco es una de las manifestaciones culturales más complejas y activas dentro del ámbito de las músicas populares. El cante, el baile y el toque constituyen sus tres elementos esenciales, si bien el cante y su versión más divulgada, *el cante jondo*, pueden ejecutarse con o sin instrumentos o bailes. En lo que se refiere al toque, la guitarra es el instrumento de acompañamiento por excelencia del cante flamenco, y su evolución ha venido marcada por numerosos maestros que han hecho gala de un admirable virtuosismo, entre los que destacan Manuel Serrapí, el *Niño Ricardo*, Ramón Montoya, *Sabicas*, Manolo Sanlúcar, y el decisivo Paco de Lucía, que ha marcado un antes y un después en la manera de interpretar el flamenco, guiando su renovación y actualización, experimentando la fusión con otras músicas, sin perder las raíces que le confieren su identidad.

Nacido el 21 de diciembre de 1947 con el nombre de Francisco Sánchez Gómez en el pueblo gaditano de Algeciras, alcanzaría un enorme prestigio con su nombre artístico Paco de Lucía. El hecho de haber nacido en un barrio popular y predominantemente gitano, además de ser hijo y hermano de músicos, lo familiarizó con el flamenco desde su más tierna infancia. A los siete años comenzó a tocar la guitarra y a los doce formó el dúo *Los Chiquitos de Algeciras*, con su hermano Pepe al cante, y a los catorce grabó su primer disco. Inició entonces su carrera internacional cuando fue contratado como tercer guitarrista de la Compañía de Ballet Clásico Español para una gira por los Estados Unidos. En los años que siguieron, su vida artística, en constante evolución, deparó muchísimas sorpresas, como el surgimiento de la mítica pareja *El Camarón-De Lucía*, tan virtuosa y purista como renovadora del flamenco y que se tradujo en una decena de discos impresionantes. Abierto a nuevas músicas y al mestizaje de estilos y géneros, Paco de Lucía revolucionó el género

atreviéndose a fusionarlo con la música clásica de Falla y de Albéniz, y con temas brasileños y del jazz, incorporando registros nuevos que le proporcionaron una dimensión universal. El reconocimiento a su talento le llegó desde todos los confines, recibiendo premios nacionales e internacionales.

En 1964 decidió iniciar su camino como solista y grabó su primer disco empleando el nombre artístico de Paco de Lucía. Al “Paco”, hipocorístico con que habitualmente se reconoce en España a quienes se llaman Francisco, agregó un apellido que provenía de “Luzía”, el aporuguesado nombre de su madre. Habiendo en su barrio otros Franciscos, recibió desde pequeño para diferenciarlo, el apodo de “Paco, el de la portuguesa” o “Paco el de la Lucía”, que devino más tarde en su muy conocido seudónimo.

Genio, sensibilidad y calidad humana confluyeron en este gran artista fallecido tempranamente a consecuencia de un infarto cardíaco el 25 de febrero de 2014 en la población mexicana de Playa del Carmen, estado de Quintana Roo, donde pasaba largas temporadas. Pensar en la guitarra flamenca era, es y será pensar en Paco de Lucía.



BIBLIOGRAFÍA

Abadi, Marcelo. *Voltaire*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1968.

Aguirre, Margarita. *Las vidas de Pablo Neruda*. Grijalbo, Buenos Aires, 1973.

Alen Lascano, Luis. *El folklore argentino*. Centro de Estudios de Latinoamérica, Buenos Aires, 1972.

Alonso Barahona, Fernando. *John Wayne, el héroe americano*. Eiunsa, Madrid, 2000.

Alfaya, Javier. *Sara Montiel*. Dopesa, Barcelona, 1971.

Arévalo González, Rafael y otros. *Pío Gil beato de la libertad*. Edición Homenaje del Senado de la República, Caracas, 1975.

Aston, Margaret y otros. *Panorama del Renacimiento*. Ediciones Destino, Barcelona, 1996.

Barcia, Pedro Luis. *Fray Mocho desconocido*. Ediciones del Mar de Solís, Buenos Aires, 1979.

Barthes, Roland. *Mitologías. El rostro de la Garbo*. Siglo XXI, Buenos Aires, 1957.

Benevolo, Leonardo. *Historia de la arquitectura moderna*. Gustavo Gili, Barcelona, 1982.

Bensoussan, Albert. *Edith Piaf*. Galimard, París, 2012.

Bergés, Consuelo. *Stendhal y su mundo*. Alianza Editorial, Madrid, 1983.

Beser, Sergio. *Leopoldo Alas, crítico literario*. Gredos, Madrid, 1968.

Bogdanovich, Peter. *Las estrellas de Hollywood*. T & B Editores, Madrid, 2006.

Cappelletti, Angel J. *Prehistoria del anarquismo*. Queimada Ediciones, Madrid, 1979.

Carrillo Moreno, José. *Apodos, seudónimos y sobrenombres*. Ediciones Navideñas de Saade Hermanos, Caracas, 1970.

Carrillo Moreno, José. *Pío Gil*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, Caracas, 1969.

Casals, Jorge. *Plácido como poeta cubano*. Ministerio de Educación, La Habana, 1944.

Castellanos, Rafael Ramón. *Historia del seudónimo en Venezuela*. Ediciones Centauro, Caracas, 1981.

Castillo D'Imperio, Ocarina. *Doris Wells*. Biblioteca Biográfica de El Nacional, Caracas, 2009.

Chiavenato, Julio José. *As varias faces da Inconfidência Mineira*. Contexto, São Paulo, 1989.

Cohen, Morton. *Lewis Carroll*. Anagrama, Barcelona, 1998.

Cortés, Rodrigo Alonso. *Francisco Villa, el quinto jinete del Apocalipsis*. Diana, México, 1972.

Cortijo, Javier. *Boris Karloff: el aristócrata del terror*. T&B, Madrid, 2000.

Deutscher, Isaac. *Stalin. Biografía política*. Ediciones Era, México, 1966.

Domingo, José. *La novela española del siglo XX*. Editorial Labor, Barcelona, 1973.

Durán, Leopoldo. *Contribución a un Diccionario de Seudónimos en la Argentina*. Librería Huemul, Buenos Aires, 1960.

Edwards, Anne. *Maria Callas: una biografía íntima*. Ateneo, Buenos Aires, 2003.

Eliot, Marc. *Cary Grant, una biografía*. Lumen, Buenos Aires, 2007.

Escobar, José. *Los orígenes de la obra de Larra*. Editorial Prensa Española, Madrid, 1973.

Espejo, Beatriz. *Dr. Atl: el paisaje como pasión*. Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, Ciudad de México, 1994.

García Garófalo, M. *Plácido, poeta y mártir*. Ediciones Botas, México, 1938.

García Mercadal, J. *Molière. Estudio y antología*. Cía. Bibliográfica española, Madrid, 1963.

Garfias, Luis. *Verdad y leyenda de Pancho Villa*. Panorama, México, 1981.

Giménez Pastor, Arturo. *Historia de la literatura argentina*. Editorial Labor, Buenos Aires, 1948.

Gómez, Carlos Alarico. *En la época de Alfredo Sadel*. Editorial Actum, Caracas, 2009.

Gómez-Santos, Marino. *Leopoldo Alas "Clarín". Ensayo bio-bibliográfico*. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1952.

Grey, Ian. *Stalin*. Salvat, Barcelona, 1986.

Gubern, Román. *McCarthy contra Hollywood. La caza de brujas*. Anagrama, Barcelona, 1970.

Guerrero, Luis Beltrán. *Ensayos y poemas*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1993.

Huse, Norbert. *Le Corbusier*. Salvat, Barcelona, 1985.

Kaplan, Justin. *Mr. Clemens and Mark Twain*. Harper & Brothers, New York, 1966.

Kolbert, Jack. *The worlds of André Maurois*. Associated University Press, London, 1985.

Ladrón de Guevara, Matilde. *Gabriela Mistral, rebelde magnífica*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1962.

Lezama Lima, José. *Antología de la poesía cubana*. Verbum, Madrid, 2002.

Liscano, Juan. *Panorama de la literatura venezolana actual*. Publicaciones Españolas S.A., Caracas, 1973.

Lo Gatto, Ettore. *La literatura rusa moderna*. Losada, Buenos Aires, 1972.

Long, Ruperto. *El enigma del Conde de Lautréamont*. Aguilar, Madrid, 2012.

Mannarino, Carmen. *Lucila Palacios*. Biblioteca Biográfica de El Nacional, Caracas, 2007.

Manchón Gómez, Raúl - Nieto Ibáñez, J. María. *El humanismo español entre el viejo mundo y el nuevo*. Universidad de León, León, 2008.

Mañas, Daniel. *Vidas de grandes personajes*. Planeta, Buenos Aires, 2010.

Moix, Terenci. *Mis inmortales del cine*. Planeta, Barcelona, 2001.

Moravia, Alberto. *Mi vida: en conversación con Alain Elkann*. Espasa-Calpe, Madrid, 1991.

Moreil, André. *Vida y obra de Allan Kardec*. Ediciones CIMA, Caracas, 1998.

Nazoa, Aquiles. *Los humoristas de Caracas*. Monte Ávila Editores, Caracas, 1972.

Palmer, J. *Molière, el pintor de la naturaleza humana*. Ed. Zamora, Buenos Aires, 1957.

Payne, R. *Vida y muerte de Lenin*. Editorial Destino, Barcelona, 1965.

Pérez Gallego, Cándido. *Literatura norteamericana de hoy*. Fundamentos, Madrid, 1977.

Phoren, Donn E. *Paco de Lucía y familia. El plan maestro*. Sociedad de Estudios Espñoles, Madrid, 1992.

Picón, G. *Panorama de la nueva literatura francesa*. Guadarrama, Madrid, 1958.

Pimentel, Francisco. *Obras completas*. Editorial América Nueva, Ciudad de México, 1959.

Porter, Thomas E. *El mito y el teatro norteamericano moderno*. Goyanarte, Buenos Aires, 1972.

Prieto, Antonio. *La isla Italo Svevo*. Editorial Narcea, Madrid, 1976.

Puerto, Javier. *Paracelso: el hombre en llamas*. Nivola libros y ediciones, Madrid, 2001.

Pujals, Esteban. *Drama, pensamiento y poesía en la literatura inglesa*. Rialp, Madrid, 1965.

Rampa, Lobsang. *Mi vida con el Lama*. Troquel, Buenos Aires, 1960.

Rico, Francisco. *Nebrija frente a los bárbaros*. Universidad de Salamanca, Salamanca, 1978.

Riopérez y Milá, Santiago. *Azorín íntegro*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1979.

Riviere, Patrick. *Paracelso*. Editorial De Vecchi, Barcelona, 2001.

Rodríguez Demorici, Emilio. *Seudónimos dominicanos*. Editora Taller, Santo Domingo, 1982.

Rodríguez, Gudelia. *Planteamiento estético en la novela de George Eliot*. Universidad de Salamanca, 1976.

Rogers, P.P. y Lapuente, F.A. *Diccionario de seudónimos literarios españoles*. Editorial Gredos, Madrid, 1977.

Rooney, Mickey. *Autobiography*. Putnam, New York, 1965.

Rubenstein, Joshua. *León Trotski, una vida revolucionaria*. Península, Barcelona, 2010.

Saavedra Molina, Julio. *Gabriela Mistral, su vida y su obra*. Prensas de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1946.

Sacotte, Mireille. *Saint-John Perse*. Belfond, París, 1991.

Salama, Roberto. *Para una crítica de Pablo Neruda*. Cartago, Buenos Aires, 1957.

Sand, George. *Historia de mi vida*. Editorial Porrúa, Ciudad de México, 1995.

Savigneau, Josyane. *Marguerite Yourcenar, la invención de una vida*. Alfaguara, Madrid, 1991.

Scarone, Arturo. *Diccionario de seudónimos del Uruguay*. Claudio García & Cía, Montevideo, 1942.

Schöllgen, Gregor. *Willy Brandt. Die biographie*. Propyläen, Berlín, 2001.

Service, Robert. *Trotsky: una biografía*. Ediciones B, Barcelona, 2010.

Serra, Maurizio. *Malaparte, vidas y leyendas*. Tusquets, Barcelona, 2012.

Silverman, Kenneth. *Houdini. The career of Erich Weiss*. Harper Perennial, New York, 1997.

Simon, P.H. *Historia de la literatura francesa contemporánea*. Vergara, Barcelona, 1958.

Stokes, Scott Henry. *La vida y la muerte de Yukio Mishima*. Ediciones Solar, México, 1974.

Strauss, D.F. *Voltaire*. Editorial Grijalbo, México, 1955.

Tirado, Ricardo. *Amores públicos*. Fundación para la cultura urbana, Caracas, 2004.

Torres Rioseco, Arturo. *Breve historia de la literatura chilena*. Ediciones de Andrea, México, 1956.

Vasari, Giorgio. *Vida de artistas ilustres*. Editorial Mediterráneo, Madrid, 1976.

Villora, Pedro y Montiel Sara. *Memorias. Vivir es un placer*. Plaza y Janés, Barcelona, 2000.

Summers, Anthony. *Las vidas secretas de Marilyn Monroe*. Editorial Planeta, Barcelona, 1986.

Tesler, Mario. *Diccionario argentino de seudónimos*. Galerna, Buenos Aires, 1991.

Vega, Carlos. *El origen de las danzas folklóricas*. Ricordi, Buenos Aires, 1956.

Vila Selma, José. *Novalis y el saber romántico*. Editorial F. Torres, Valencia, España, 1980.

Vossler, Karl. *Lecciones sobre Tirso de Molina*. Taurus, Madrid, 1965.

Weber, Hermann. *Lenin*. Salvat Editores, Barcelona, 1986.

Whelan, Richard. *Robert Capa. La biografía*. Aldeasa, Barcelona, 2003.

Wood, Michael. *Stendhal*. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1974.

Yourcenar, Marguerite. *Mishima o la visión del vacío*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1982.

Waliszewski, K. *Historia de la literatura rusa*. Argonauta, Buenos Aires, 1946.

ILUSTRACIONES

- 13 **Elio Antonio de Nebrija**. Marlo Gotopo. Venezuela
15 **Sandro Botticelli**. Rúbel Mújica. Venezuela
17 **Paracelsus**. Leo Vincent. España
19 **Tirso de Molina**. Ramón Carlos Valor. España
21 **Molière**. Marlo Gotopo. Venezuela
23 **Voltaire**. Paulus Hahn. Francia
25 **Tiradentes**. Nick Mancini. Argentina
27 **Novalis**. Jorge Torrealba. Venezuela
29 **Stendhal**. Ricardo Ajler. Argentina
31 **Guadalupe Victoria**. Alexander Sljussar. Venezuela
33 **Allan Kardec**. Marlo Gotopo. Venezuela
35 **George Sand**. Marlo Gotopo. Venezuela
37 **Max Stirner**. Frederico Penteado. Portugal
39 **Fígaro**. Max Fierro. España
41 **Plácido**. Marlo Gotopo. Venezuela
43 **George Eliot**. Cecilia Lundgren. Suecia
45 **Lewis Carroll**. Siegfried Woldhek. Alemania
47 **Mark Twain**. Simply Charly. EE.UU.
49 **Conde de Lautréamont**. Félix Valloton. Suiza. Versión a color de Alberto Di Francisco. Argentina
51 **Pierre Loti**. Henry Rousseau. Francia
53 **Clarín**. Marlo Gotopo. Venezuela
55 **Almafuerte**. Marlo Gotopo. Venezuela
57 **Fray Mocho**. Marlo Gotopo. Venezuela
59 **Italo Svevo**. Massimo Basili. Italia
61 **Pío Gil**. Rúbel Mújica. Venezuela
63 **Maxim Gorki**. Ricardo Ajler. Argentina
65 **Lenin**. Raúl Curbelo. Uruguay
67 **Azorín**. Marlo Gotopo. Venezuela
69 **Harry Houdini**. Zoe Moss. EE.UU.
71 **Dr. Atl**. Marlo Gotopo. Venezuela
73 **Mata Hari**. Jessica Pérez. EE.UU.
75 **Pancho Villa**. Román Rivas. México
77 **Lev Trotski**. Roberto Bobrow. Argentina
79 **Stalin**. Lambros Pantsios. Reino Unido
81 **André Maurois**. Rúbel Mújica. Venezuela
83 **Le Corbusier**. Simply Charly. EE.UU.
85 **Boris Karloff**. Stephen Perry. Reino Unido
87 **Saint-John Perse**. Marlo Gotopo. Venezuela
89 **Job Pim**. Leoncio Martinez “LEO”. Venezuela. Versión a color
91 **Gabriela Mistral**. Jorge Restrepo. Colombia. Versión a color
93 **Curzio Malaparte**. Tullio Pericoli. Italia. Versión a color
95 **Lucila Palacios**. Marlo Gotopo. Venezuela
97 **George Orwell**. Roberto Bobrow. Argentina
99 **Marguerite Yourcenar**. Ricardo Ajler. Argentina
101 **Pablo Neruda**. Ricardo Heredia. Argentina
103 **Cary Grant**. Alex Telve. Italia
105 **Greta Garbo**. Miguel Covarrubias. México
107 **John Wayne**. Alex Telve. Italia
109 **Alberto Moravia**. Enzo Maneglia “MAN”. Italia
111 **Atahualpa Yupanqui**. Jó Rivadulla. Argentina
113 **Lobsang Rampa**. Jorge Torrealba. Venezuela
115 **Imperio Argentina**. Tomi Müller. Argentina
117 **Tennessee Williams**. Fernando Vicente. España. Versión a color.
119 **Robert Capa**. Roberto Weil. Venezuela
121 **Willy Brandt**. Patrick Strogulski. Alemania. Versión a color.
123 **Cándido**. Marlo Gotopo. Venezuela
125 **Édith Piaf**. Milena Gaytandzhieva. Bulgaria
127 **Rita Hayworth**. Erdogan Karayel. Alemania
129 **Sanín**. Francisco Graells “Pancho”. Venezuela
131 **Mickey Rooney**. Daniel Morgenstern. Reino Unido
133 **Charles Bronson**. Jordi Arasa. España
135 **María Callas**. Walter Toscano. Perú
137 **Yukio Mishima**. Kalik Anzari. México
139 **Marilyn Monroe**. John Fisher. Inglaterra
141 **Sara Montiel**. Sejo Mora. España
143 **Alfredo Sadel**. Roberto Weil. Venezuela
145 **Françoise Sagan**. Mikael Blanc. Francia
147 **Rocío Dúrcal**. Alexander Sljussar. Venezuela
149 **Doris Wells**. Marlo Gotopo. Venezuela
151 **Paco de Lucía**. Jaime Pandelet. España
Solapa **Jon Aizpúrua**. Alexander Sljussar. Venezuela

ÍNDICE

_____ 3	Introducción
_____ 12	Elio Antonio de Nebrija / Antonio Martínez de Cala 1444-1522
_____ 14	Sandro Botticelli / Alessandro Di Mariano Filipepi 1445-1510
_____ 16	Paracelsus / Phillipus Aureolus Theophrastus Bombastus 1493-1541
_____ 18	Tirso de Molina / Gabriel Téllez 1581-1648
_____ 20	Molière / Jean-Baptiste Poquelin 1622-1673
_____ 22	Voltaire / Françoise-Marie Arouet 1694-1778
_____ 24	Tiradentes / Joaquim José Da Silva Xavier 1746-1792
_____ 26	Novalis / Friedrich Leopold Von Hardenberg 1772-1801
_____ 28	Stendhal / Marie Henri Beyle 1783-1842
_____ 30	Guadalupe Victoria / José Miguel Ramón Fernández y Félix 1786-1843
_____ 32	Allan Kardec / Hyppolyte Léon Denizard Rivail 1804-1869
_____ 34	George Sand / Amandine Lucile Aurore Dupin 1804-1876
_____ 36	Max Stirner / Johan Kaspar Schmidt 1806-1856
_____ 38	Fígaro / Mariano José De Larra 1809-1837
_____ 40	Plácido / Gabriel de la Concepción Valdés 1809-1844
_____ 42	George Eliot / Mary Ann Evans 1819-1880

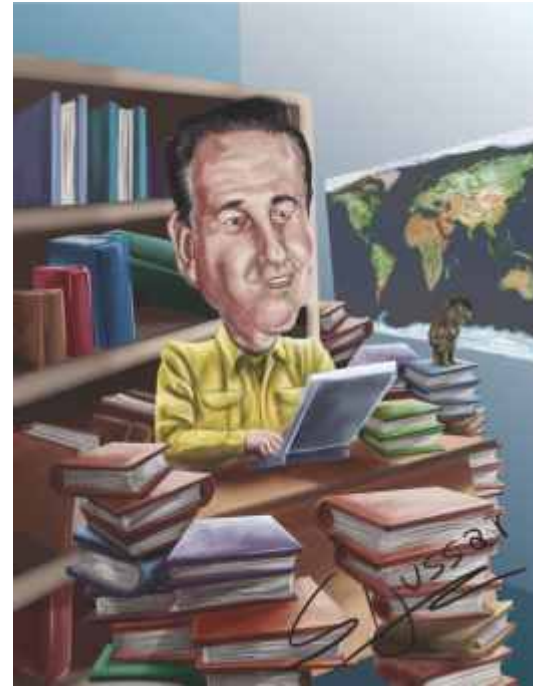
- _____ 44 Lewis Carroll / Charles Lutwidge Dodgson 1832-1898
- _____ 46 Mark Twain / Samuel Langhorne Clemens 1835-1910
- _____ 48 Conde de Lautréamont / Isidore Lucien Ducasse 1846-1870
- _____ 50 Pierre Loti / Louis Marie Julien Viaud 1850-1923
- _____ 52 Clarín / Leopoldo Alas 1852-1901
- _____ 54 Almafuerte / Pedro Bonifacio Palacios 1854-1917
- _____ 56 Fray Mocho / José Seferino Álvarez 1858-1903
- _____ 58 Italo Svevo / Ettore Schmitz 1861-1928
- _____ 60 Pío Gil / Pedro María Morantes 1865-1918
- _____ 62 Maxim Gorki / Alexei Maximovich Pechkov 1868-1936
- _____ 64 Lenin / Vladimir Ilich Ulianov 1870-1924
- _____ 66 Azorín / José Martínez Ruiz 1873-1967
- _____ 68 Harry Houdini / Erik Weisz 1874-1926
- _____ 70 Doctor Atl / Gerardo Murillo 1875-1964
- _____ 72 Mata Hari / Margaretha Geertruida Zelle 1876-1917
- _____ 74 Pancho Villa / José Doroteo Arango Arámbula 1878-1923
- _____ 76 Trotski / Lev Davidovich Bronstein 1879-1940
- _____ 78 Stalin / Iósiv Vissariónovich Dzhugashvili 1879-1953
- _____ 80 André Maurois / Émile Wilhelm Herzog 1885-1967
- _____ 82 Le Corbusier / Charles Édouard Jeanneret 1887-1965

<u>84</u>	Boris Karloff / William Henry Pratt 1887-1969
<u>86</u>	Saint-John Perse / Marie René Auguste Alexis Léger 1887-1975
<u>88</u>	Job Pim / Francisco Pimentel 1889-1942
<u>90</u>	Gabriela Mistral / Lucila Godoy Alcayaga 1889-1957
<u>92</u>	Curzio Malaparte / Kurt Suckert 1898-1957
<u>94</u>	Lucila Palacios / Mercedes Carvajal de Arocha 1902-1994
<u>96</u>	George Orwell / Eric Arthur Blair 1903-1950
<u>98</u>	Marguerite Yourcenar / Marguerite de Crayencour 1903-1987
<u>100</u>	Pablo Neruda / Nefalí Ricardo Reyes Basoalto 1904-1973
<u>102</u>	Cary Grant / Archibald Alexander Leach 1904-1986
<u>104</u>	Greta Garbo / Greta Lovisa Gustafsson 1905-1990
<u>106</u>	John Wayne / Marion Michael Morrison 1907-1979
<u>108</u>	Alberto Moravia / Alberto Pincherle 1907-1990
<u>110</u>	Atahualpa Yupanqui / Héctor Roberto Chavero 1908-1992
<u>112</u>	Lobsang Rampa / Cyril Henry Hoskin 1910-1981
<u>114</u>	Imperio Argentina / Magdalena Nile del Río 1906-2003
<u>116</u>	Tennessee Williams / Thomas Lanier Williams 1911-1983
<u>118</u>	Robert Capa / Endré Ernő Friedmann 1913-1954
<u>120</u>	Willy Brandt / Karl Herbert Frahm 1913-1992
<u>122</u>	Cándido / Luis Beltrán Guerrero 1914-1997



<u>124</u>	Édith Piaf / Édith Giovanna Gassion 1915-1963
<u>126</u>	Rita Hayworth / Margarita Carmen Cansino 1918-1987
<u>128</u>	Sanín / Alfredo Tarre Murzi 1919-2002
<u>130</u>	Mickey Rooney / Joseph Yule 1920-2014
<u>132</u>	Charles Bronson / Karolis Dionyzas Bučinskis 1921-2003
<u>134</u>	María Callas / Ana María Cecilia Sofía Kalogeropoulos 1923-1977
<u>136</u>	Yukio Mishima / Kimitake Hiraoka 1925-1970
<u>138</u>	Marilyn Monroe / Norma Jean Mortenson Baker 1926-1962
<u>140</u>	Sara Montiel / María Antonia Abad Fernández 1928-2013
<u>142</u>	Alfredo Sadel / Alfredo Sánchez Luna 1930-1989
<u>144</u>	Françoise Sagan / Françoise Quoirez 1935-2004
<u>146</u>	Rocío Dúrcal / María de los Ángeles de las Heras Ortiz 1944-2006
<u>148</u>	Doris Wells / Doris María Buonafina Rodríguez 1945-1988
<u>150</u>	Paco de Lucía / Francisco Sánchez Gómez 1947-2014
<u>152</u>	Bibliografía
<u>156</u>	Ilustraciones





JON AIZPÚRUA es una personalidad de múltiples facetas en cada una de las cuales descuella de modo determinante. Desde hace años sus libros, sus programas de radio, sus conferencias y su prestigio han ganado un público que se acrecienta día a día y que manifiesta su simpatía y admiración con una consecuencia que emociona. Pocos como él son dueños de un lenguaje tan accesible, cautivante y didáctico, puesto en evidencia en todo lo que nace de su pluma y de su verbo.

Autenticidad, claridad, espiritualidad, humanismo, librepensamiento, ética, compromiso, son todas expresiones que definen las coordenadas de este psicólogo, educador, escritor y venezolano universal, para quien todo lo humano constituye motivo de interés y fervoroso estudio, y que por tal motivo ha hecho de la cultura y de su difusión a todos los vientos su leitmotiv, la razón primordial de su existencia.

